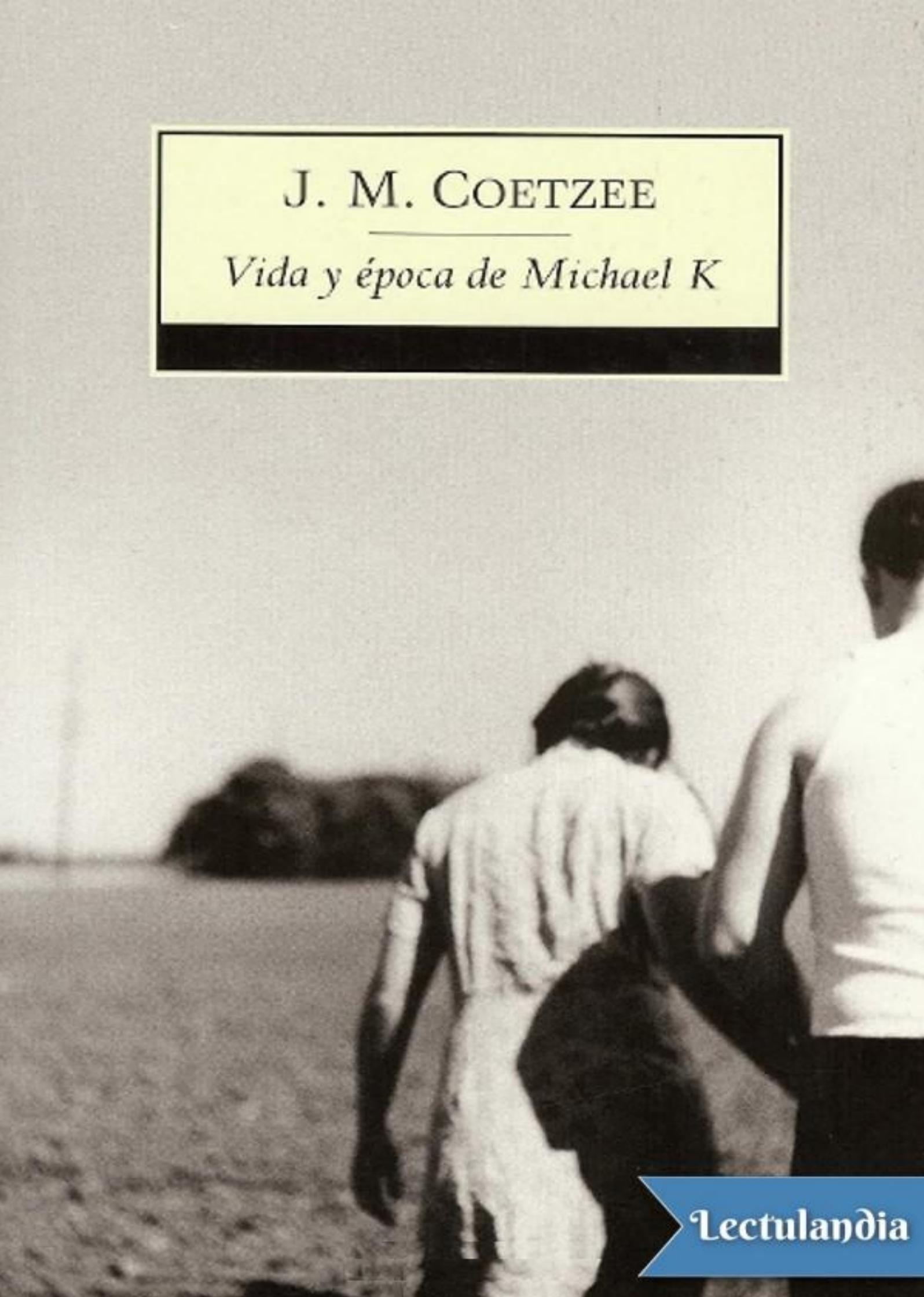


J. M. COETZEE

*Vida y época de Michael K*



Lectulandia

En plena guerra civil sudafricana, el jardinero Michael K acaba en un hospital, lejos de su casa, desamparado. Michael no tiene más remedio que buscar un trozo de tierra, empezar de cero y recuperar su dignidad. Otra obra maestra de J. M. Coetzee, donde el autor reflexiona sobre la necesidad de llegar a la esencia de la experiencia humana, en un mundo donde impera la sinrazón y la soledad, que Coetzee retrata con un estilo luminoso y desconcertante.

**Lectulandia**

J. M. Coetzee

# **Vida y época de Michael K**

ePub r1.0

Titivillus 05.01.15

Título original: *Life and times of Michael K*  
J. M. Coetzee, 1983  
Traducción: Concepción Manella Jiménez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

La guerra de todos es padre y de todos es rey.  
Muestra a unos dioses y a otros hombres.  
Hace a unos esclavos y a otros libres.

# 1

Lo primero que advirtió la comadrona en Michael K cuando lo ayudó a salir del vientre de su madre y entrar en el mundo fue su labio leporino. El labio se enroscaba como un caracol, la aleta izquierda de la nariz estaba entreabierta. Le ocultó el niño a la madre durante un instante, abrió la boca diminuta con la punta de los dedos, y dio gracias al ver el paladar completo.

A la madre le dijo:

—Debería alegrarse, traen suerte al hogar.

Pero desde el primer momento a Anna K le disgustó esa boca que no se cerraba, mostrándole un trozo de carne viva. Se estremeció al pensar lo que había crecido en ella todos esos meses. El niño no podía mamar y lloraba de hambre. Trató de alimentarlo con biberón, pero como él tampoco podía tirar de la tetina, le daba de comer con una cucharita, desesperándose cuando el niño se atragantaba, devolvía y lloraba.

—Se cerrará cuando crezca —le aseguró la comadrona.

Sin embargo, el labio no se cerró, o al menos no lo suficiente, y la nariz tampoco se corrigió.

Llevó al niño con ella al trabajo, y siguió llevándolo incluso cuando ya no era un bebé. Lo mantuvo alejado de los otros niños porque sus risitas y susurros la herían. Año tras año, Michael K, sentado en una manta, contempló a su madre encerer los suelos de otros, y aprendió a callar.

A causa de su malformación y de la lentitud de su inteligencia, sacaron a Michael del colegio tras un corto período de prueba, y lo entregaron a la protección de Huis Norenus en Faure, donde, a costa del Estado, pasó el resto de su infancia en compañía de otros niños desafortunados y con problemas diversos, aprendiendo a leer, escribir, contar, barrer, frotar, hacer camas, fregar platos, tejer cestas, carpintería y jardinería. A la edad de quince años abandonó Huis Norenus y entró en el departamento municipal de Parques y Jardines de Ciudad del Cabo como jardinero, nivel 3(b). Tres años más tarde abandonó Parques y Jardines y, después de una temporada en paro que pasó en la cama mirándose las manos, aceptó un trabajo de empleado nocturno en los lavabos públicos de Greenmarket Square. Un viernes en que regresaba tarde a casa, dos hombres le atacaron en un paso subterráneo, le golpearon, le robaron el reloj, el dinero y los zapatos, y le dejaron inconsciente en el suelo con un navajazo en el brazo, un dedo dislocado y dos costillas rotas. Tras este incidente, abandonó el empleo nocturno y volvió a Parques y Jardines, donde poco a poco fue mejorando de posición hasta llegar a jardinero, nivel 1.

K no tenía amigas a causa de su rostro. Estaba más cómodo solo. Los dos empleos le habían enseñado a estar solo, aunque en los lavabos se había sentido oprimido por la refulgente luz de neón que se reflejaba en los azulejos blancos y creaba una superficie sin sombras. Sus parques preferidos eran los de pinos altos y

senderos oscuros de agapantos. A veces los sábados no oía la sirena al mediodía y continuaba trabajando solo hasta la noche. Se levantaba tarde los domingos por la mañana; los domingos por la tarde visitaba a su madre.

Una mañana de junio, con treinta y un años de edad, le dieron un recado mientras barría las hojas del parque De Waal. El recado, de tercera mano, era de su madre: le habían dado el alta en el hospital y quería que fuese a buscarla. K recogió las herramientas y recorrió en autobús el camino hasta el hospital Somerset, donde encontró a su madre sentada al sol en un banco frente a la entrada. Iba completamente vestida, menos los zapatos, que estaban a su lado. Al ver a su hijo comenzó a gimotear, ocultándose la cara con las manos para que los otros pacientes y las visitas no la vieran.

Hacía meses que Anna K padecía de una gran inflamación en las piernas y los brazos; después el vientre también comenzó a hincharse. Ingresó en el hospital sin poder andar y casi sin poder respirar. Pasó cinco días acostada en un pasillo entre decenas de víctimas de puñaladas, palizas y heridas de bala que la mantenían despierta con sus lamentos, desatendida por las enfermeras sin un momento libre para consolar a una anciana mientras los jóvenes a su alrededor morían de forma dramática. La reanimaron con oxígeno al ingresar, después le administraron pastillas e inyecciones para rebajar la inflamación. Sin embargo, cuando pedía una cuña pocas veces había alguien que se la llevara. No tenía bata. En una ocasión, tanteando la pared para llegar al lavabo, un anciano con un pijama gris la paró y, entre groserías, le mostró sus partes. Las necesidades físicas se convirtieron en una fuente de tormento. Cuando las enfermeras preguntaban por las pastillas, les decía que se las había tomado, pero a menudo mentía. Después, aunque la dificultad respiratoria disminuyó, las piernas le picaban tanto que tenía que tumbarse sobre las manos para no rascarse. Ya al tercer día suplicaba que la enviaran a casa, aunque evidentemente no suplicó a la persona apropiada. Las lágrimas que derramó el sexto día eran sobre todo lágrimas de alivio por escapar de ese purgatorio.

En la recepción Michael K pidió una silla de ruedas que le denegaron. Condujo a su madre los cincuenta pasos que los separaban de la parada del autobús con el bolso y los zapatos en una mano. La cola era larga. El horario pegado al poste anunciaba un autobús cada quince minutos. Esperaron durante una hora en la que las sombras se alargaron y el viento se enfrió. Como no podía sostenerse en pie, Anna K se sentó junto a un muro con las piernas extendidas como una mendiga mientras Michael guardaba el sitio en la cola. Cuando llegó el autobús ya no había asientos libres. Michael se sujetó a una barra y abrazó a su madre para que no se cayera. Eran las cinco en punto cuando llegaron a la habitación en Sea Point.

Durante ocho años Anna K había trabajado de empleada doméstica de un fabricante de géneros de punto jubilado y su mujer que vivían en Sea Point en un piso de cinco habitaciones con vistas al océano Atlántico. Según su contrato entraba a las nueve de la mañana y salía a las ocho de la noche, con tres horas de descanso por la

tarde. Trabajaba alternadamente cinco y seis días a la semana. Tenía quince días de vacaciones pagadas y una habitación para ella en el edificio. El salario era justo, los señores eran sensatos, era difícil conseguir un trabajo, y Anna K no estaba descontenta. Pero hacía un año que había empezado a sentir mareos y opresión en el pecho cuando se inclinaba. Entonces apareció la hidropesía. Los Buhrmann la relegaron a la cocina, le redujeron la paga en un tercio y contrataron a una mujer más joven para las labores domésticas. Le permitieron quedarse en la habitación, que estaba a disposición de los Buhrmann. La hidropesía empeoró. Antes de ingresar en el hospital había pasado semanas en la cama, incapaz de trabajar. Vivía con el temor de que se acabara la caridad de los Buhrmann.

Al principio, su habitación bajo las escaleras del Cote d'Azur había estado destinada al equipo de aire acondicionado que nunca llegó a instalarse. Tenía un aviso en la puerta: una calavera y dos tibias cruzadas pintadas en rojo, y debajo las palabras PELIGRO - GEVAAR - INGOZI. No tenía luz eléctrica ni ventilación, siempre olía a humedad. Michael le abrió la puerta a su madre, encendió una vela y salió mientras ella se preparaba para acostarse. Pasó con ella esa tarde, la primera de su regreso, y todas las tardes de la semana siguiente: le calentaba la sopa en el hornillo de parafina, cuidaba de ella todo lo que podía, realizaba las tareas necesarias, y la consolaba acariciándole los brazos cuando sucumbía a una de sus crisis de llanto. Una tarde, los autobuses en Sea Point dejaron de circular, y tuvo que pasar la noche tumbado en la estera de la habitación con el abrigo puesto. Se despertó en plena noche muerto de frío. Sin poder dormir, sin poder marcharse a causa del toque de queda, permaneció sentado en la silla tiritando hasta el amanecer mientras su madre gemía y roncaba.

A Michael K le desagradaba la intimidación física a la que se veían obligados durante las largas tardes en la pequeña habitación. Descubrió que le alteraba ver las piernas hinchadas de su madre, y apartaba la mirada cuando la ayudaba a salir de la cama. Ella tenía los muslos y los brazos cubiertos de arañazos (durante un tiempo incluso durmió con guantes). Pero él no eludía nada de lo que consideraba su deber. El problema que le había preocupado años atrás en el cobertizo de las bicicletas de Huís Norenius, a saber, la razón por la que le habían traído al mundo, ya tenía contestación: le habían traído al mundo para cuidar de su madre.

Nada de lo que su hijo decía calmaba el miedo de Anna K de lo que sería de ella si perdía la habitación. Las noches pasadas entre moribundos en los pasillos del hospital Somerset le habían hecho comprender lo indiferente que era el mundo en tiempo de guerra con una anciana que sufría una enfermedad desagradable. Sin trabajo, solo se veía separada de la miseria por la precaria buena voluntad de los Buhrmann, el sentido del deber de un hijo torpe y, en última instancia, los ahorros que guardaba en un bolso dentro de una maleta debajo de la cama: la moneda nueva en un monedero; la antigua, ya sin valor, y que no había cambiado por desconfianza, en otro.

Por eso, cuando Michael llegó una tarde hablando de los despidos en Parques y

Jardines, a ella empezó a darle vueltas en la cabeza algo que hasta ahora solo había sido un sueño sin entidad: el proyecto de abandonar una ciudad sin futuro para ella y volver al campo apacible de su juventud.

Anna K había nacido en una granja del distrito de Prince Albert. Su padre no fue un hombre estable; tenía problemas con la bebida; y cuando era niña se habían mudado de granjas constantemente. Su madre lavaba, planchaba y trabajaba en las diferentes cocinas; Anna la ayudaba. Más tarde se instalaron en la ciudad de Oudtshoorn, donde Anna fue a la escuela durante un tiempo. Después del nacimiento de su primer hijo, vino a Ciudad del Cabo. Tuvo un segundo hijo de otro padre, luego un tercero que murió, y luego Michael. Los años anteriores a Oudtshoorn permanecieron en el recuerdo de Anna como los más felices de su vida, una época de calidez y abundancia. Recordaba cuando se sentaba en el polvo del gallinero y los polluelos cloqueaban y picoteaban; recordaba cuando buscaba los huevos debajo de los arbustos. Echada en la cama de la habitación mal ventilada en las tardes de invierno, la lluvia goteando por las escaleras, soñaba con escapar de la violencia indiferente, de los autobuses llenos, de las colas en los supermercados, de los dependientes arrogantes, de los ladrones y los mendigos, de las sirenas en la noche, del toque de queda, del frío y la humedad, y volver al campo donde, si iba a morir, al menos moriría bajo un cielo azul.

En el plan que le esbozó a Michael no aludió a la muerte ni a morir. Le propuso que dejara Parques y Jardines antes de que le despidieran y la acompañara en tren a Prince Albert, donde ella alquilaría una habitación y él buscaría trabajo en una granja. Si el alojamiento de Michael era bastante grande, se quedaría con él y llevaría la casa, si no él la visitaría los fines de semana. Para demostrarle su determinación, le hizo sacar la maleta de debajo de la cama y ante sus ojos vació el monedero, contando los billetes nuevos que, según dijo, había ahorrado con esta intención.

Esperaba que Michael le preguntara por qué pensaba que una pequeña ciudad de provincias acogería a dos desconocidos, siendo uno de ellos una anciana con mala salud. Incluso tenía preparada una respuesta. Pero Michael no dudó de ella ni un instante. Igual que había creído durante todos los años pasados en Huis Norenius que su madre lo había dejado allí por un motivo que, si bien al principio era oscuro, acabaría por aclararse, ahora aceptó sin dudar la sabiduría de su plan para los dos. No vio el dinero esparcido sobre la colcha, solo se imaginó una casa de campo encalada en el extenso *veld*, el humo saliendo por la chimenea, y en la puerta a su madre sonriente y sana preparada para darle la bienvenida a casa después de un largo día.

Michael no se presentó al trabajo a la mañana siguiente. Con el dinero de su madre metido en dos fajos en los calcetines, se dirigió a la estación de tren y a las taquillas de la ruta principal. Allí el empleado le dijo que, aunque le vendería con gusto dos billetes a Prince Albert o a la estación más cercana de la ruta («¿Prince Albert o Prince Alfred?», preguntó), K no podría subirse al tren sin una reserva de asiento y un permiso para abandonar la península del Cabo, declarada en estado de

alerta. La primera reserva que podría darle era para el dieciocho de agosto, dentro de dos meses; en cuanto al permiso, solo lo concedía la policía. K le suplicó que le diera una salida anterior, pero todo fue en vano: el estado de salud de su madre no constituía una razón especial, le dijo el empleado; al contrario, le aconsejaba que no lo mencionara en ningún caso.

Desde la estación K se dirigió a Caledon Square, donde tuvo que hacer cola durante dos horas detrás de una mujer con un niño que lloriqueaba. Le dieron dos juegos de impresos, un juego para su madre, otro para él.

—Grape las reservas de tren a los impresos azules, y llévelos al despacho E-5 —le dijo la funcionaria de la ventanilla.

Cuando llovía Anna K ponía una toalla vieja en la rendija de la puerta para evitar que el agua entrara. La habitación olía a desinfectante y a polvos de talco.

—Aquí me siento como un sapo debajo de una piedra —murmuró—. No puedo esperar hasta agosto.

Se cubrió la cara y reposó en silencio. Al poco rato K notó que le faltaba el aire. Se fue a la tienda de la esquina. No había pan.

—Ni pan ni leche —le dijo el dependiente—. Vuelva mañana.

Compró galletas y leche condensada, después se quedó debajo del toldo observando caer la lluvia. Al día siguiente llevó los impresos al despacho E-5. Le enviarían los permisos por correo a su debido tiempo, le dijeron, después de que la policía de Prince Albert revisara y aprobara las solicitudes.

Volvió al parque De Waal y le dijeron, tal y como esperaba, que le pagarían a fin de mes.

—No importa —le dijo al capataz—, de todas formas nos marcharemos, mi madre y yo.

Recordaba las visitas de su madre a Huis Norenius. A veces le llevaba nubecitas, otras galletas de chocolate. Paseaban juntos por el campo de deporte y después tomaban el té en el comedor. Los días de visita, los alumnos se ponían su mejor uniforme caqui y las sandalias marrones. Algunos chicos no tenían padres, o habían sido olvidados por ellos.

—Mi padre murió, mi madre trabaja —había dicho de sí mismo.

Se hizo un nido de cojines y mantas en un rincón de la habitación donde pasaba las tardes sentado en la oscuridad, escuchando la respiración de su madre. Esta cada vez dormía más. A veces también él se dormía sentado y perdía el autobús. Se despertaba por las mañanas con dolor de cabeza. Durante el día vagaba por las calles. Todo permanecía en suspenso mientras esperaban los permisos que no llegaban.

Un domingo por la mañana temprano fue al parque De Waal y rompió la cerradura del cobertizo donde los jardineros guardaban el material. Cogió herramientas y una carretilla que empujó de vuelta a Sea Point. En el callejón situado detrás de los pisos rompió un cajón viejo y, a toda prisa, hizo una plataforma cuadrada de sesenta centímetros de lado con respaldo, que ató con alambre a la

carretilla. Después trató de persuadir a su madre para que salieran a dar una vuelta.

—El aire te sentará bien —dijo—. Nadie te verá y son más de las cinco, la entrada está desierta.

—Nos pueden ver desde los pisos —contestó ella—. No quiero dar un espectáculo.

Al día siguiente cedió. Vestida con el sombrero, el abrigo y las zapatillas, salió con paso inseguro del piso a la tarde gris, y dejó que Michael la instalara en la carretilla. La empujó a través de Beach Road y siguió por el paseo pavimentado a lo largo de la orilla del mar. No había nadie alrededor salvo una pareja de ancianos paseando al perro. Anna K se agarró con rigidez a los lados de la plataforma, aspirando el aire frío del mar, mientras su hijo la empujaba unos cien metros por el paseo, se paraba para dejarla mirar las olas rompiendo en las rocas, la empujaba otros cien metros, y se paraba de nuevo, y después la llevaba de vuelta a la habitación. Le desconcertó comprobar que su madre pesaba mucho, así como la inestabilidad de la carretilla. Hubo un momento en que basculó y casi la tiró.

—El aire fresco te sentará bien a los pulmones —dijo.

La tarde siguiente llovió y se quedaron en la habitación.

Pensó en construir una carretilla con una caja montada sobre un par de ruedas de bicicleta, pero no sabía dónde encontrar un eje.

Después, una tarde de la última semana de junio, un jeep del ejército que bajaba a gran velocidad por Beach Road atropelló a un joven que cruzaba la calle, lanzándole entre los vehículos aparcados junto a la acera. El jeep también derrapó, y finalmente se detuvo en el descuidado jardín delante del Cote d'Azur, donde los dos ocupantes se enfrentaron a la cólera de los amigos del joven. Hubo una pelea y pronto se congregó una multitud. Abrieron a golpes los coches aparcados y los empujaron hasta colocarlos de lado en el centro de la calle. No obedecieron las sirenas que anunciaban el toque de queda. Una ambulancia que llegó escoltada por una moto dio media vuelta poco antes de la barricada y se marchó rápidamente, perseguida por una lluvia de piedras. Poco después, un hombre comenzó a disparar un revólver desde el balcón de un cuarto piso. La multitud buscó refugio entre gritos, se desperdigó por los edificios de apartamentos frente a la playa, corrió por los pasillos, aporreando las puertas, rompiendo las ventanas y las lámparas. Sacaron al hombre del revólver a rastras de su escondite; lo golpearon hasta la inconsciencia y lo tiraron a la calle. Algunos vecinos decidieron refugiarse en la oscuridad detrás de las puertas bien cerradas, otros huyeron a la calle. Arrancaron la ropa a una mujer atrapada al final de un pasillo; alguien resbaló en una salida de incendios y se rompió el tobillo. Derribaron las puertas y desvalijaron los pisos. En el piso de encima de la habitación de Anna K, los saqueadores desgarraron las cortinas, hicieron un montón de ropa en el suelo, destrozaron los muebles y encendieron un fuego que, aunque no se extendió, desprendía densas nubes de humo. En los jardines del Cote d'Azur, del Cote d'Or y del Copacabana, una muchedumbre que crecía por momentos, algunos con montones

de objetos robados a los pies, lanzó piedras de las rocallas a los grandes ventanales frente al mar, hasta que no quedó ni un solo cristal intacto.

Una furgoneta policial con una sirena luminosa azul subió por el paseo y se paró a unos cincuenta metros. Hubo una ráfaga de ametralladora que fue contestada con disparos desde la barricada de coches. La furgoneta retrocedió precipitadamente mientras la multitud se retiraba por Beach Road entre gritos y voces. Pasaron otros veinte minutos, y ya era de noche cuando llegó el grueso de la policía y las fuerzas antidisturbios. Ocuparon piso por piso los edificios afectados, sin encontrar resistencia de un enemigo que huía por los callejones de atrás. Una saqueadora, que no corrió lo bastante deprisa, fue abatida de un tiro. La policía recogió los objetos abandonados de todas las calles adyacentes y los amontonó en los jardines. Allí, en plena noche, la gente de los pisos buscó sus pertenencias con linternas. A medianoche, cuando la operación iba a concluir, descubrieron el cuerpo de un alborotador con una bala en el pulmón refugiado en un recodo oscuro del pasillo de un edificio más abajo y se lo llevaron. Llegaron los centinelas nocturnos y se retiró el grueso de las fuerzas. Durante las primeras horas de la madrugada se levantó viento y empezó a llover con tal fuerza que derribó los cristales rotos del Cote d'Azur, del Cote d'Or, del Copacabana, y también del Egremont y del Malibu Heights, que hasta ahora habían ofrecido un panorama seguro de las rutas marítimas este-oeste alrededor del cabo de Buena Esperanza, azotó las cortinas, empapó las moquetas y, en algunos casos, inundó las habitaciones.

Durante todos estos acontecimientos Anna K y su hijo permanecieron silenciosos como ratones en su habitación bajo la escalera, sin moverse ni siquiera cuando olieron el humo, ni cuando oyeron pasar las pisadas firmes de las botas y un puño golpeó la puerta cerrada. No podían adivinar que el tumulto, los gritos, los disparos y el ruido de cristales rotos procedían solo de algunos edificios cercanos: sentados en la cama uno junto al otro, sin atreverse ni siquiera a susurrar, creció en ellos la convicción de que la guerra real había llegado a Sea Point y los había sorprendido allí. Cuando finalmente, de madrugada, su madre se durmió, Michael se quedó sentado con el oído atento, observando la franja de luz gris que se colaba por debajo de la puerta, respirando en silencio. Cuando su madre empezó a roncar, la zarandéo para hacerla callar.

Así, sentado con la espalda recta apoyada en la pared, se quedó por fin dormido. Cuando se despertó, la luz bajo la puerta era más clara. La abrió y se deslizó fuera. El pasillo estaba lleno de cristales. En el portal del edificio dos soldados con casco estaban sentados en sillas de campaña de espaldas a él, mirando la lluvia y el mar gris. K regresó a la habitación de su madre y se durmió en la estera.

Más tarde ese mismo día, cuando los vecinos del Cote d'Azur regresaban para limpiar y recoger sus pertenencias, o simplemente para observar los destrozos y llorar, y la lluvia había dejado de caer, K se dirigió a Oliphant Road en Green Point, a la Misión de San José, donde antes se conseguían un plato de sopa y una cama sin

tener que contestar preguntas, y donde esperaba albergar a su madre durante un tiempo lejos del edificio devastado. Pero la estatua de escayola de San José con la barba y el cayado ya no estaba, la placa de bronce de la entrada había desaparecido, las contraventanas estaban cerradas. Llamó a la puerta contigua y oyó crujir la tarima, pero nadie abrió.

Al cruzar la ciudad de camino al trabajo, K tropezaba todos los días con el ejército de indigentes y desheredados que había ocupado en los últimos años las calles del centro, mendigando, robando o haciendo cola en los centros de ayuda, entrando en los pasillos de los edificios públicos para calentarse, y que encontraba un refugio nocturno en los almacenes en ruinas cerca de los muelles, o en los bloques y bloques de locales abandonados más arriba de Bree Street, donde la policía nunca se arriesgaba a pie. Durante el año antes de que las autoridades impusieran controles al desplazamiento de las personas, el centro y los alrededores de Ciudad del Cabo se inundaron de gente del campo que buscaba trabajo de cualquier tipo. No había trabajo, tampoco alojamiento. Si ellos caían en ese mar de hambrientos, se decía K, ¿qué posibilidad tendrían él y su madre de sobrevivir? ¿Durante cuánto tiempo podría empujarla por las calles en una carreta mendigando comida? Anduvo sin rumbo todo el día y volvió a la habitación sumido en el desánimo. Preparó de cena sopa, una rosca de pan y una lata de sardinas, tapando el hornillo con una manta para evitar que el resplandor los delatara.

Sus esperanzas se concentraron en el permiso que les permitiría abandonar la ciudad. Pero el buzón de los Buhrmann, donde la policía iba a mandar el permiso, si es que pensaba mandarlo, estaba cerrado; y después de la noche del saqueo, los Buhrmann, conmocionados y aterrorizados, se habían marchado con unos amigos, sin decir nada de cuándo volverían. Así que Anna K mandó a su hijo al piso con instrucciones de recoger la llave del buzón.

K no había estado antes en el piso. Lo encontró en un completo caos. Sobre el agua encharcada arrastrada por el fuerte viento había muebles destrozados, colchones deshechos, trozos de cristal y porcelana, macetas marchitas, la ropa de cama y la moqueta empapadas. Una pasta de levadura, cereales, azúcar, serrín y tierra se le pegó a los zapatos. En la cocina la nevera yacía boca abajo, el motor todavía ronroneante, rezumando por las bisagras una espuma amarilla sobre el centímetro de agua que cubría las baldosas del suelo. Habían tirado las filas de tarros de los estantes; apestaba a vino. En la brillante pared blanca alguien había escrito AL DIAVLO con espuma de limpiar hornos.

Michael convenció a su madre de que fuera y viera ella misma los destrozos. No había estado arriba desde hacía dos meses. Permaneció con lágrimas en los ojos sobre una tabla del pan en la puerta del salón.

—¿Por qué han hecho esto? —susurró. No quiso entrar en la cocina—. ¡Unas personas tan amables...! —dijo—. ¡No sé cómo van a arreglar todo esto!

Michael la ayudó a volver a la habitación. No se tranquilizaba, y preguntaba

constantemente dónde estaban los Buhrmann, quién iba a limpiar el piso, cuándo volverían.

Michael la dejó allí y volvió al piso destrozado. Levantó la nevera, la vació, barrió los trozos de cristal hasta un rincón y recogió parte del agua. Llenó media docena de bolsas de basura y las apiló en la entrada. Separó los víveres en buen estado. No intentó limpiar el salón, pero sujetó las cortinas a los marcos de las ventanas sin cristales lo mejor que pudo. Hago todo esto, se dijo, no por los dos ancianos, sino por mi madre.

Era evidente que hasta que no se arreglaran las ventanas y se retirara la moqueta, que ya empezaba a apestar, los Buhrmann no podrían vivir allí. Pero no se le ocurrió la idea de usar el apartamento hasta que vio el baño por primera vez.

—Solo una o dos noches —le rogó a su madre—, para que tengas la posibilidad de dormir sola. Hasta que sepamos lo que vamos a hacer. Llevaré un diván al baño. Por la mañana volveré a colocarlo todo en su sitio. Lo prometo. No se enterarán.

Se arregló el diván en el baño con sábanas y manteles. Ajustó un trozo de cartón en la ventana y encendió la luz. Había agua caliente: se bañó. Por la mañana borró sus huellas. Llegó el cartero. No había nada para el buzón de los Buhrmann. Llovía. Salió y se sentó bajo la marquesina de la parada del autobús a mirar cómo caía la lluvia. A media tarde, cuando era seguro que los Buhrmann no volverían, regresó al piso.

Llovió durante varios días. No hubo noticias de los Buhrmann. K barrió hacia el balcón casi toda el agua estancada y desatascó la cañería del desagüe. Aunque había corriente de aire por todo el piso, el olor a humedad aumentó. Limpió el suelo de la cocina y bajó las bolsas de basura.

Empezó a pasar en el piso las noches y también los días. En un armario de la cocina encontró varios montones de revistas. Tumbado en la cama, o en el baño, miraba las páginas con fotos de mujeres hermosas y platos exquisitos. Los platos le llamaban más la atención. Le mostró a su madre la foto de una apetitosa pierna de cerdo asada con guarnición de cerezas y rodajas de piña, y al lado un cuenco de frambuesas con nata y una tarta de grosellas.

—Ya nadie come esto —dijo su madre.

Él no estaba de acuerdo.

—Los cerdos no saben que hay guerra —dijo—. Las piñas no saben que hay guerra. La comida sigue creciendo. Alguien tiene que comérsela.

Volvió a la pensión donde vivía antes y pagó el alquiler atrasado.

—He dejado mi trabajo —le contó al encargado—. Mi madre y yo nos vamos al campo para dejar todo esto. Solo estamos esperando el permiso.

Recogió su bicicleta y la maleta. Se paró en un almacén de chatarra y compró un metro de barra de acero. La carretilla con el asiento de tablas estaba donde la había dejado, en el callejón detrás de los pisos; ahora volvió a pensar en utilizar las ruedas de la bicicleta para hacer una carreta con la que sacar a su madre de paseo. Pero

aunque los cojinetes de las ruedas se deslizaban suavemente en el eje nuevo, no sabía cómo sujetar las ruedas para que no se salieran. Durante horas intentó en vano confeccionar unas abrazaderas de alambre. Acabó dejándolo por imposible. Algo se me ocurrirá, se dijo, y dejó la bicicleta desmantelada en el suelo de la cocina de los Buhrmann.

Entre la basura del salón había encontrado un transistor. La aguja del dial se había atascado en la última emisora, las pilas estaban casi gastadas, y enseguida se cansó de toquetearlo. Pero al rebuscar en los cajones de la cocina, encontró un cable que enchufó a la red. Ahora se podía tumbar en la oscuridad del baño y oír la música que sonaba en la otra habitación. A veces se dormía escuchándola. Por la mañana se despertaba con la música todavía sonando; o escuchaba una charla vibrante en un idioma del que no entendía nada más que los nombres de lugares lejanos: Wakkerstroom, Pietersburg, King Williams Town. A veces se descubría tatareando una canción con voz monótona.

Cuando acabó con las revistas, empezó a hojear los periódicos viejos que encontró debajo del fregadero de la cocina, periódicos tan viejos que no recordaba ninguno de los sucesos de que hablaban, aunque reconoció a algunos futbolistas, DETENIDO EL ASESINO DE KHAMIESKROON, decía uno de los titulares, y encima aparecía la foto de un hombre esposado, con una camisa blanca desgarrada, de pie entre dos policías firmes. Aunque las esposas le obligaban a bajar los hombros, el asesino de Khamieskroon miraba a la cámara con una sonrisa que a K le pareció de tranquila satisfacción. Más abajo había una segunda fotografía: un rifle con su charpa fotografiado sobre un fondo blanco y con la leyenda «El arma del asesino». K pegó la página con la noticia en la puerta de la nevera; durante muchos días después, cuando alzaba la vista del trabajo con las ruedas, su mirada siguió encontrándose con la del hombre de Khamieskroon, dondequiera que estuviera ese lugar.

Sin nada que hacer, trató de secar los libros empapados de los Buhrmann colgándolos de una cuerda a través del salón; pero este proceso le llevaba mucho tiempo y perdió interés. Nunca le habían gustado los libros, y no encontraba nada que le atrajera en las historias de oficiales, o de mujeres llamadas Lavinia, aunque pasó algún tiempo despegando las hojas de los libros ilustrados de las islas Jónicas, la España árabe, Finlandia, tierra de lagos, Bali y otros lugares del mundo.

Después, una mañana, Michael K se levantó apresuradamente al oír el chirrido de la cerradura de la puerta principal, y se encontró frente a cuatro hombres con monos de trabajo que se abrieron paso sin decir una palabra y comenzaron a vaciar el piso de su contenido. Rápidamente apartó las piezas de la bicicleta. Su madre salió en bata y paró a uno de los hombres en la escalera.

—¿Dónde está el patrón? ¿Dónde está el señor Buhrmann? —preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

K salió a la calle y se dirigió al conductor de la camioneta.

—¿Les manda el señor Buhrmann? —le preguntó.

—¿A ti qué te parece? —dijo el conductor.

Michael ayudó a su madre a volver a la cama.

—Lo que no entiendo —dijo ella— es por qué no me dicen nada. ¿Qué hago si alguien llama a la puerta y dice que tengo que irme inmediatamente porque quiere la habitación para su empleada? ¿Adónde iré?

Durante un buen rato él permaneció a su lado acariciándole el brazo, escuchando sus lamentaciones. Después sacó las dos ruedas de la bicicleta, la barra de acero y las herramientas al callejón, y se sentó al sol para enfrentarse de nuevo al problema de evitar que las ruedas se salieran del eje. Trabajó toda la tarde; por la noche, había grabado cuidadosamente con una sierra de punta una rosca en los dos extremos de la barra para enroscar en ellos varias arandelas de dos centímetros. Una vez montadas las ruedas entre las arandelas de la barra, tan solo le quedaba ajustar varios círculos de alambre alrededor de la barra para que las arandelas no rozaran las ruedas, y entonces el problema pareció estar resuelto. Estaba tan impaciente por continuar con su tarea que apenas cenó ni durmió aquella noche. Por la mañana, deshizo el asiento de la antigua carretilla y lo utilizó para construir una caja estrecha de tres lados y dos manubrios largos, que sujetó al eje con alambre. Ahora tenía un *rickshaw* no muy estable, pero que aguantaría el peso de su madre; y esa misma noche, cuando el viento frío del noroeste había encerrado en sus casas a todos los paseantes, salvo a los más fuertes, sacó de nuevo a su madre, envuelta en un abrigo y una manta, a dar un paseo por el malecón que hizo que la sonrisa volviese a sus labios.

El momento había llegado. En cuanto regresaron a la habitación, expuso el plan que había meditado desde que construyó la primera carretilla. Perdían el tiempo al esperar los permisos, dijo. Los permisos no iban a llegar nunca. Y sin los permisos, no podrían irse en tren. Ahora iban a echarlos cualquier día de la habitación. ¿No le iba a dejar llevarla en la carreta a Prince Albert? Ella misma había comprobado que era cómoda. El clima húmedo no le sentaba bien, tampoco la preocupación constante por el futuro. Una vez instalada en Prince Albert recuperaría la salud rápidamente. Como mucho estarían de camino un día o dos. La gente era buena, la gente se detendría para llevarlos.

Discutió con ella durante horas, sorprendiéndose a sí mismo por la agilidad de su argumentación. Cómo pretendía que durmiera al aire libre en pleno invierno, protestó ella. Con suerte, respondió, llegarían a Prince Albert incluso en un día, después de todo solo estaba a cinco horas en coche. Pero ¿y si llovía?, preguntó ella. Pondría un toldo sobre la carreta, le respondió. ¿Y si la policía les paraba? Seguramente, contestó, la policía tendrá cosas más importantes que hacer que parar a dos personas inocentes que solo quieren una oportunidad de abandonar a su manera una ciudad superpoblada.

—¿Por qué va a querer la policía que pasemos la noche escondidos en porches ajenos, mendiguemos en las calles y nos convirtamos en un estorbo?

Fue tan persuasivo que finalmente Anna K cedió, aunque puso dos condiciones:

que fuera por última vez a la policía para averiguar lo que pasaba con los permisos que no llegaban, y que la dejara prepararse para el viaje sin prisas. Michael accedió complacido.

A la mañana siguiente, en lugar de esperar un autobús que quizá no llegaría nunca, fue corriendo desde Sea Point hasta el centro por la calle principal, disfrutando de la firmeza de su corazón, del vigor de sus extremidades. Ya había docenas de personas haciendo cola ante el cartel HERVESTIGING-TRASLADOS; tardó una hora en llegar al mostrador de una funcionaria con expresión desconfiada.

Le mostró los dos billetes de tren.

—Solo quiero saber si han llegado los permisos —dijo.

Ella le acercó los impresos que ya conocía.

—Rellene los impresos y llévelos al E-5. Lleve también los billetes y las reservas. —Apartó la mirada y la dirigió al hombre de detrás de K—. ¿Dígame?

—No —dijo K, esforzándose por recuperar su atención—, ya he pedido el permiso. Solo quiero saber si ha llegado.

—¡Antes de tener el permiso ha de tener una reserva! ¿Tiene la reserva? ¿Para cuándo?

—Para el dieciocho de agosto. Pero mi madre...

—¡Todavía falta un mes hasta el dieciocho de agosto! ¡Si ha pedido un permiso y se lo han concedido, recibirá el permiso, le enviarán el permiso a su domicilio! ¡El siguiente!

—¡Pero eso es lo que quiero saber! Porque si el permiso no va a llegar nunca, tengo que hacer otros planes. Mi madre está enferma.

La policía dio una palmada en el mostrador para hacerle callar.

—¡No me haga perder el tiempo! Se lo diré por última vez: *¡Si le han concedido el permiso, lo recibirá!* ¿No ve a toda esta gente esperando? ¿No lo entiende? ¿Es usted idiota? *¡El siguiente!* —Se inclinó sobre el mostrador y miró deliberadamente detrás de K—: *¡Sí, usted, el siguiente!*

Pero K no se movió. Respiraba muy deprisa, tenía la mirada ausente. La funcionaria se volvió hacia él de mala gana, mirando el labio descarnado que el escaso bigote no podía ocultar.

—*¡El siguiente!* —dijo.

Una hora antes del amanecer del día siguiente, K levantó a su madre y, mientras se vestía, cargó la carreta, forró el cajón con mantas y cojines y ató la maleta a un lado. La carreta tenía ahora una capota negra de plástico que la hacía parecer un cochecito de niño muy grande. Al verla su madre se detuvo con un gesto de desaprobación.

—No sé, no sé, no sé —dijo.

Tuvo que persuadirla para que subiera; tardó mucho tiempo. Entonces él se dio cuenta de que la carreta no era lo bastante grande: aguantaba el peso de su madre, pero tenía que sentarse encorvada bajo la capota, sin poder mover las extremidades.

Le extendió una manta sobre las piernas, y encima colocó un paquete con víveres, la estufa de parafina y una botella de combustible dentro de una caja, y algo de ropa. Una luz se encendió en el piso de al lado. Oían el romper de las olas en las rocas.

—Solo un día o dos —susurró—, y habremos llegado. Si es posible, no te muevas mucho hacia los lados. —Ella asintió con la cabeza, pero siguió con la cara escondida entre los guantes de lana. Se inclinó hacia ella—. ¿Quieres quedarte, madre? —dijo—. Si quieres quedarte, nos quedamos.

Ella negó con la cabeza. Así que Michael se puso la gorra, levantó los manubrios, y empujó la carreta hacia el camino entre la niebla.

Tomó la ruta más corta, atravesando la zona devastada al lado de los antiguos depósitos de combustible, donde acababa de empezar la demolición de los edificios incendiados; atravesando el barrio portuario y los ennegrecidos esqueletos de los almacenes que habían ocupado las bandas callejeras de la ciudad el año pasado. Nadie les paró. En realidad, casi ninguno de los que se cruzaron a esa hora temprana les dedicó una mirada. Empezaron a aparecer en las calles medios de transporte cada vez más raros: carros de supermercado con barras de dirección; triciclos con cajas sobre el eje posterior; cestas encima de los bastidores de las carretillas; cajones puestos sobre angarillas; carros de todos los tamaños. Un burro llegaba a costar ochenta rands en moneda nueva, una carreta con neumáticos, más de cien.

K mantuvo el paso ligero, parándose cada media hora para frotarse las manos heladas y desentumecerse la espalda. En el momento que instaló a su madre en la carreta en Sea Point, se dio cuenta de que, con todo el equipaje colocado delante, el eje no estaba en el centro sino muy atrás. Ahora, cuando su madre, al intentar ponerse cómoda, se deslizaba hacia atrás en la caja, tenía que levantar un peso muerto mucho mayor. Mantuvo la sonrisa para disimular el esfuerzo que estaba realizando.

—Cuando salgamos a la carretera general —dijo entre jadeos—, alguien nos llevará.

Al mediodía cruzaron la desierta zona industrial de Paarden Eiland. Un par de obreros, que comían sus bocadillos sentados en un muro, les observaron pasar en silencio. Bajo sus pies se leía EMERGENCIA en gastadas letras negras. K ya no sentía los brazos, pero continuó con esfuerzo un kilómetro más. Donde la carretera cruzaba por debajo de Black River Parkway, ayudó a su madre a bajar y la instaló en el arcén herboso bajo el puente. Almorzaron. Le sorprendió la soledad de las carreteras. Había tal calma que oía el canto de los pájaros. Se tumbó en la hierba espesa y cerró los ojos.

Le despertó un gran estruendo. Al principio pensó que eran truenos lejanos. Pero el ruido creció, batiendo en oleadas la base del puente por encima de ellos. A su derecha, en dirección a la ciudad y a velocidad sostenida, aparecieron dos parejas de motoristas uniformados, los rifles sujetos a la espalda, y detrás de ellos un vehículo acorazado con un artillero de pie en la torreta. Les seguía una procesión de varios vehículos pesados, la mayoría camiones sin carga. K subió por el arcén hasta donde

estaba su madre; sentados uno junto a otro observaron todo entre un estruendo que parecía solidificar el aire. La caravana tardó varios minutos en pasar. En la cola venían docenas de automóviles, furgonetas y camiones ligeros, seguidos de un camión militar verde oliva con techo de lona, ocupado por dos filas de soldados sentados con casco, y al final otra pareja de motoristas.

Uno de los primeros motoristas, al pasar, había observado a K y a su madre con insistencia. Ahora los dos últimos motoristas se separaron de la caravana. Uno esperó al lado de la carretera, el otro subió hasta el arcén. Alzándose la visera, les interpeló:

—Está prohibido detenerse en la autovía —dijo.

Miró la carreta.

—¿Es este su vehículo?

K asintió.

—¿Adónde van?

K susurró algo, carraspeó, habló por segunda vez.

—A Prince Albert. En el Karoo.

El motorista silbó, balanceó ligeramente la carreta, y le dijo algo a su compañero. Volvió a dirigirse a K.

—En la carretera, nada más pasar la curva, hay un control. Párese en el control y enseñe los permisos. ¿Tienen los permisos para abandonar la Península?

—Sí.

—No pueden abandonar la península sin permisos. Vaya al control y enseñe los permisos y la documentación. Y escúcheme bien: si quiere parar en la autovía, aléjese cincuenta metros de la carretera. Son las normas: cincuenta metros por cada lado. Si están más cerca, les pueden disparar sin avisar, sin preguntar. ¿Entendido?

K asintió. Los motoristas volvieron a montar y se marcharon con mucho ruido hacia la cola de la caravana. K no pudo afrontar la mirada de su madre.

—Teníamos que haber elegido un camino más tranquilo —dijo Michael.

Podría haber retrocedido en ese mismo momento; pero ante el riesgo de una segunda humillación, ayudó a su madre a subir a la carreta y la condujo hasta los antiguos hangares, donde, efectivamente, había un jeep aparcado a un lado de la carretera, y tres soldados hacían té en un hornillo de campaña. Sus ruegos fueron en vano.

—¿Tienen o no el permiso? —preguntó el cabo al mando—. Me da igual quién es usted, quién es su madre, si no tienen el permiso no pueden abandonar la zona, punto.

K se volvió hacia su madre. Contemplaba bajo la capota negra al joven soldado con mirada inexpresiva. El soldado levantó los brazos.

—¡No me compliquen la vida! —vociferó—. ¡Consigan el permiso y los dejaré pasar!

Observó a K levantar los manubrios de la carreta y dar media vuelta. Una rueda empezó a oscilar.

Ya era de noche cuando pasaron los semáforos que señalaban el comienzo de

Beach Road. Habían empujado a los jardines los chasis de los vehículos que bloqueaban la calle durante el saqueo de los edificios de apartamentos. La llave estaba todavía en la puerta bajo la escalera. La habitación se encontraba como la habían dejado, bien barrida para el próximo ocupante. Anna K se echó con el abrigo y las zapatillas en el colchón desnudo; Michael metió las pertenencias dentro. Un aguacero había empapado los cojines.

—Volveremos a intentarlo dentro de un par de días, madre —susurró. Ella negó en silencio—. ¡Madre, el permiso no va a llegar nunca! —dijo—. Lo intentaremos de nuevo, pero la próxima vez iremos por carreteras secundarias. ¡No pueden cortar todos los caminos!

Se sentó a su lado en el colchón y se quedó allí, con la mano en su brazo hasta que ella se durmió; luego subió a dormir en el suelo de los Buhrmann.

Dos días después volvieron a ponerse en camino, saliendo de Sea Point una hora antes del amanecer. El entusiasmo del primer intento se había desvanecido. K sabía ahora que quizá tendrían que pasar muchas noches en la carretera. Además, su madre ya no tenía ninguna gana de viajar a lugares lejanos. Quejándose de dolor en el pecho, se sentó en la caja muy derecha, bajo el delantal de plástico que K había extendido para resguardarla de la intensa lluvia. A trote uniforme, los neumáticos siseando en el pavimento húmedo, siguió una ruta nueva que pasaba por el centro de la ciudad, por *Sir Lowry Road* y la *Main Road* de las afueras, por el puente del ferrocarril de *Mowbray*, pasando por el que antes era el hospital infantil, para salir finalmente a la antigua *Klipfontein Road*. Aquí, separados de las chabolas de cartón y uralita hacinadas en las calles del campo de golf tan solo por una cerca derruida, hicieron su primera parada. Después de comer algo, K se colocó al lado de la carretera junto a su madre, e intentó parar a los vehículos que circulaban. Había poco tráfico. Tres camiones ligeros con tela metálica en los faros y en las ventanillas pasaron a gran velocidad uno detrás de otro. Más tarde pasó un bonito coche de caballos, los bayos adornados con racimos de campanillas en los arneses, y un grupo de niños en la parte de atrás haciendo gestos burlones a los dos. Después de un largo intervalo sin que pasara nadie, paró un camión, y el conductor se ofreció a llevarles hasta la fábrica de cemento, e incluso ayudó a K a subir la carreta al camión. Sentados a salvo y a cubierto en la cabina, descontando los kilómetros que veía pasar con el rabillo del ojo, K dio un pequeño codazo a su madre, recibiendo como respuesta una sonrisa forzada.

Este fue el último golpe de suerte del día. Esperaron durante una hora delante de la fábrica de cemento; pero aunque había un flujo uniforme de peatones y ciclistas, los únicos vehículos que pasaron eran camiones del servicio de recogida de aguas residuales. El sol se ponía y el viento era más frío cuando K remolcó la carreta al camino y se puso de nuevo en marcha. Quizá, pensó, sea mejor si no dependemos de otros. Después del primer viaje, había desplazado el eje cinco centímetros hacia delante; ahora la carreta, una vez en marcha, era ligera como una pluma. Adelantó al

trote a un hombre que empujaba una carretilla cargada de leña, y le saludó con la cabeza al pasar. Erguida y encajada entre los lados de la pequeña y oscura cabina, su madre tenía los ojos cerrados y la cabeza caída hacia delante.

La luna emergía difuminada entre las nubes cuando, a un kilómetro de la carretera principal, K se paró, ayudó a bajar a su madre, y se adentró en la espesa maleza de Port Jackson para buscar un refugio nocturno. En este submundo de raíces enmarañadas, tierra húmeda y sutiles olores putrefactos, ningún lugar parecía más protegido de los elementos que otro. Regresó junto al camino tiritando.

—No es muy comfortable —le dijo a su madre—, pero tendremos que conformarnos por una noche.

Ocultó la carreta lo mejor que pudo; llevando a su madre de un brazo, y con la maleta en el otro, se encaminó a tientas de nuevo entre los arbustos.

Comieron algo frío y se acostaron en un lecho de hojas tan húmedas que mojaron su ropa. A medianoche empezó a llover. Se acurrucaron tan juntos como era posible bajo un arbusto, mientras la lluvia goteaba sobre la manta que sostenían sobre sus cabezas. Cuando la manta se empapó, Michael volvió a gatas hasta la carreta y cogió el delantal de plástico. Recostó la cabeza de su madre en el hombro y escuchó su respiración fatigada y débil. Por primera vez pensó que la razón por la que ya no se quejaba era porque estaba agotada, o porque ya no le importaba nada.

Su propósito era emprender la marcha con suficiente antelación para alcanzar el desvío de Stellenbosch y Paarl antes de que fuera de día. Pero al amanecer, su madre todavía dormía a su lado y no quiso despertarla. El aire se volvió más templado, y a él le fue más difícil no dormirse. Ya era plena mañana cuando ayudó a su madre a salir de la maleza y volver a la carretera. Aquí, mientras cargaban la ropa mojada de la noche en la carreta, les abordaron dos transeúntes que, al toparse con un hombre de complexión débil y una anciana en un paraje solitario, pensaron que podían quitarles impunemente sus pertenencias. Como muestra de sus intenciones, uno de los desconocidos mostró a K un cuchillo de cocina (sacándose la hoja de la manga), mientras el otro agarraba la maleta. Cuando la hoja brilló, K vio ante sí la perspectiva de volver a ser humillado ante los ojos de su madre, de tener que empujar la carreta de vuelta a la habitación de Sea Point, de tener que sentarse en la estera tapándose los oídos y aguantar día tras día la carga del silencio de su madre. Se acercó a la carreta y sacó su única arma, la barra de cincuenta centímetros que había serrado del eje. La esgrimió y, resguardándose la cara con el brazo izquierdo, avanzó hacia el joven del cuchillo, que le esquivó y se acercó a su compañero, mientras Anna K llenaba el aire de gritos. Los desconocidos retrocedieron. Mudo, con la mirada todavía fiera y blandiendo la barra, K recuperó la maleta y ayudó a su madre temblorosa a subir a la carreta, mientras los ladrones merodeaban a menos de veinte pasos. Después empujó la carreta marcha atrás hasta el camino, y lentamente se alejó de ellos. Les siguieron durante un rato, el del cuchillo haciendo a K gestos obscenos y amenazantes con un elaborado juego de labios y lengua. Después desaparecieron entre los arbustos tan

deprisa como habían aparecido.

En la carretera no había vehículos sino gente, mucha gente caminando por donde nunca había caminado nadie, por el centro de la autovía, en ropa de domingo. A los lados de la carretera la maleza llegaba hasta el pecho; la superficie de la calzada estaba agrietada y la hierba brotaba entre las grietas. K alcanzó a tres niñas, tres hermanas que llevaban vestidos rosa idénticos, de camino a la iglesia. Miraron dentro de la pequeña cabina de la señora K y charlaron con ella. En el último tramo, antes de que Michael torciera hacia Stellenbosch, la hermana mayor cogió de la mano a la señora K. Antes de separarse, la señora K sacó el monedero y dio una moneda a cada niña.

Las niñas les habían dicho que no circulaban caravanas el domingo; pero en la carretera de Stellenbosch les adelantó una caravana de granjeros, un tren de camionetas y coches detrás de un camión blindado con una tupida malla, en cuya caja abierta había dos hombres de pie con rifles automáticos escrutando el camino. K se apartó de la carretera hasta que pasaron. Los pasajeros les miraron con extrañeza, los niños les señalaron con el dedo y dijeron algo que K no oyó.

Viñedos sin hojas se extendían por todos lados. Una bandada de gorriones apareció en el cielo, se posó un momento en los arbustos cercanos, y se fue revoloteando. Por los prados llegó el sonido de campanas de iglesia. K recordó Huis Norenius, cuando, incorporado en la cama de la enfermería, sacudía la almohada y observaba el juego del polvo en un rayo de sol.

Era de noche cuando llegó con paso cansado a Stellenbosch. Las calles estaban vacías, soplaba un viento frío. No había pensado en dónde dormirían. Su madre tosía; después, le costaba recuperar el aliento. Se paró en un café y compró empanadillas con curry. Se comió tres, ella una. No tenía apetito.

—¿No debería verte un médico? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza dándose unas palmadas en el pecho.

—Solo tengo la garganta seca —dijo.

Parecía creer que llegarían a Prince Albert al día siguiente o al otro, y no quiso desilusionarla.

—Se me ha olvidado el nombre de la granja —dijo—, pero preguntaremos, alguien lo sabrá. Había un gallinero pegado al muro de la cochera, un gallinero largo, y una bomba en la colina. Teníamos una casa al pie de la colina. Había chumberas junto a la puerta de atrás. Ese es el sitio que tienes que buscar.

Durmieron en un callejón sobre un lecho de cartones extendidos. Michael sujetó un trozo de cartón largo sobre el lecho, pero el viento lo derribó. Su madre tosió durante toda la noche, y no le dejó dormir. Cuando una furgoneta policial pasó patrullando lentamente la calle, tuvo que taponarle la boca con la mano.

Con la primera claridad la subió otra vez a la carreta. La cabeza le oscilaba, no sabía dónde estaba. Paró al primero que vio y preguntó por la ruta al hospital. Anna K ya no podía sentarse erguida; y cuando resbalaba, Michael casi no podía evitar que la

carreta volcara. La mujer tenía fiebre, respiraba con dificultad.

—Tengo la garganta muy seca —susurró, pero la tos era húmeda.

En el hospital, se sentó a su lado para sostenerla hasta que le llegó el turno. Cuando la volvió a ver, estaba echada inconsciente en una camilla entre un mar de camillas, y tenía una sonda en la nariz. Sin saber qué hacer, deambuló por el pasillo hasta que lo echaron. Se pasó la tarde en el patio bajo el calor suave del sol invernal. Se coló dos veces dentro para comprobar si se habían llevado la camilla. La tercera vez se acercó de puntillas a su madre y se inclinó sobre ella. No la oía respirar. Con el corazón encogido, corrió hacia la enfermera del mostrador y la agarró de la manga.

—¡Por favor, venga a ver, deprisa! —le dijo. La enfermera se soltó de su mano.

—¿Quién es usted? —susurró.

Le siguió hasta la camilla, y tomó el pulso a su madre con la mirada ausente. Después, sin decir palabra, volvió al mostrador. Mientras esta escribía, K se quedó frente a ella como un perro obediente. Se volvió hacia él.

—Ahora escúcheme —dijo en un susurro tenso—. ¿Ve a toda esta gente aquí? —Señaló el pasillo y las salas—. Es gente que espera que la atiendan. Trabajamos veinticuatro horas al día para atenderla. Cuando acabo el servicio... ¡No, escúcheme, no se vaya! —Ahora fue ella la que le sujetó, levantando la voz, acercando el rostro al suyo, Michael vio cómo se le formaban lágrimas de rabia en los ojos—. Cuando acabo el servicio estoy tan cansada que no puedo ni comer, solo me quedan fuerzas para dormirme sin ni siquiera quitarme los zapatos. No soy más que una persona. Ni dos, ni tres, una. ¿Lo entiende o es demasiado difícil de entender? —K apartó la mirada.

—Perdone —masculló, sin saber qué más decir, y volvió al patio.

La madre tenía la maleta. Michael no disponía de dinero, salvo el cambio de la cena del día anterior. Se compró un bollo y bebió de un grifo. Paseó por las calles, removiendo con los pies el mar de hojas secas de la acera. Al pasar por un parque, se sentó en un banco y miró el cielo azul pálido entre las ramas desnudas. Una ardilla chilló cerca de él y le sobresaltó. Preocupado de pronto por que hubieran robado la carreta, corrió de vuelta al hospital. La carreta estaba en el aparcamiento donde la había dejado. Recogió las mantas, los cojines y el hornillo, pero después no supo dónde esconderlos.

A las seis vio marcharse a las enfermeras del turno de día y volvió a colarse. Su madre no estaba en el pasillo. Preguntó en el mostrador dónde estaba, y lo enviaron a una sala lejana del hospital, donde nadie sabía de lo que les hablaba. Volvió al mostrador y le dijeron que regresara por la mañana. Preguntó si podía pasar la noche en uno de los bancos de la entrada y le dijeron que no.

Durmió en el callejón con la cabeza dentro de una caja de cartón. Tuvo un sueño: su madre llegaba de visita a Huis Norenius, con un paquete de comida. «La carreta es muy lenta —decía en el sueño—, Prince Albert va a venir a buscarme». El paquete era extrañamente ligero. Se despertó con tanto frío que apenas pudo estirar las

piernas. Muy lejos, un reloj dio las tres o quizá las cuatro. Las estrellas le iluminaban desde el cielo despejado. Comprobó con sorpresa que el sueño no le había desasosegado. Envuelto en una manta, anduvo primero de un lado a otro del callejón, después deambuló por la calle, atisbando en los escaparates en penumbra donde, tras una reja de rombos, los maniquíes mostraban la moda de primavera.

Cuando por fin le dejaron entrar en el hospital, encontró a su madre en la sala de mujeres con una camisola blanca en lugar del abrigo negro. Estaba echada con los ojos cerrados y la sonda habitual en la nariz. Tenía la boca abierta, el rostro cansado, incluso la piel de los brazos parecía haberse arrugado. Le apretó la mano pero no obtuvo respuesta. Había cuatro filas de camas en la sala separadas entre sí por un paso; no había sitio para sentarse.

A las once en punto, un auxiliar trajo té y dejó una taza con una galleta en el plato junto a la cama de su madre. Michael le incorporó la cabeza y le sostuvo la taza en los labios, pero no bebió. Esperó durante un buen rato, mientras su propio estómago hacía ruidos y el té se enfriaba. Entonces, cuando el auxiliar estaba a punto de volver, se bebió el té de un golpe y se tragó la galleta.

Examinó los gráficos al pie de la cama, pero no supo si se referían a su madre o a otra persona.

En el pasillo paró a un hombre con una bata blanca y le pidió trabajo.

—No quiero dinero —dijo—, quiero hacer algo. Barrer el suelo o algo parecido. Limpiar el jardín.

—Vaya a preguntar en la oficina de abajo —dijo el hombre apartándole de su camino.

K no encontró la oficina indicada.

Un hombre en el patio del hospital entabló conversación con él.

—¿Está aquí para que le den puntos? —le preguntó.

K negó con la cabeza. El hombre le miró el rostro con desagrado. Después contó una larga historia de un tractor que volcó encima de él, aplastándole una pierna y partiéndole la cadera, y de los clavos que los médicos le insertaron en los huesos, clavos de plata que nunca se oxidaban. Caminaba con un bastón de aluminio curvado de forma extraña.

—¿Sabe dónde puedo comprar algo de comer? —le preguntó K—. No he comido desde ayer.

—¿Por qué no va y compra una empanada para los dos? —dijo el hombre dándole a K una moneda de un rand.

K fue a la panadería y regresó con dos empanadas de pollo calientes. Se sentó a comer en el banco al lado de su amigo. La empanada estaba tan buena que se le saltaron las lágrimas. El hombre le habló de los incontrolables ataques convulsivos de su hermana. K escuchó a los pájaros en los árboles, tratando de recordar cuándo se había sentido tan feliz.

Pasó una hora al lado de su madre por la tarde y otra hora por la noche. Tenía la

cara gris; apenas se la oía respirar. Una vez movió la mandíbula: fascinado, K observó cómo el hilillo de saliva se acortaba y se alargaba entre los labios entumecidos. Pareció susurrar algo, pero no pudo entenderlo. La enfermera que le ordenó salir le dijo que estaba sedada.

—¿Para qué? —preguntó K.

Hurtó el té de su madre y el de la anciana de la cama vecina, bebiéndoselos de un trago como un perro culpable, cuando el auxiliar estaba de espaldas.

Al regresar al callejón vio que habían quitado las planchas de cartón. Pasó la noche en el hueco de un portal. En una placa de cobre sobre su cabeza se leía: LE ROUX & HATTINGH-PROKUREURS. Se despertó al pasar una patrulla de policía, pero se volvió a dormir enseguida. No hacía tanto frío como la noche anterior.

Una mujer desconocida con la cabeza vendada ocupaba la cama de su madre. K se quedó al pie de la cama con la mirada ausente. Quizá estoy en una sala equivocada, pensó. Paró a una enfermera.

—Mi madre. Estaba aquí ayer...

—Pregunte en el mostrador —le dijo la enfermera.

—Su madre falleció durante la noche —le dijo la doctora—. Hicimos todo lo posible para salvarla, pero estaba muy débil. Quisimos contactar con usted, pero no dejó ningún número.

Se sentó en una silla del rincón.

—¿Quiere llamar por teléfono? —dijo la doctora.

Aquello era evidentemente un código de algo, no sabía de qué. Negó con la cabeza.

Bebió una taza de té que alguien le trajo. La gente a su alrededor le ponía nervioso. Juntó las manos y se miró fijamente los pies. ¿Esperaban que dijera algo? Separó y juntó las manos varias veces.

Le condujeron abajo a ver a su madre. Yacía con los brazos a los lados, y llevaba todavía la camisola con la inscripción KPA-CPA en el pecho. La sonda había desaparecido. La miró durante un rato; después ya no supo dónde mirar.

—¿Tiene otros parientes? —preguntó la enfermera del mostrador—. ¿Quiere llamarles por teléfono? ¿Quiere que nosotros les llamemos?

—No importa —dijo K, y fue a sentarse de nuevo en su silla del rincón.

Después le dejaron solo, hasta que al mediodía apareció una bandeja con comida de hospital y se la comió.

Estaba aún sentado en el rincón, cuando un hombre con traje y corbata llegó para hablar con él. ¿Cómo se llamaba su madre, qué edad tenía, lugar de residencia, afiliación religiosa? ¿Qué hacía en Stellenbosch? ¿Tenía K sus documentos de viaje?

—La llevaba a casa —contestó K—. Hacía frío donde vivía en Ciudad del Cabo, llovía continuamente, era malo para su salud. La llevaba a un sitio donde podría mejorar. No teníamos pensado parar en Stellenbosch.

De pronto tuvo miedo de hablar demasiado y no quiso contestar más preguntas.

El hombre se cansó y se fue. Después de un rato volvió, se agachó delante de K, y preguntó:

—¿Ha estado usted internado alguna vez en un asilo, en una institución para discapacitados o en un centro de acogida? ¿Ha tenido alguna vez un trabajo remunerado?

K no quiso contestar.

—Firme aquí —dijo el hombre, y sacó un papel, indicándole el espacio.

Cuando K negó con la cabeza, el hombre firmó el papel por él.

Cambió el turno, y K se marchó al aparcamiento. Se paseó durante un rato y miró el cielo claro de la noche. Después volvió a su silla frente a la pared. No le ordenaron marcharse. Más tarde, cuando no había nadie, bajó a buscar a su madre. No la pudo encontrar, o quizá la puerta que llevaba a ella estaba cerrada con llave. Se metió en un enorme cesto de metal con ropa sucia, y se durmió allí, enroscado como un gato.

Al segundo día tras la muerte de su madre, una enfermera que no había visto nunca apareció ante él.

—Venga, Michael, ya es hora de irse —le dijo. La siguió hasta el mostrador de la entrada. Le esperaban la maleta, y dos paquetes en papel de envolver—. Hemos metido la ropa y los objetos personales de su difunta madre en la maleta —dijo la enfermera desconocida—: se la puede llevar. —Llevaba gafas; sonaba como si estuviera leyendo las palabras de una tarjeta. K notó que la chica del mostrador los estaba observando de soslayo—. Este paquete —continuó la enfermera— contiene las cenizas de su madre. Su madre ha sido incinerada esta mañana, Michael. Si lo prefiere, podemos encargarnos de las cenizas apropiadamente, o si no se las puede llevar. —Con la punta de un dedo tocó el paquete en cuestión. Los dos paquetes estaban debidamente precintados con cinta adhesiva; este era el más pequeño—. ¿Quiere que nos hagamos cargo de él? —dijo. Rozó a K ligeramente con el dedo. Él negó con la cabeza—. Y en este paquete —continuó, entregándole el segundo con decisión—, hemos metido algunas cositas para usted que pueden serle útiles, ropa y artículos de aseo.

Lo miró francamente a los ojos con una sonrisa. La chica del mostrador volvió a su máquina de escribir.

Así que hay un sitio para quemar, pensó. Se imaginó a las ancianas del pabellón, los ojos apretados ante el calor, los labios apretados, las manos a los lados, alimentando sin descanso el horno abrasador. Primero el pelo, en una aureola de llamas, y después de un rato todo lo demás, hasta el último resto, ardiendo y pulverizándose. Y esto ocurría continuamente.

—¿Cómo lo sé? —dijo él.

—¿Cómo sabe qué? —dijo la enfermera.

K señaló la caja con impaciencia.

—¿Cómo lo sé? —volvió a preguntar.

La enfermera no quiso contestar, o no lo entendió.

En el aparcamiento abrió el paquete más grande. Contenía una maquinilla de afeitar, una pastilla de jabón, una toalla mediana, una chaqueta blanca con grandes charreteras castañas en los hombros, unos pantalones negros, y una boina negra con una brillante insignia de latón que decía *AMBULANCIA DE ST. JOHN*.

Enseñó la ropa a la chica del mostrador. La enfermera con gafas había desaparecido.

—¿Por qué me dan esto? —preguntó.

—No me pregunte a mí —dijo la chica—. Quizá alguien lo dejó. —Evitó mirarle a la cara.

Tiró el jabón y la maquinilla y pensó en tirar también la ropa, pero no lo hizo. Su ropa empezaba a apestar.

Aunque ya no tenía nada que hacer allí, le resultaba difícil separarse del hospital. Durante el día empujaba la carreta por la vecindad; por la noche dormía bajo los viaductos, detrás de los setos, en callejones. Le parecía extraño que los niños fueran por la tarde del colegio a casa en bicicleta, tocando el timbre, retándose entre sí; le parecía extraño que la gente comiera y bebiera como de costumbre. Durante un tiempo buscó trabajo de jardinero, pero lo dejó por el desagrado que mostraban los dueños, que no le debían ninguna limosna, al abrirle sus puertas. Cuando llovía, se arrastraba bajo la carreta. Permanecía largos ratos sentado mirando fijamente sus manos, con la mente en blanco.

Cayó en la compañía de hombres y mujeres que dormían bajo el puente del ferrocarril, y se reunían en el solar detrás de la tienda de bebidas alcohólicas en Andringa Street. Alguna vez les prestó la carreta. Regaló el hornillo en un arranque de generosidad. Luego, una noche, alguien intentó coger la maleta de debajo de su cabeza mientras dormía. Hubo una pelea, y se marchó.

En una ocasión, una furgoneta policial paró a su lado en la calle y dos policías bajaron a inspeccionar la carreta. Abrieron la maleta y revolvieron el contenido. Arrancaron el papel del segundo paquete. Dentro había una caja de cartón, y dentro de ella una bolsa de plástico con cenizas grises oscuras. Era la primera vez que K las veía. Apartó la mirada.

—¿Qué es esto? —preguntó el policía.

—Son las cenizas de mi madre —dijo K.

El policía se pasó pensativamente el paquete de una mano a otra, e hizo un comentario a su amigo que K no oyó.

Se quedaba durante horas enfrente del hospital. Era más pequeño de lo que al principio le había parecido, un edificio bajo y alargado con tejas rojas en el tejado.

Dejó de obedecer el toque de queda. No pensaba que le fuera a suceder nada malo; y si le sucedía, tampoco le importaba. Vestido con su ropa nueva, la chaqueta blanca, los pantalones negros y la boina, empujaba la carreta donde y como se le antojaba. A veces le inundaba el vértigo. Se sentía más débil que antes, pero no enfermo. Comía una vez al día bollos o empanadas que compraba con dinero del

monedero de su madre. Sentía placer en gastar sin ganar: no le preocupaba lo de prisa que se iba el dinero.

Arrancó una tira negra del forro del abrigo de su madre y se la prendió alrededor de la manga. Pero notó que no la echaba de menos más de lo que la había echado de menos toda su vida.

Sin nada que hacer, dormía cada vez más. Descubrió que podía dormir en cualquier sitio, a cualquier hora, en cualquier posición: en la acera al mediodía, a pesar de la gente que tropezaba con su cuerpo; de pie contra el muro, con la maleta entre las piernas. El sueño se instaló en su cabeza como una bruma benigna; no tenía la voluntad de resistirse. No soñaba con nadie ni con nada.

Un día la carreta desapareció. Se encogió de hombros ante esta pérdida.

Parecía que debía pasar en Stellenbosch un determinado espacio de tiempo. No había manera de acortarlo. Pasaba los días a trompicones, perdiéndose a menudo.

Un día caminaba con la maleta por la carretera de Banhoek, como hacía a veces. Era una mañana suave, brumosa. Oyó el clip clop de los cascos de un caballo detrás de él; primero le llegó el olor del estiércol fresco, después una carreta le adelantó lentamente, una vieja carreta municipal de basura, sin compuertas, tirada por un Clydesdale que conducía un anciano con un impermeable negro. Marcharon uno al lado del otro durante un rato. El anciano le hizo una señal con la cabeza; y K, después de dudar un momento al mirar la larga avenida recta sumida en la niebla, pensó que después de todo ya no había nada que le retuviera allí. Así que subió y tomó asiento al lado del anciano.

—Gracias —dijo—. Si necesita ayuda, cuente conmigo.

Pero el anciano no necesitaba ayuda, y tampoco tenía ganas de hablar. Dejó a K a dos kilómetros pasada la cima del puerto, y se desvió por un sendero. K caminó todo el día y durmió la noche en un bosquecillo de eucaliptos mientras el viento rugía en las ramas muy por encima de él. Al mediodía del día siguiente ya había pasado Paarl, y siguió hacia el norte por la carretera nacional. Solo se detuvo al divisar el primer control, y esperó en un escondite hasta que estuvo seguro de que no paraban a nadie a pie.

Varias veces le adelantaron largas caravanas de vehículos con escolta armada. En cada ocasión, dejó la carretera parándose en un lugar visible, sin intentar esconderse, con las manos a la vista, como vio hacer a otras personas.

Durmió al lado de la carretera y se despertó húmedo de rocío. Ante él la carretera serpenteaba hacia arriba hasta perderse en la neblina. Los pájaros revoloteaban entre los arbustos con gorjeos amortiguados. Llevaba la maleta en un palo sobre el hombro. No había comido en dos días; sin embargo, su resistencia parecía no tener límite.

A casi dos kilómetros del desfiladero, una hoguera parpadeó a través de la bruma y oyó voces. Al acercarse el olor del beicon frito le despertó el estómago. Había hombres de pie calentándose alrededor del fuego. Al verle acercarse dejaron de hablar y le miraron fijamente. Se rozó la boina, pero ninguno respondió a su saludo.

Los dejó atrás, dejó atrás una segunda hoguera al lado de la carretera, pasó a una columna de vehículos parados muy juntos, con los faros encendidos, y entonces se encontró con la causa del atasco. Volcado, bloqueando la carretera, con las ruedas traseras suspendidas al borde del precipicio, había un camión con un remolque pintado de azul pálido. La cabina estaba quemada, el remolque ennegrecido por el humo. Una camioneta cargada de sacos había colisionado en el lugar del siniestro, y ráfagas blancas de harina manchaban la carretera. Detrás de la curva, y hasta donde K alcanzaba a ver, estaba el resto de la caravana. Dos radios emitían a todo volumen emisoras rivales; desde más arriba llegaban balidos desesperados de ovejas. K pensó por un momento parar para llenarse los bolsillos de la harina derramada, pero no estaba seguro de lo que iba a hacer con ella. Lentamente fue dejando atrás un camión tras otro; dejó atrás el cargamento de ovejas, tan hacinadas que algunas solo se sostenían en las patas traseras; dejó atrás a un grupo de soldados alrededor de una hoguera que no le prestaron atención. Al final de la caravana parpadeaban dos balizas luminosas, y más adelante un barril de alquitrán ardía sin vigilancia en medio de la carretera.

Cuando dejó atrás la caravana, K se tranquilizó al pensar que era libre; pero en la siguiente curva de la carretera un soldado con uniforme de camuflaje salió de los matorrales apuntándole al corazón con un rifle automático. K se paró en seco. El soldado bajó el rifle, encendió un cigarrillo, dio una calada y levantó de nuevo el rifle. Ahora, calculó K, le apuntaba a la cara, o a la garganta.

—¿Quién eres tú? —dijo el soldado—. ¿Adónde crees que vas?

Cuando K iba a responder, le cortó bruscamente.

—Déjame ver —dijo el soldado—. Venga. Déjame ver qué llevas ahí.

Ya no se veía la caravana, aunque todavía llegaba una música tenue en el aire. K se descargó la maleta del hombro y la abrió. El soldado le indicó que se retirara, apagó el cigarrillo, y con un único movimiento volcó la maleta. Se desparramó todo en la carretera: las zapatillas azules de fieltro, las bragas blancas, la botella de plástico rosa con loción de calamina, el frasco marrón de las píldoras, el bolso crema de plástico, el pañuelo de flores, el pañuelo con el borde festoneado, el abrigo negro de lana, la caja de las alhajas, la falda marrón, la blusa verde, los zapatos, el resto de la ropa interior, los paquetes en papel de envolver, el paquete de plástico blanco, la lata de café que sonaba como una carraca, los polvos de talco, pañuelos, cartas, fotografías, la caja de las cenizas. K no se movió.

—¿Dónde has robado todo esto? —dijo el soldado—. Eres un ladrón, ¿verdad? Un ladrón que se escapa a las montañas. —Señaló el bolso con la punta de la bota—. Enséñamelo —dijo. Señaló la caja de las alhajas. Señaló la lata de café. Señaló la otra caja—. Enséñamelo —dijo, y dio un paso atrás.

K abrió la lata de café. Contenía anillas de cortina. Las sostuvo en la palma de la mano, después las derramó en la lata y la cerró. Abrió la caja de las alhajas y se la mostró. El corazón se le salía del pecho. El soldado revolvió el contenido, sacó un

broche, y retrocedió. Sonreía. K cerró la caja. Abrió el bolso y se lo mostró. El soldado hizo una seña. K lo vació en la carretera. Había un pañuelo, un peine y un espejo, una polvera, y los dos monederos. El soldado los señaló y K le entregó los monederos. Se los metió en el bolsillo de la guerrera.

K se humedeció los labios.

—No es mi dinero —dijo con voz pastosa—. Es el dinero de mi madre, se lo ganó con su trabajo. —No era verdad: su madre estaba muerta, no necesitaba dinero. Aun así. Hubo un silencio—. ¿Para qué cree que es la guerra? —dijo K—. ¿Para quitarle el dinero a los demás?

—¿Para qué cree que es la guerra? —dijo el soldado parodiando los gestos de la boca de K—. Ladrón. Ten cuidado. Podrías estar tirado en los matorrales cubierto de moscas. No me des lecciones de guerra. —Apuntó con el rifle a la caja de las cenizas—. Enséñamelo —dijo.

K quitó la tapa y le mostró la caja. El soldado se quedó mirando pensativamente la bolsa de plástico.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Cenizas —dijo K. Su voz ahora era más firme.

—Ábrela —dijo el soldado.

K abrió la bolsa. El soldado tomó un pellizco y lo olió con cautela.

—¡Dios mío! —dijo. Su mirada se cruzó con la de K.

K se arrodilló y volvió a guardar las cosas de su madre en la maleta. El soldado se mantuvo a un lado.

—¿Puedo irme ya? —dijo K.

—La documentación está en regla... puedes irte —dijo el soldado.

K se echó al hombro el palo con la maleta.

—Un momento —dijo el soldado—. ¿Trabajas en las ambulancias o algo parecido?

K negó con la cabeza.

—Un momento, espera un momento —dijo el soldado. Sacó uno de los monederos del bolsillo, separó del fajo un billete marrón de diez rands y lo tiró hacia K—. La propina —dijo—. Cómprate un helado.

K volvió y recogió el billete. Después se puso de nuevo en camino. Al cabo de uno o dos minutos, el soldado había desaparecido en la neblina.

No creía haberse comportado como un cobarde. Sin embargo, un poco más adelante pensó que ya no había motivo para seguir con la maleta. Trepó por una cuesta y la dejó entre los matorrales, quedándose solo con el abrigo negro, por si hacía frío, y la caja de las cenizas, dejando abierta la tapa para que la lluvia entrara y el sol la abrasara y los insectos, si querían, comieran sin obstáculos.

Las caravanas del interior seguramente estaban detenidas, ya que tenía toda la carretera para él solo. Al atardecer divisó el túnel bajo la montaña y el puesto de guardia en la entrada sur. Dejó la carretera, se dirigió a las laderas y se abrió camino

entre los matorrales densos y húmedos, hasta que ya de noche llegó a la cima del desfiladero que dominaba el Elandsrivier y la carretera hacia el norte. Oyó babuinos ladrar a lo lejos. Durmió bajo un saliente, envuelto en el abrigo de su madre con un palo al lado. Al amanecer ya estaba otra vez en marcha, bajando al valle por un largo desvío para evitar el puente de la carretera. La primera caravana del nuevo día pasó de largo.

Caminó toda la jornada, evitando la carretera siempre que era posible. Pasó la noche en un bungalow al borde de un campo con postes de rugby cubierto de maleza, separado de la carretera por una hilera de eucaliptos. Las ventanas del bungalow estaban hechas añicos, la puerta arrancada de cuajo. El suelo estaba cubierto de cristales rotos, periódicos viejos y hojas arrastradas; entre las grietas de las paredes crecía hierba amarillenta; los caracoles se amontonaban bajo las cañerías; pero el tejado estaba intacto. Barrió una pila de hojas y papeles a un rincón para hacerse un lecho. Durmió a ratos, despertándose por el fuerte viento y la lluvia torrencial.

Todavía llovía cuando se levantó. Mareado de hambre, se quedó de pie en la entrada con la mirada en los campos encharcados, en los árboles empapados y en las colinas lejanas, grises entre la neblina. Esperó durante una hora a que la lluvia amainase; después se subió el cuello del abrigo y corrió bajo el aguacero. En el otro extremo del campo escaló una cerca de espinos, y se metió en un huerto de manzanos cubierto de hierba y maleza. El suelo estaba lleno de fruta comida por los gusanos; la fruta de las ramas era enana y estaba podrida. Con la boina calada hasta las orejas por la lluvia, y el abrigo negro ceñido al cuerpo como un pellejo, se detuvo y comió, mordisqueando aquí y allá los trozos de pulpa sana, masticando deprisa como un conejo, con la mirada ausente.

Se adentró más en el huerto. El abandono era evidente por todos lados. Ya había empezado a pensar que se encontraba en una propiedad abandonada cuando los manzanos dieron paso a un trozo de terreno despejado, y más allá vio cobertizos de ladrillo y el techo de paja y los muros encalados de una granja. En el terreno despejado había bancales de hortalizas bien cuidados: coliflores, zanahorias, patatas. Salió del cobijo de los árboles al aguacero, y a gatas empezó a sacar brotes de zanahoria amarillos de la tierra blanda. La tierra es de Dios, pensó, no soy un ladrón. Sin embargo, creyó oír restallar un disparo en la ventana trasera de la granja, creyó ver un enorme alsaciano salir como un rayo para atacarle. Cuando tuvo los bolsillos llenos, se levantó con nerviosismo. En lugar de llevarse las hojas de las zanahorias para esparcirlas bajo los árboles, como había pensado, las dejó donde estaban.

Durante la noche dejó de llover. Por la mañana estaba de nuevo en la carretera, con la ropa húmeda y la tripa hinchada de alimentos crudos. Cuando oía el estrépito de alguna caravana cercana, se escondía entre los arbustos, aunque se preguntaba si ahora, con la ropa sucia y su aspecto demacrado y exhausto, no le tomarían por un simple vagabundo del país profundo, demasiado ignorante para saber que era necesario un permiso de viaje, demasiado hundido en la apatía para ser un peligro.

Una de las caravanas, con una escolta de motoristas, vehículos blindados y camiones llenos de soldados adolescentes con casco, tardó cinco largos minutos en pasar. Observó atentamente todo desde su escondite; el soldado de la metralleta en el último vehículo, embozado en un pañuelo, unas gafas protectoras y una gorra de lana, pareció mirarle un momento directamente a los ojos antes de alejarse de espaldas hacia Boland.

Durmió bajo un viaducto. A las nueve de la mañana siguiente vio las chimeneas y los postes de la luz de Worcester. Ya no estaba solo en la carretera sino que era uno más en una fila desordenada de peatones. Tres jóvenes le adelantaron a paso ligero, dejando tras de sí una estela de vaharadas blancas.

En las afueras de la ciudad había un control, el primero que veía desde Paarl, con coches de policía y mucha gente agrupada alrededor. Dudó un momento. A la izquierda había casas, a la derecha un horno de ladrillos. La única salida era hacia atrás: siguió adelante.

—¿Qué quieren? —susurró a la mujer que estaba delante de él en la cola.

Ella le miró, apartó la mirada de nuevo, y no dijo nada.

Era su turno. Mostró la tarjeta verde. Al principio de la cola, entre los dos camiones policiales, vio a los que ya habían pasado el control; pero también vio a un lado a un grupo de hombres en silencio, únicamente hombres, custodiados por un policía con un perro. Si parezco muy tonto, pensó, puede que me dejen pasar.

—¿De dónde es?

—De Prince Albert. —Tenía la boca seca—. Vuelvo a casa, a Prince Albert.

—¿El permiso?

—Lo he perdido.

—Bien. Espere allí. —El policía señaló con la porra.

—No quiero detenerme, no tengo tiempo —susurró K.

¿Podrían oler su miedo? Alguien lo agarró del brazo. Se resistió como una bestia en el matadero. Una mano mostraba una tarjeta verde en la cola detrás él. Nadie le escuchaba. El policía con el perro hizo un gesto de impaciencia. Empujado hacia delante, K anduvo por sí mismo los últimos pasos hacia su cautividad, mientras sus compañeros se apartaban como para evitar un contagio. Apretó la caja entre las manos y miró hacia atrás, hacia los ojos amarillos del perro.

Condujeron a K en compañía de cincuenta desconocidos al almacén del ferrocarril, le dieron gachas frías y té y le metieron en un vagón aislado en una vía muerta. Se cerraron las puertas y esperaron, vigilados por un centinela armado y vestido con el uniforme marrón y negro de la policía ferroviaria, hasta que llegaron otros treinta prisioneros y los cargaron con ellos.

Al lado de K, junto a la ventana, estaba sentado un hombre mayor con un traje. K le rozó la manga.

—¿Adónde nos llevan? —le preguntó.

El desconocido le echó un vistazo y se encogió de hombros.

—¡Qué más da dónde nos lleven! —dijo—. Solo hay dos sitios posibles, por la vía hacia delante o por la vía hacia atrás. Esa es la naturaleza de los trenes.

Sacó un tubo de caramelos y le ofreció uno a K.

Una locomotora de vapor retrocedió hasta la vía muerta y, con pitidos, tirones y choques, se enganchó al vagón.

—Norte —dijo el desconocido—. Touws River.

Como K no contestó, pareció perder interés en él.

Salieron de la vía muerta y comenzaron a avanzar por los patios de Worcester, donde las mujeres tendían la colada y los niños saludaban desde las cercas, mientras el tren ganaba velocidad poco a poco. K miraba los cables del telégrafo subir y bajar, subir y bajar. Cruzaron kilómetros interminables de viñedos secos y abandonados sobre los que planeaban los cuervos; después la máquina comenzó a trabajar con esfuerzo al entrar en las montañas. K tiritó. Olía su propio sudor mezclado con el hedor de la ropa húmeda.

Pararon; un vigilante abrió las puertas; y nada más salir se hizo evidente el motivo de la parada. El tren no podía continuar: el tramo siguiente de vía estaba cubierto de una montaña de rocas y arcilla que se había desprendido por la vertiente, abriendo una ancha hendidura en la ladera. Alguien hizo un comentario, y se oyeron carcajadas.

Desde el montículo veían otro tren más adelante, al otro lado de la vía: allí los hombres se esforzaban como hormigas para sacar una excavadora de un camión y hacerla descender por una rampa.

K fue asignado a un grupo que trabajaba en la vía, que se había salido del sitio a cierta distancia del desprendimiento. Él y sus compañeros trabajaron toda la tarde, bajo la mirada de un capataz y un vigilante, enderezando los carriles torcidos, afirmando la base de la vía y colocando las traviesas. Al anoecer había vía nueva suficiente para que un vagón vacío llegara hasta el pie del desprendimiento. Pararon para comer pan con mermelada y té. Más tarde, alumbrados por el foco frontal de la locomotora, subieron al montículo y retiraron con palas la arcilla y las piedras. Al principio estaban a la misma altura, y podían echar las paladas directamente al vagón; pero a medida que el montículo menguaba, tenían que levantar cada palada por encima de la pared del vagón. Cuando estuvo lleno, la locomotora lo remolcó de vuelta por la vía, y los mismos hombres lo vaciaron en la oscuridad.

Recuperado tras el descanso de la cena, K pronto volvió a flaquear. Cada palada le costaba un gran esfuerzo; cuando se incorporaba, sentía punzadas de dolor en la espalda y todo giraba a su alrededor. Trabajó cada vez más despacio, después se sentó al lado de la vía con la cabeza entre las rodillas. Pasó el tiempo, no sabía cuánto. Los sonidos se amortiguaron en su oído.

Alguien le tocó la rodilla.

—¡Levántate! —dijo una voz.

Se puso en pie a duras penas, y en la penumbra se encaró al capataz del grupo

vestido con abrigo y gorra negros.

—¿Por qué tengo que trabajar aquí? —dijo K.

La cabeza le daba vueltas; sus palabras le parecían un eco lejano.

El capataz se encogió de hombros.

—Haz lo que te mandan —dijo.

Levantó la porra y se la puso a K en el pecho. K cogió la pala.

Trabajaron duro hasta la medianoche, moviéndose como sonámbulos. Cuando por fin los metieron en el vagón, durmieron desplomados unos encima de otros en los asientos o tumbados en el suelo desnudo, con las ventanas cerradas al frío cortante de las montañas, mientras fuera los vigilantes patrullaban por la vía, tiritaban de frío, maldecían y hacían turnos para colarse en la cabina y calentarse las manos.

Cansado y helado de frío, K yacía con la caja de cenizas en los brazos. Su vecino se apretó contra él y lo abrazó en sueños. Cree que soy su mujer, pensó K, la mujer con la que compartió la cama ayer por la noche. Miró la ventana empañada, impaciente por que la noche pasara. Más tarde se durmió; cuando los vigilantes abrieron las puertas por la mañana tenía el cuerpo tan rígido que apenas podía levantarse.

Otra vez les dieron gachas y té. Se encontró sentado al lado del hombre que le había hablado en el viaje de Worcester.

—¿Te encuentras mal? —dijo el hombre.

K negó con la cabeza.

—No hablas —dijo el hombre—. Pensé que estabas enfermo.

—No estoy enfermo —dijo K.

—Entonces no estés tan abatido. Esto no es la cárcel. Tampoco cadena perpetua. Solo es un pelotón de trabajo. Algo fácil.

K no terminó la ración templada de gachas de maíz. Los vigilantes y los dos capataces pasaron entre ellos, dando palmadas y obligándoles a levantarse.

—No eres especial —dijo el hombre—. Aquí nadie es especial.

Su gesto abarcó a todos: prisioneros, vigilantes, capataces. K tiró al suelo el resto de las gachas, y se levantaron. El capataz de nariz aguilena pasó de largo, golpeándose con la porra el faldón del abrigo.

—¡Anímate! —dijo el hombre, sonriendo a K, y dándole una palmada en la espalda—. ¡Pronto volverás a ser dueño de tu vida!

La excavadora estaba por fin al otro lado del desprendimiento y retiraba la tierra a mordiscos regulares. Al mediodía ya había abierto un paso de tres metros de ancho, y el equipo regular de reparaciones de Touws River pudo pasar para levantar y volver a tender la vía despejada. El tren del lado norte empezó a soltar vapor. K subió al tren con la chaqueta blanca de las ambulancias sucia, el abrigo y la caja en la mano, en compañía de otros hombres silenciosos y agotados. Nadie lo paró. Lentamente el tren se puso en marcha, por la vía única en dirección norte, y con los dos vigilantes armados escrutando los carriles al final del vagón.

Durante las dos horas de viaje K fingió estar dormido. En una ocasión, el hombre sentado frente a él, quizá buscando algo de comer, retiró con un suave tirón la caja de sus pies y la abrió. Al ver que contenía ceniza, la cerró y la devolvió a su sitio. K lo observó con los ojos entornados pero no intervino.

Los descendieron en Touws River a las cinco de la tarde. K permaneció en el andén sin saber lo que iba a pasar. Puede que descubrieran que se había subido al tren equivocado, y le mandarían de vuelta a Worcester; o puede que lo encerraran en este extraño lugar, desolado y barrido por el viento, por no tener papeles; o puede que surgieran tantas emergencias en la línea, tantos desprendimientos, riadas, explosiones y vías rotas durante la noche, que fuera necesario llevar un pelotón de cincuenta hombres de norte a sur de Touws River durante muchos años, sin jornal, alimentados con gachas y té para mantenerlos fuertes. Pero en realidad, los dos vigilantes, tras escoltarlos fuera del andén, se dieron media vuelta sin decir palabra y los dejaron en la extensión gris del nudo ferroviario para que continuaran el curso interrumpido de sus vidas.

Sin esperar, K cruzó las vías, se coló por un agujero en la cerca y tomó el camino que se alejaba de la estación hacia el oasis de gasolineras, restaurantes y parques infantiles en la carretera nacional. La pintura alegre de los caballitos y de los tiovivos estaba descascarillada, y hacía tiempo que las gasolineras habían cerrado, pero había una tienda pequeña, con un cartel de Coca-Cola sobre la entrada, y un canasto de naranjas secas en el escaparate, que todavía parecía estar abierta. K ya había llegado a la puerta, incluso había entrado en la tienda, cuando una pequeña anciana de negro le salió al paso con los brazos extendidos. Sin darle tiempo a reaccionar, le obligó a retroceder hasta la entrada, y con un chasquido de cerrojos, le dio con la puerta en la nariz. K miró por el cristal y llamó, le enseñó el billete de diez rands como muestra de su buena intención; pero la anciana, sin ni siquiera mirarlo, desapareció detrás del alto mostrador. Otros dos hombres del tren, que seguían a K, vieron el desplante. Uno de ellos tiró con rabia un puñado de gravilla contra el escaparate; después dieron media vuelta y se marcharon.

K se quedó. Más allá del estante de libros de bolsillo, detrás de las cajas de golosinas, todavía veía la punta del vestido negro. Con las manos en visera ante sus ojos, miró dentro del escaparate y esperó. Solo se oía el viento del *veld* y el crujido del cartel por encima de él. Al cabo de un rato, la anciana asomó la cabeza por encima del mostrador y se enfrentó a su mirada. Llevaba unas gafas de gruesa montura negra; tenía el pelo plateado recogido hacia atrás muy tirante. K pudo distinguir en las vitrinas detrás de ella latas de alimentos, paquetes de harina de maíz y azúcar, detergente en polvo. En el suelo, delante del mostrador, había una cesta de limones. Sostuvo el billete aplastado contra el cristal por encima de su cabeza. La anciana no se movió.

K abrió el grifo del agua junto a uno de los surtidores, pero estaba seco. Bebió de un grifo que había detrás de la tienda. En el páramo situado más allá de la gasolinera

había docenas de carrocerías de coches. Probó varias puertas hasta que una se abrió. El coche no tenía asiento trasero, pero estaba demasiado cansado para seguir buscando. El sol se ponía tras las montañas, las nubes se volvían de color naranja. Abrió la puerta, se tumbó en el suelo polvoriento y hundido con la caja a modo de almohada, y se durmió enseguida.

Por la mañana la tienda estaba abierta. Había un hombre alto vestido de caqui detrás del mostrador, y K le compró, sin ningún problema, tres latas de judías con tomate, un paquete de leche en polvo, y cerillas. Se retiró detrás de la gasolinera y encendió una hoguera; mientras una de las latas se calentaba, vertió leche en polvo en la palma de su mano y la lamió. Después de comer, se puso en camino por la autopista con el sol a su derecha. Caminó a paso ligero todo el día. En aquella llanura de matorrales y piedras no había ningún sitio donde esconderse. Pasaron caravanas en ambas direcciones, pero no les prestó atención. Cuando oscureció, se apartó de la carretera, saltó una cerca y encontró un lugar donde pasar la noche en el lecho seco de un río. Encendió una hoguera y se comió la segunda lata de judías. Durmió cerca de los rescoldos, insensible a los ruidos de la noche, al diminuto ajeteo entre los guijarros, al susurro de las plumas en los árboles.

Después de haber saltado la cerca del *veld*, encontró menos cansado caminar por el campo. Caminó todo el día. Al anochecer tuvo la suerte de derribar una tórtola con una piedra cuando iba a posarse en un espino. Le retorció el pescuezo, la limpió, la asó en un pincho de alambre y se la comió con la última lata de judías.

Por la mañana, un anciano campesino con un abrigo militar marrón muy gastado le despertó bruscamente. Con una extraña vehemencia, el anciano le expulsó del terreno.

—Solo he dormido aquí, nada más —protestó K.

—¡No te metas en líos! —dijo el anciano—. Te descubren en su *veld* y disparan. ¡No te metas en problemas! ¡Vete ahora mismo!

K le preguntó el rumbo que debía seguir, pero el anciano le apartó con la mano y empezó a echar tierra en las cenizas de la hoguera. Así que volvió sobre sus pasos, y durante una hora caminó por la autopista; después, sintiéndose seguro, volvió a saltar la cerca.

En un pesebre al lado de una balsa llenó media lata con maíz y huesos triturados, lo coció en agua y se comió la papilla arenosa. Llenó la boina con más de esta comida, pensando: Por fin vivo de la tierra.

A veces el único ruido que oía era el roce de sus pantalones. De un horizonte a otro el campo estaba desierto. Subió una colina y se tumbó de espaldas escuchando el silencio, sintiendo el calor del sol calarle los huesos.

Tres criaturas extrañas, perros pequeños con orejas grandes, salieron de detrás de un matorral y se alejaron corriendo.

Podría vivir aquí siempre, pensó, o al menos hasta que me muera. No pasaría nada, todos los días serían iguales, no habría nada que contar. La ansiedad que había

experimentado en la carretera empezó a abandonarle. A veces, cuando caminaba, no sabía si estaba dormido o despierto. Comprendía por qué algunos se habían retirado a este lugar y se habían cercado de kilómetros y kilómetros de silencio; comprendía por qué algunos habían querido legar en perpetuidad el privilegio de tanto silencio a sus hijos y nietos (aunque no estaba seguro de con qué derecho); se preguntaba si no habría rincones olvidados, cuevas y pasillos entre las cercas, una tierra que no perteneciera todavía a nadie. Si pudiera volar lo suficientemente alto, pensó, podría verlo.

Dos avionetas rayaron el cielo de sur a norte, dejando estelas de vapor que se borraron lentamente, y un ruido parecido a las olas.

El sol se ponía cuando subió las últimas colinas alrededor de Laingsburg; cuando cruzó el puente y alcanzó la ancha avenida central de la ciudad la luz era violeta oscuro. Pasó por gasolineras, tiendas, restaurantes, todo cerrado. Un perro empezó a ladrar y, después de empezar, siguió ladrando. Otros perros lo imitaron. No había farolas.

Estaba ante un escaparate oscuro con ropa de niño cuando alguien pasó por detrás, se paró, y volvió.

—Cuando la campana suena, empieza el toque de queda —dijo una voz—. Mejor váyase de la calle.

K se volvió. Vio a un hombre más joven que él con un chándal verde y dorado, y una caja de herramientas de madera en la mano. Lo que el desconocido vio en él no lo sabía.

—¿Se encuentra bien? —dijo el joven.

—No quiero detenerme —dijo K—. Voy a Prince Albert, y está muy lejos.

Pero fue a casa del desconocido y, después de tomar una sopa con pan, durmió allí. Había tres niños. Mientras K comía, la niña más pequeña estaba sentada en el regazo de su madre con la mirada puesta en él, y aunque su madre le dijo algo al oído, no dejó de mirarle. Los dos niños mayores mantuvieron con disciplina la mirada en el plato. Después de alguna duda, K habló de su viaje.

—El otro día me encontré a un hombre —dijo— que me contó que disparaban a la gente que encontraban en sus tierras.

Su amigo negó con la cabeza.

—Nunca lo he oído —dijo—. Yo pienso que debemos ayudarnos los unos a los otros.

K dejó que estas palabras penetraran en su mente. ¿Creo que hay que ayudar al prójimo?, se preguntó. Puede que lo hiciera, puede que no lo hiciera, no lo sabía de antemano, todo era posible. No parecía tener creencias, o al menos no parecía tener una creencia en cuanto a ayudar al prójimo. Quizá, pensó, yo soy de piel dura.

Cuando apagaron las luces, K escuchó durante un largo rato el bullicio de los niños, cuya cama ocupaba, y que ahora dormían en un colchón en el suelo. Se despertó una vez por la noche con la sensación de haber hablado en sueños; pero

nadie pareció haberlo oído. Cuando se volvió a despertar había una luz encendida y los padres preparaban a los niños para ir al colegio, mandándoles callar por deferencia al invitado. Avergonzado, se puso los pantalones bajo las sábanas y salió. Las estrellas todavía brillaban; al este el horizonte era un resplandor rosa.

El muchacho se acercó a avisarle para el desayuno. En la mesa, volvió a sentir la necesidad imperiosa de hablar. Se agarró al borde de la mesa y se mantuvo firme y derecho. Tenía el corazón desbordado, quería expresar su agradecimiento, pero no encontró las palabras adecuadas. Los niños le miraron fijamente; hubo un silencio; los padres apartaron la mirada.

Mandaron a los dos hijos mayores acompañarle hasta el cruce de Seweweekspoort. En el cruce, antes de marcharse, el muchacho le habló.

—¿Son esas las cenizas? —dijo.

K asintió.

—¿Te gustaría verlas? —le propuso K.

Abrió la caja, desató el nudo de la bolsa de plástico. El muchacho olió primero las cenizas, después su hermana.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó el muchacho.

—Las llevo de vuelta al lugar donde mi madre nació hace mucho tiempo —dijo K—. Es lo que quería que hiciese.

—¿La quemaron? —le preguntó el muchacho.

K vio la aureola de fuego.

—No sintió nada —dijo—, ya era espíritu entonces.

Le llevó tres días cubrir la distancia de Laingsburg a Prince Albert siguiendo la dirección del sendero, dando grandes rodeos alrededor de las granjas, tratando de alimentarse del *veld*, pero pasando hambre casi siempre. En una ocasión, se quitó la ropa al calor del día y se sumergió en el agua de una balsa solitaria. En otra ocasión, un granjero en una camioneta le llamó para que se acercara al camino. El granjero quería saber adonde iba.

—A Prince Albert —le dijo—, a visitar a mi familia.

Pero su acento sonó extraño, y era evidente que el granjero no se quedó satisfecho.

—Sube —le dijo. K negó con la cabeza—. Sube —repitió el granjero—, te llevaré en coche.

—Estoy bien —dijo K, y siguió andando.

La camioneta se alejó en una nube de polvo; e inmediatamente K abandonó el camino, descendió hasta el lecho del río, y se ocultó hasta el anochecer.

Recordando después al granjero, solo se acordaba del sombrero de gabardina y de los dedos cortos y gruesos que le habían llamado. En cada articulación de cada dedo tenía una pequeña pluma de pelo dorado. Sus recuerdos parecían estar fragmentados, nunca eran completos.

En la mañana del cuarto día, se sentó en una colina y miró salir el sol en lo que

sabía que al fin era Prince Albert. Los gallos cantaban; las luces parpadeaban en las ventanas de las casas; un niño conducía dos burros por la larga calle principal. El aire estaba completamente en calma. Cuando descendía la colina hacia la ciudad, empezó a percibir una voz masculina de origen desconocido que subía de tono hasta llegar a sus oídos en un monólogo monótono e interminable. Desconcertado, se paró a escuchar. ¿Es la voz de Prince Albert?, se preguntó. Creía que Prince Albert estaba muerto. Trató de identificar las palabras, pero, aunque la voz penetraba en el aire como la bruma o como un aroma, las palabras, suponiendo que fueran palabras, suponiendo que la voz no canturreara o repitiera simplemente sonidos, eran demasiado vagas o demasiado suaves para oírlas. Después la voz se calló, dando paso a una banda de música lejana.

K llegó a la carretera que iba a la ciudad por el sur. Pasó por la antigua rueda de molino; pasó por jardines cercados. Una pareja de perros color hígado corría aullando al otro lado de una cerca, ansiosos por atraparlo. Un par de casas más adelante una joven se arrodillaba en un grifo del jardín a lavar un cuenco. Lo miró por encima del hombro; él se rozó la boina; ella apartó la mirada.

Ya había comercios a ambos lados de la calle: una panadería, un café, una tienda de ropa, una sucursal bancaria, una ferretería, un almacén, talleres. Un enrejado de acero cerraba la entrada del almacén. K se sentó en los escalones de espaldas al enrejado y cerró los ojos al sol. Ahora estoy aquí, pensó. Al fin.

Una hora después K estaba todavía sentado allí, dormido, con la boca entreabierta. Varios niños se habían reunido a su alrededor, susurrando entre risas. Uno de ellos le quitó con cuidado la boina de la cabeza, se la puso, y torció la boca parodiándole. Sus amigos resoplaron de risa. Dejó caer de lado la boina en la cabeza de K e intentó quitarle la caja; pero K la sujetaba con ambas manos.

El encargado de la tienda llegó con las llaves; los niños desaparecieron; y cuando comenzó a quitar el enrejado, K se despertó.

El interior de la tienda estaba oscuro y desordenado. Del techo colgaban bañeras de hierro galvanizado y ruedas de bicicleta, correas de ventilador y tubos de radiador; había bidones con clavos y pirámides de barreños de plástico, estantes de latas de comida, medicinas comunes, golosinas, ropa infantil, bebidas frías.

K se dirigió al mostrador.

—El señor Vosloo o Visser —dijo. Eran los nombres que su madre recordaba del pasado—. Busco a un señor Vosloo o Visser que es granjero.

—¿La señora Vosloo? —dijo el encargado—. ¿Se refiere a ella? ¿La señora Vosloo del hotel? No hay un señor Vosloo.

—Busco a un señor Vosloo o Visser que era granjero hace mucho tiempo. No estoy muy seguro del nombre, pero cuando vea la granja la reconoceré.

—No existe un granjero Vosloo o Visser. Visagie, ¿se refiere a él? ¿Para qué busca a los Visagie?

—Tengo que llevarles algo. —Y le mostró la caja.

—Entonces ha recorrido un largo camino para nada. No hay nadie en la propiedad de los Visagie, ha estado vacía muchos años. ¿Está seguro de que el nombre es Visagie? Los Visagie se fueron hace mucho tiempo.

K pidió un paquete de galletas de jengibre.

—¿Quién le envía? —preguntó el encargado. K puso cara de tonto—. Tenían que haber cogido a alguien que sepa lo que hace. Dígaselo cuando los vea.

K farfulló algo y se fue.

Caminaba por la calle pensando en dónde intentarlo de nuevo cuando uno de los niños se acercó corriendo.

—¡Señor, le puedo decir dónde está la casa de los Visagie! —le gritó. K se paró—. Pero está vacía, allí no hay nadie —dijo el pequeño.

Le indicó el camino que le llevaría hacia el norte por la carretera de Kruidfontein, y después hacia el este por un camino particular a lo largo del valle del Moordenaarsrivier.

—¿A qué distancia está la granja del camino principal? —preguntó K—. ¿Cerca o lejos?

El chico fue impreciso, sus compañeros tampoco lo sabían.

—Tiene que torcer al llegar a la señal con el dedo indicador —dijo—. La granja de los Visagie está antes de las montañas, bastante lejos si va a pie.

K les dio dinero para golosinas.

Era ya mediodía cuando alcanzó la señal del dedo y torció por un sendero que conducía a un llano vacío y gris; se ponía el sol cuando subió a una cresta y divisó una casa baja y encalada tras la que el campo ondulado se convertía en la falda de las colinas y después en la ladera empinada y sombría de la montaña. Se acercó a la casa y la rodeó. Las contraventanas estaban cerradas y una paloma zurita entró volando por el agujero de uno de los gabletes desmoronados, dejando las vigas de madera al descubierto y las planchas del tejado torcidas. Una plancha desprendida aleteaba al viento con monotonía. Detrás de la casa había un jardín de piedras en el que no crecía nada. No había ninguna vieja cochera, como se había imaginado, pero sí había un cobertizo de madera y chapa, y junto a él un gallinero vacío con cintas de plástico amarillo ondeando en la alambrada. En la ladera detrás de la casa había una bomba de agua a la que le faltaba la cabeza. En el *veld*, a lo lejos, brillaban las aspas de una segunda bomba.

La puerta delantera y trasera estaban cerradas. Tiró de una contraventana y se desprendió el gancho de sujeción. Miró con curiosidad por la ventana, pero no pudo distinguir nada.

Al entrar en el cobertizo, una pareja de golondrinas sobresaltadas salió volando. Una grada de dientes cubierta de polvo y telarañas ocupaba la mayor parte del suelo. Sin ver casi nada en la penumbra, respirando un hedor de parafina, lana y alquitrán, escarbó por los rincones entre picos y palas, restos de tubería, aros de alambre, cajas con botellas vacías, hasta descubrir un montón de morrales vacíos que arrastró fuera,

los sacudió, y extendió en forma de lecho en el porche. Se comió la última galleta que había comprado. Todavía tenía la mitad del dinero pero ya no le servía de nada. La luz se desvaneció. Los murciélagos aletearon bajo los aleros. Tumbado en el lecho, escuchaba los ruidos del aire de la noche, un aire más denso que el del día. Ahora estoy aquí, pensó. O al menos estoy en algún sitio. Después se durmió.

Lo primero que descubrió por la mañana fue que había cabras sueltas en la granja. Un rebaño de doce o catorce apareció por detrás de la casa y cruzó el patio sin prisa, guiado por un viejo macho cabrío con los cuernos en espiral. K se incorporó en el lecho para mirarlas, y entonces las cabras se asustaron y bajaron al trote por el sendero hasta el río. En un momento habían desaparecido de la vista. Se ataba con pereza el cordón de los zapatos cuando pensó que tendría que capturar, sacrificar, descuartizar y comer esas bestias ruidosas de pelo largo, o criaturas similares, si quería sobrevivir. Armado solamente de una navaja, salió corriendo detrás de las cabras. Se pasó todo el día persiguiéndolas. Las cabras eran silvestres, pero se acostumbraron pronto al ser humano que trotaba tras ellas; cuando el sol calentaba más, se pararon varias veces todas juntas dejándole acercarse antes de alejarse al trote sin aviso. En esos momentos, al aproximarse con sigilo, K notaba que todo su cuerpo comenzaba a temblar. Era difícil creer que se hubiera convertido en ese salvaje con la navaja en la mano; tampoco se libraba del temor de que al cortar el cuello marrón y blanco del carnero, la hoja de la navaja se doblara y le cortara en la mano. Entonces las cabras volverían a escapar, y para mantener el ánimo tendría que decirse: Tienen muchas ideas, yo solo tengo una, mi única idea podrá al final más que todas las tuyas. Intentó acorralar a las cabras contra una cerca, pero no hubo manera de atraparlas.

Descubrió que le conducían trazando un amplio círculo hacia la bomba y la balsa que había divisado desde la casa el día anterior. Desde más cerca vio que la balsa cuadrada de cemento rebosaba de agua; en varios metros alrededor había cieno y hierba espesa, y al acercarse oyó el chapoteo de las ranas. Solo después de haber bebido se le ocurrió sorprenderse de esta exuberancia, y preguntarse quién mantenía la balsa llena. Entrada la tarde, mientras seguía con su obstinada caza, las cabras ahora yendo tranquilamente de sombra en sombra delante de él, tuvo la respuesta: se levantó un viento ligero, la rueda crujió y comenzó a girar, la bomba hizo un ruido seco y metálico, y del tubo surgió un hilo intermitente de agua.

Hambriento y agotado, demasiado involucrado en la caza como para abandonarla ahora, temeroso de perder su presa durante la noche en esos kilómetros de *veld* desconocido, recogió las bolsas, preparó el lecho sobre la tierra desnuda bajo la luna llena, tan cerca de las cabras como se atrevió, y cayó en un sueño irregular. El chapoteo y los gruñidos de las cabras al beber le despertaron en plena noche. Se levantó aturdido todavía de agotamiento y se acercó a ellas tambaleándose. Durante un momento se mantuvieron agrupadas, volviéndose a mirarle, el agua hasta los corvejones; después, cuando se tiró al agua a perseguirlas, se dispersaron en todas direcciones en un arrebato de alarma. Una resbaló y se escurrió casi a sus pies,

saltando como un pez en el fango para recobrar el paso. K lanzó sobre ella todo el peso de su cuerpo. Tengo que ser fuerte, pensó, tengo que apretar hasta el final, no puedo aflojar. Notó las patas traseras de la cabra empujar por abajo; balaba sin parar de terror; los espasmos le sacudían el cuerpo. K se sentó a horcajadas sobre ella, le cerró las manos alrededor del cuello y apretó con todas sus fuerzas, empujando la cabeza bajo el agua hasta el cieno espeso del fondo. Las patas traseras se movían, pero sus rodillas le agarraban el cuerpo como un torno. Hubo un momento en el que el pataleo empezó a debilitarse y casi desistió. Pero este impulso pasó. Continuó apretando la cabeza de la cabra bajo el cieno mucho después del último gruñido y estremecimiento. Solo se levantó y se arrastró fuera cuando la frialdad del agua había empezado a entumecerle las extremidades.

No durmió durante el resto de la noche, sino que anduvo de un lado a otro con la ropa mojada, castañeteándole los dientes, mientras la luna atravesaba el cielo. Cuando llegó el alba y hubo suficiente claridad para poder ver, volvió a la casa y, sin pensarlo dos veces, rompió el cristal de una ventana con el codo. Cuando el último tintineo del último cristal se desvaneció, lo envolvió un silencio más profundo que nunca. Descorrió el pestillo y abrió la ventana de par en par. Fue de una habitación a otra. Salvo algunos muebles de gran tamaño —aparadores, camas, armarios—, no había nada. Dejó sus huellas en el suelo polvoriento. Cuando entró en la cocina, hubo un gran revuelo mientras los pájaros salían volando por el agujero del tejado. Había excrementos por todos lados; apoyada en la pared donde el gablete se había desmoronado, había una pirámide de ladrillos donde incluso crecía una planta del *veld* minúscula.

De la cocina se pasaba a una pequeña despensa. K abrió la ventana y retiró las contraventanas. En una pared había una fila de recipientes de madera, todos vacíos excepto uno que contenía lo que parecía arena y excrementos de ratón. En un estante había utensilios de cocina, restos de vajilla, tazas de plástico, tarros de cristal, todo cubierto de polvo y telarañas. En otro había botellas de aceite y vinagre medio vacías, tarros de azúcar glaseada y leche en polvo, y tres frascos de conservas. K abrió uno, arrancó el precinto de cera y engulló algo que sabía a albaricoque. El dulzor de la fruta en su boca se mezcló con el hedor del cieno rancio que desprendía su ropa húmeda, provocándole náuseas. Se llevó el frasco fuera y se comió el resto más despacio de pie bajo el sol.

Atravesó el medio kilómetro de *veld* de vuelta a la balsa. Aunque el viento era cálido, aún tiritaba.

La giba marrón del costado de la cabra sobresalía del agua. Se metió y, con todas sus fuerzas, arrastró fuera el cadáver por las patas traseras. Enseñaba los dientes con furia, tenía los ojos amarillentos abiertos de par en par; un hilo de agua le corría por el morro. Era una hembra. La necesidad urgente de comer que ayer se había apoderado de él desapareció. Le repelía la idea de descuartizar y devorar esa cosa horrenda de pelo húmedo y enmarañado. El resto de las cabras estaba en un

montículo algo alejado, con las orejas atentas. No podía creer que se hubiera pasado un día entero persiguiéndolas con una navaja como un perturbado. Se vio a sí mismo dando muerte a la cabra en el cieno a la luz de la luna, y se estremeció. Hubiera querido sepultar la cabra en algún lugar y olvidar el episodio; o mejor aún, hubiera querido dar a la criatura una palmada en el pernil y haberla visto levantarse y alejarse trotando. Tardó horas en arrastrarla por el *veld* de vuelta a la casa. No había manera de abrir las puertas; tuvo que meterla en la cocina por una ventana. Entonces pensó que era una tontería descuartizarla en el interior, si es que la cocina con las plantas y los pájaros se podía considerar parte del interior. Así que la volvió a arrastrar fuera. Sintió que estaba empezando a olvidar la razón por la que había recorrido cientos de kilómetros hasta allí, y tuvo que andar de un lado a otro con la cara entre las manos para volver a sentirse mejor.

Nunca había limpiado antes un animal. Solo tenía su navaja. Le rajó la barriga y metió el brazo en la abertura; esperaba sentir el calor de la sangre, pero dentro de la cabra volvió a encontrarse con la humedad pegajosa del cieno. Dio un tirón y las entrañas cayeron rodando a sus pies, azules, moradas, rosas; tuvo que arrastrar el cadáver unos pasos antes de poder continuar. La despellejó todo lo que pudo, pero no fue capaz de cortarle las pezuñas y la cabeza hasta que, buscando en el cobertizo, encontró una sierra de arco. Al final, el esqueleto desollado que colgaba del techo de la despensa parecía pequeño en comparación con el montón de desperdicios que envolvió en un saco y sepultó bajo la primera capa de piedras. Tenía las manos y las mangas ensangrentadas; no había agua cerca; se restregó con arena, pero las moscas le seguían todavía cuando regresó a la casa.

Limpió el fogón con un cepillo y lo encendió. No había nada para cocinar. Cortó un pernil y lo sostuvo sobre la llama hasta que se chamuscó por fuera y salió el jugo. Comió sin placer, pensando: ¿Qué haré cuando se termine la cabra?

Estaba seguro de haberse resfriado. Sentía la piel caliente y seca, le dolía la cabeza, tragaba con dificultad. Llevó tarros de cristal a la balsa para llenarlos de agua. En el camino de regreso le fallaron de repente las fuerzas y tuvo que descansar. Sentado en el *veld* desierto con la cabeza entre las rodillas, se permitió imaginarse en una cama limpia entre sábanas blancas almidonadas. Tosió y ululó como un búho, y oyó salir el sonido sin rastro de eco. Aunque le dolía la garganta, repitió el sonido. Era la primera vez que oía su voz desde Prince Albert. Pensó: Aquí puedo hacer los ruidos que quiera.

Al anochecer tenía fiebre. Arrastró el lecho de sacos al salón y durmió allí. Soñó que estaba acostado en la oscuridad del dormitorio de Huis Norenius. Al estirar la mano, alcanzaba el cabezal de hierro de la cama; del colchón de bonote llegaba el olor de orina seca. Sin moverse para no despertar a los chicos que dormían a su alrededor, permanecía echado con los ojos abiertos para no recaer en los peligros del sueño. Son las cuatro en punto, se dijo, a las seis será de día. Por mucho que abría los ojos no distinguía la ubicación de la ventana. Los párpados empezaron a pesarle. Me

estoy desmayando, pensó.

Por la mañana se sintió más fuerte. Se puso los zapatos y paseó por la casa. Encima de un armario encontró una maleta; pero no contenía más que juguetes rotos y piezas de un rompecabezas. No había nada en la casa que le fuera útil, tampoco nada que le diera una pista de por qué los Visagie, que habían vivido aquí antes que él, se habían marchado.

La cocina y la despensa vibraban con el zumbido de las moscas. Aunque no tenía apetito, encendió el fuego y coció en agua un poco de la carne de cabra dentro de una lata de mermelada. Encontró hojas de té en un tarro de la despensa; hizo té y volvió a la cama. Empezó a toser.

La caja con las cenizas esperaba en un rincón de la sala. Tenía la esperanza de que su madre, que en cierto sentido estaba en la caja y en cierto sentido no, cuando fuera liberada, un espíritu liberado al viento, se sintiera más tranquila ahora que estaba más cerca de su tierra natal.

Sentía placer en abandonarse a la enfermedad. Abrió todas las ventanas y se tumbó a escuchar las palomas, o el silencio. Estuvo dormitando durante todo el día. Cuando los rayos del sol de la tarde lo alcanzaron, cerró las contraventanas.

Por la noche volvió a delirar. Intentaba cruzar un lugar árido que se inclinaba y amenazaba con arrojarle por el borde. Se tumbó, hundió los dedos en la tierra y sintió que se precipitaba en la oscuridad.

Dos días después cesaron los ataques de frío y calor; un día más tarde empezó a recuperarse. La cabra apestaba en la despensa. La lección, si es que había una lección, si es que había lecciones incorporadas a los acontecimientos, parecía ser la de no matar animales tan grandes. Talló un palito en forma de Y, y con la lengüeta de un zapato viejo y cintas de goma de una llanta, fabricó un tirachinas para abatir pájaros de los árboles. Enterró los restos de la cabra.

Exploró las barracas de una sola habitación que había en la ladera detrás de la casa. Eran de ladrillo y mortero, el suelo de cemento y el tejado de chapa. Era imposible que tuvieran más de medio siglo. Pero a pocos metros un pequeño rectángulo de adobe deteriorado sobresalía del suelo desnudo. ¿Era aquí donde su madre había nacido, en medio de un jardín de chumberas? Recogió la caja de cenizas de la casa, la colocó en medio del rectángulo, y se sentó a esperar. No sabía lo que esperaba; pero, fuese lo que fuese, no llegó. Un escarabajo pasó correteando por el suelo. El viento soplaba. Había una caja de cartón al sol en un trozo de adobe endurecido, eso era todo. Al parecer le faltaba dar otro paso, pero no sabía todavía cuál era.

Exploró toda la cerca alrededor de la granja sin encontrar indicios de la presencia de vecinos. En un pesebre cubierto con una lámina de chapa encontró pienso de cabra con moho; cogió un puñado de maíz y se lo metió en el bolsillo. Regresó a la bomba y trabajó en ella hasta que descubrió cómo funcionaba el mecanismo. Volvió a unir el cable roto y detuvo el giro descontrolado de la rueda.

Aunque seguía durmiendo en la casa, no estaba a gusto allí. Al pasar de una habitación vacía a otra, se sentía tan insustancial como el aire. Canturreaba entre dientes, y oía el eco de su voz en las paredes y en el techo. Trasladó su cama a la cocina, donde al menos podía ver las estrellas por el agujero del tejado.

Pasaba los días en la balsa. Una mañana se quitó toda la ropa y, de pie, con el agua hasta el pecho, la lavó batiéndola contra el muro; pasó el resto del día dormitando a la sombra de un árbol mientras la ropa se secaba.

Llegó la hora de devolver a su madre a la tierra. Intentó cavar un hoyo en la cima de la colina al oeste de la balsa, pero a tres centímetros de la superficie la pala chocó con la dura roca. Así que se trasladó al final de lo que había sido tierra de cultivo a los pies de la balsa, y cavó un hoyo tan profundo como su antebrazo. Puso el paquete de ceniza en el hoyo y echó encima la primera palada de tierra. Entonces empezó a dudar. Cerró los ojos y se concentró, esperando que una voz le hablara para asegurarle que estaba haciendo lo correcto —la voz de su madre, si es que aún tenía voz, otra voz cualquiera, o incluso su propia voz, que a veces le decía lo que tenía que hacer—. Pero no se oyó ninguna voz. Así que, asumiendo toda la responsabilidad, extrajo el paquete del hoyo y comenzó a despejar un cuadrado de pocos metros en medio del campo. Allí, agachándose mucho para que no se los llevara el viento, repartió los copos finos y grises sobre la tierra, removiéndola después varias veces con la pala.

Este fue el comienzo de su vida de agricultor. En un estante del cobertizo había encontrado un paquete de semillas de calabaza, y ya había tostado y comido algunas para entretenerse; todavía tenía granos de maíz; y en el suelo de la despensa había encontrado incluso una judía solitaria. En una semana limpió el terreno próximo a la balsa y restableció el sistema de surcos que lo regaba. Después plantó un bancal pequeño de calabazas y otro de maíz; y cerca de la orilla del río, donde tendría que llevar el agua para regarla, plantó la judía, para que si brotaba, pudiera trepar por los espinos.

Sobre todo se alimentaba de los pájaros que mataba con el tirachinas. Dedicaba los días a este tipo de caza, que practicaba cerca de la casa, y al cultivo de la tierra. El placer más intenso llegaba con la puesta de sol, cuando abría la llave del muro de la balsa y observaba correr por los surcos la corriente de agua empapando la tierra, convirtiendo su color arenoso en marrón oscuro. Es porque soy un jardinero, pensaba, porque esta es mi naturaleza. Afilaba la hoja de la pala en una piedra para saborear más el instante en que se hundía en la tierra. El deseo de cultivar se había vuelto a despertar en él; ahora, en solo unas semanas, sentía que sus horas de vigilia estaban estrechamente unidas al bancal de tierra que había empezado a cultivar, y a las semillas que había plantado allí.

Había momentos, sobre todo por la mañana, en que el júbilo le invadía al pensar que él, solo e ignorado, estaba haciendo florecer esta granja abandonada. Pero después del júbilo, a veces llegaba una preocupación que tenía una conexión incierta

con el futuro; y entonces solamente el trabajo duro podía salvarle de caer en la tristeza.

El pozo, casi vacío, daba solamente un caudal de agua pequeño e intermitente. Restablecer la corriente de agua de la tierra se convirtió en el deseo más profundo de K. Solo bombeaba el agua necesaria para su huerto, sin permitir que el nivel de la balsa bajara muchos metros, y viendo sin pena cómo la marisma se secaba, el lodo se endurecía, la hierba se agostaba, las ranas morían patas arriba. No sabía cómo se renovaban las aguas subterráneas, pero sabía que no era bueno desperdiciarlas. No se imaginaba si lo que había bajo sus pies era un lago, una corriente de agua, un vasto mar interior o una piscina tan profunda que no tenía fondo. Le parecía un milagro que cada vez que soltaba el freno, la rueda girara y brotara el agua; se colgaba del borde del muro de la balsa, cerraba los ojos y metía los dedos en la corriente.

Vivía al ritmo de la salida y la puesta del sol, en un compartimiento fuera del tiempo. Ciudad del Cabo, la guerra y el viaje a la granja se desvanecían cada vez más en el olvido.

Un día, de vuelta a casa al mediodía, vio la puerta principal abierta de par en par; y mientras la confusión se apoderaba de él una figura surgió del interior, un joven pálido y gordo con un uniforme caqui.

—¿Trabajas aquí? —fueron las primeras palabras del desconocido.

Estaba de pie en el escalón más alto del porche como si fuera el propietario. K no pudo hacer otra cosa que asentir.

—No te he visto nunca antes —dijo el desconocido—. ¿Cuidas de la granja? —K asintió—. ¿Cuándo se derrumbó la cocina? —preguntó.

Al intentar emitir palabras, K balbuceó. El desconocido no apartó la mirada de la boca deforme de K. Después volvió a hablar.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —dijo—. Soy el nieto del patrón Visagie.

K trasladó sus sacos de la cocina a una de las habitaciones en la colina, y cedió la casa al joven Visagie. Sintió que le invadía la antigua estupidez irracional, y trató de defenderse. Quizá solo se quede un día o dos, pensó, cuando vea que aquí no hay nada bueno para él; quizá él se marche y yo me quede.

Pero resultó que el nieto no podía irse. Esa misma noche, mientras K encendía una hoguera en la colina y asaba un par de palomas de cena, el nieto salió de la oscuridad y se quedó mirando tanto rato que K se sintió obligado a ofrecerle algo. Comió como un muchacho hambriento. No había suficiente para los dos. Entonces contó su historia.

—Cuando vayas a Prince Albert ten cuidado y no menciones a nadie que estoy aquí —empezó. Resultó que era un desertor del ejército. Se había escabullido la noche anterior de un tren de tropas estacionado en Kruidfontein, y había caminado campo a través toda la noche, hasta llegar finalmente a la granja que recordaba de sus días de colegio—. Nuestra familia solía pasar las Navidades aquí —dijo—. Venían tantos familiares que la casa rebosaba de gente. No he visto nunca comilonas como

las de entonces. Todos los días mi abuela llenaba la mesa de comida, buena comida del campo, y nosotros no dejábamos ni rastro. Nos daba cordero del Karoo, del que ya no hay ahora.

K estaba en cuclillas avivando el fuego, casi sin escuchar, pensando: Llegué a creerme que esta era una de esas islas sin dueño. Ahora me doy cuenta de la realidad. Ahora estoy aprendiendo la lección.

A medida que el nieto hablaba, se volvía más vehemente. Estaba anémico, dijo, tenía un corazón débil, constaba en sus papeles, nadie lo negaba, pero lo habían enviado al frente. Movilizaban a los funcionarios y los enviaban al frente. ¿Creían que podían prescindir de los funcionarios? ¿Creían que podían gestionar la guerra sin una oficina de pagos? Si venía la policía regular o la militar a buscarle, para llevárselo y darle un castigo ejemplar, K tenía que hacerse el mudo. Tenía que hacerse el tonto y no revelar nada. Mientras tanto él, el nieto, se construiría un escondite. Conocía la granja, encontraría un lugar donde nunca se les ocurriera mirar. Era mejor que K no conociera el escondite. ¿Podría conseguirle una sierra? Necesitaba una sierra, quería empezar a trabajar por la mañana temprano. K accedió a buscársela. Después hubo un largo silencio.

—¿Esto es todo lo que comes? —preguntó el nieto. K asintió—. Deberías plantar patatas —dijo el nieto—. Patatas, cebollas, maíz... Aquí crece todo si se riega. La tierra es fértil. Me extraña que no cultives algo para ti abajo, en la balsa. —Una punzada de decepción atravesó a K: conocía incluso la balsa—. Mis abuelos tuvieron suerte al encontrarte —continuó el nieto—. En estos tiempos es muy difícil encontrar buenos peones para las granjas. ¿Cómo te llamas?

—Michael —respondió K.

Ya era de noche. El nieto se levantó a tientas.

—¿No tienes una antorcha? —preguntó.

—No —dijo K, y le vio buscar a la luz de la luna el camino hacia la casa.

A la mañana siguiente ya no tenía nada que hacer. No podía ir a la balsa sin delatar el huerto. Se acuclilló contra la pared de la habitación, sintiendo el sol calentarle el cuerpo, viendo pasar el tiempo, hasta que el nieto llegó subiendo por la colina. Es diez años más joven que yo, pensó K. La subida había hecho que su piel se sonrojara.

—¡Michael, no hay nada de comer! —se quejó el nieto—. ¿No vas nunca a la tienda?

Sin esperar respuesta, abrió de un golpe la puerta de la habitación y miró dentro. Estuvo a punto de hacer un comentario, pero se calló.

—¿Cuánto te pagan, Michael? —dijo.

Cree que soy un idiota de verdad, pensó K. Cree que soy un idiota que duerme en el suelo como un animal, se alimenta de pájaros y lagartijas y no conoce la existencia del dinero. Mira la insignia de mi boina y se pregunta qué niño me la habrá dado de su paquete sorpresa.

—Dos rands —dijo K—. Dos rands a la semana.

—¿Qué sabes de mis abuelos? ¿Vienen alguna vez?

K guardó silencio.

—¿De dónde eres? No eres de aquí, ¿verdad?

—He estado en todas partes —dijo K—. También en El Cabo.

—¿Hay ovejas en la granja? —dijo el nieto—. ¿Hay cabras? ¿No eran diez o doce cabras lo que vi ayer detrás de la balsa? —Miró su reloj—. Ven, vamos a por las cabras.

K recordó la cabra en el cieno.

—Son cabras silvestres —dijo—. Nunca las cogerá.

—Las atraparemos en la balsa. Entre los dos lo conseguiremos.

—Vienen a la balsa por la noche —dijo K—. Durante el día están en el *veld*. —Y pensó: Un soldado sin rifle. Un muchacho que vive una aventura. Para él la granja es solo un lugar de aventuras. Y dijo—: Olvide las cabras, yo le buscaré algo de comer.

Así que mientras llegaba de la casa el ruido de la sierra, K cogió el tirachinas, bajó caminando al río, y en una hora había matado tres gorriones y una paloma. Llevó los pájaros hasta la puerta principal y llamó. El nieto salió a recibirlo sudoroso y desnudo hasta la cintura.

—Muy bien —dijo—. ¿Puedes limpiarlos deprisa? Te lo agradecería.

K levantó los cuatro pájaros muertos, las patas unidas en un nudo de garras. Había una perla de sangre en el pico de un gorrión.

—Es tan pequeño que ni lo saboreará al tragarlo —dijo—. Usted no se ensucia las manos, ni siquiera su dedo meñique.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —dijo el nieto Visagie—. ¿Qué cojones quieres decir? ¡Si quieres decir algo, dílo! ¡Deja eso en el suelo, ya me encargaré yo!

K dejó los cuatro pájaros en los escalones del porche y se marchó.

Las primeras hojas gruesas de calabaza empujaban la tierra aquí y allá. K abrió la compuerta por última vez y observó el agua regar lentamente el prado, oscureciendo la tierra. Ahora, pensó, abandono a mis hijos cuando más los necesito. Cerró la compuerta y dobló la barra del flotador hasta que la válvula quedó totalmente cerrada, cortando el chorro al abrevadero donde bebían las cabras.

Llevó a la casa cuatro jarras de agua y las dejó en el porche. El nieto estaba de pie con la camisa ya puesta y las manos en los bolsillos, mirando a la lejanía. Tras un largo silencio, habló.

—Michael —dijo—, no te pago, y no te puedo echar de la granja sin más. Pero tenemos que trabajar unidos, si no... —Volvió la mirada a K.

Estas palabras, ya fueran una acusación, una amenaza o una reprimenda, parecieron asfixiar a K. No es más que una pose, se dijo a sí mismo: tranquilízate. Sin embargo sentía que la estupidez le envolvía de nuevo como la niebla. Ya no sabía qué hacer con su cara. Se rozó los labios y fijó la mirada en las botas marrones del nieto, mientras pensaba: Ya no hay botas como esas en las tiendas. Intentó concentrarse en

ese pensamiento para calmarse.

—Quiero que vayas en mi lugar a Prince Albert, Michael —dijo el nieto—. Te daré una lista de las cosas que quiero, y dinero. También te daré algo para ti. Pero no hables con nadie. No digas que me has visto, no digas para quién son las cosas. No digas que son para otro. No compres todo en la misma tienda. Compra la mitad en Van Rhyne y la otra mitad en el café. No te pares a hablar, finge tener prisa. ¿Lo entiendes?

No dejes que pierda mi camino, pensó K. Asintió. El nieto continuó:

—Michael, te estoy hablando de ser humano a ser humano. Hay una guerra, hay gente que muere. Bien, yo no estoy en guerra con nadie. He hecho mi paz. ¿Lo entiendes? Hago mi paz con todos. No hay guerra aquí, en la granja. Tú y yo podemos vivir tranquilamente aquí hasta que se haga la paz en todas partes. Nadie nos molestará. La paz tiene que estar al caer.

»Michael, yo he trabajado en la oficina de pagos del ejército, sé lo que está pasando. Sé cuantos hombres engrosan el once-63 cada mes, paradero desconocido, paga suspendida, sumario abierto. ¿Me entiendes? Te podría dar cifras que te sorprenderían. Yo no soy el único. ¡Pronto no tendrán hombres suficientes, ya verás, no tendrán hombres suficientes para perseguir a los que escapan! ¡El país es grande! ¡Mira a tu alrededor! ¡Hay muchos sitios adonde ir! ¡Muchos sitios donde esconderse!

»Solo quiero permanecer escondido por poco tiempo. Pronto me olvidarán. Solo soy un pez pequeño en un océano inmenso. Pero necesito tu cooperación, Michael. Tienes que ayudarme. Si no, no hay futuro para ninguno de los dos. ¿Lo entiendes?

De esta manera K dejó la granja, llevándose la lista de cosas que el nieto necesitaba y cuarenta rands en billetes. Cogió una lata vieja del camino, metió el dinero en la lata y la enterró bajo una piedra en la verja de entrada de la granja. Después caminó a campo traviesa, con el sol siempre a su izquierda, evitando los lugares habitados. Por la tarde comenzó a subir, hasta que a sus pies aparecieron por el oeste las casas blancas y cuidadas de la ciudad de Prince Albert. Continuó por las laderas, y rodeó la ciudad hasta llegar a la carretera de Swartberg. Subió una colina en la oscuridad, con el abrigo de su madre puesto por el frío.

A gran altura de la ciudad, buscó un lugar donde dormir y encontró una cueva que habían utilizado ya otros campistas. Había una hoguera de piedra, y un lecho de tomillo oloroso y seco cubría el suelo. Encendió un fuego y asó una lagartija que había matado con una piedra. El círculo de cielo más arriba se volvió azul oscuro y salieron las estrellas. Se acurrucó, metió las manos en las mangas y se dejó arrastrar por el sueño. Ya le costaba creer que hubiera conocido a alguien llamado el nieto Visagie, que había intentado convertirle en su criado. En un día o dos, se dijo, habré olvidado al muchacho y no recordaré más que la granja.

Pensó en las hojas de calabaza, abriéndose paso bajo la tierra. Mañana será su último día, pensó: pasado mañana se debilitarán, y al otro morirán, mientras yo estoy

aquí, en las montañas. Quizá si al amanecer empiezo a correr y continuo corriendo todo el día, llegaría a tiempo de salvarlas, a ellas y a las otras semillas que van a morir bajo la tierra, aunque no lo sepan, que nunca van a ver la luz del día. Creció en él un vínculo de ternura que se extendía hasta el bancal de tierra junto a la balsa y que ahora debía cortar. Le parecía que sería necesario cortar muchas veces un vínculo de esa naturaleza para que algún día dejara de crecer.

Pasó el día ocioso, sentado en la boca de la cueva, mirando los picos más altos en los que todavía había nieve. Tenía hambre pero no hizo nada. En lugar de escuchar los quejidos de su cuerpo, intentó escuchar el inmenso silencio que le rodeaba. Se durmió con facilidad, y soñó que corría veloz como el viento por una carretera vacía, la carreta flotando tras él sobre unas ruedas que apenas rozaban el suelo.

Los lados del valle eran tan altos que el sol no apareció hasta el mediodía, y a media tarde había desaparecido tras las cumbres del oeste. Sentía continuamente frío. Así que continuó subiendo, zigzagueando por la ladera hasta que perdió de vista la carretera del desfiladero y divisó la vasta meseta del Karoo, y también Prince Albert kilómetros más abajo. Encontró otra cueva y cortó ramas para el suelo. Pensó: Ahora estoy seguro de haber llegado tan lejos como es posible; estoy seguro de que nadie está tan loco de cruzar esta meseta, subir estas montañas, buscar entre estas rocas para encontrarme; y estoy seguro de que ahora, que soy el único en todo el mundo que sabe dónde estoy, puedo darme por perdido.

Todo había quedado atrás. Cuando se despertó por la mañana no se enfrentó más que al enorme bloque de un único día, cada mañana un día. Se vio como una termita abriéndose paso a través de una roca. No había nada más salvo vivir. Permaneció sentado tan quieto que no le hubiera sorprendido ver a los pájaros acercarse y posarse en su hombro.

Aguzando la vista, distinguía a veces un vehículo deslizándose como un punto por la calle principal de la ciudad de juguete en la meseta; pero incluso en los días más tranquilos no oía ningún ruido salvo el de los insectos al correr por la tierra, el zumbido de las moscas que no le habían olvidado, y el latido de la sangre en sus oídos.

No sabía lo que iba a pasar. La historia de su vida no había sido nunca interesante; casi siempre alguien le había dicho lo que tenía que hacer; ahora no había nadie, y esperar parecía ser lo mejor.

Sus pensamientos fueron al parque Wynberg, uno de los sitios donde había trabajado anteriormente. Recordaba a las madres jóvenes que llevaban a sus hijos a jugar en los columpios, a las parejas que retozaban a la sombra de los árboles, y a los patos silvestres verdes y marrones en el estanque. Seguro que la hierba no habría dejado de crecer y las hojas de caer en el parque Wynberg porque había una guerra. Siempre sería necesario tener a alguien para cortar la hierba y barrer las hojas. Pero ya no estaba seguro de querer vivir entre los campos de hierba y los robles. Cuando recordaba el parque Wynberg, recordaba una tierra vegetal más que mineral, formada

por las hojas podridas del año pasado y del año anterior, y así hasta el principio de los tiempos, una tierra tan suave que, aunque uno cavara y cavara, nunca llegaría al corazón de esa suavidad; desde el parque Wynberg se podría cavar hasta el centro de la Tierra, y todo el camino hasta allí sería fresco y oscuro, húmedo y blando. Ya no amo esa clase de tierra, pensó, ya no me importa no sentir esa tierra entre mis dedos. Ya no quiero lo verde y lo marrón, quiero lo amarillo y lo rojo; no lo húmedo sino lo seco; no quiero lo oscuro sino lo claro; no quiero lo blando sino lo duro. Me estoy convirtiendo en otra clase de hombre, pensó, suponiendo que haya dos clases de hombres. Si me cortara, pensó, levantando las muñecas y mirándolas, la sangre ya no saldría a borbotones sino gota a gota, y después de gotear algo, se secaría y cicatrizaría. Cada día me vuelvo más pequeño, más duro y más seco. Si tuviera que morirme aquí, sentado en la boca de la cueva, mirando la meseta con la barbilla apoyada en las rodillas, el viento me secaría completamente en un día, me conservaría entero, como a alguien hundido en la arena del desierto.

Durante los primeros días en las montañas daba paseos, volteaba las piedras, mordisqueaba raíces y bulbos. Una vez abrió un nido de hormigas y se comió las larvas una a una.

Sabían a pescado. Pero ya no era una aventura buscar comida y bebida. No exploró su nuevo mundo. No convirtió la cueva en un hogar ni llevó la cuenta del paso del tiempo. No había nada que esperar cada mañana, salvo la visión de la sombra de la cima de la montaña corriendo hacia él cada vez más deprisa, hasta que de repente la luz del sol le inundaba. Se sentaba o se tumbaba como pasmado en la boca de la cueva, demasiado cansado, o quizá demasiado indolente, para moverse. Durmió durante tardes enteras. Se preguntaba si acaso estaba viviendo lo que llamaban felicidad. Hubo un día nublado y lluvioso, y brotaron pequeñas flores rosas por toda la montaña, flores sin hojas visibles. Comió puñados de flores y le dolió el estómago. Cuando los días fueron más calurosos, los riachuelos corrieron más deprisa. Echaba de menos el sabor amargo del agua subterránea en el agua fresca de montaña. Le sangraron las encías; se tragó la sangre.

De pequeño K había pasado hambre como todos los niños de Huis Norenus. El hambre los había convertido en animales que robaban del plato de sus compañeros y trepaban la cerca de la cocina para vaciar los cubos de la basura en busca de huesos y peladuras. Después había crecido y había dejado de sentir necesidad. Cualquiera que fuese la naturaleza de la bestia que había aullado dentro de él, el hambre la redujo al silencio. Los últimos años en Huis Norenus fueron los mejores, cuando ya no había chicos mayores que le atormentaran, cuando se escabullía a su escondite detrás del cobertizo sin que nadie le molestase. Uno de los profesores obligaba a los alumnos a sentarse con las manos sobre la cabeza, los labios apretados y los ojos muy cerrados, mientras él patrullaba entre las filas con una regla larga. Con el tiempo, esta postura perdió para K el significado de un castigo, convirtiéndose en una vía al ensueño; recordaba haber pasado tardes calurosas enteras con las manos sobre la cabeza,

combatiendo una placentera somnolencia, mientras las palomas se arrullaban en los eucaliptos y llegaba el sonido de los pupitres de otras clases. Ahora, delante de su cueva, algunas veces cruzó las manos detrás de la cabeza, cerró los ojos, y dejó la mente en blanco, sin necesitar nada, sin esperar nada.

Otras veces su pensamiento volvía al muchacho Visagie en su escondite, dondequiera que fuese, en la oscuridad del sótano entre los excrementos de ratón, o encerrado en un armario de la buhardilla, o detrás de un matorral en el *veld* de su abuelo. Pensó en el bonito par de botas: todo un desperdicio para alguien que vivía en un agujero.

Empezó a costarle un gran esfuerzo mantener los ojos abiertos al resplandor del sol. Sentía punzadas que no desaparecían; pértigas de luz le perforaban el cráneo. Después le fue imposible comer nada; incluso el agua le daba náuseas. Un día se sintió demasiado cansado para levantarse de su lecho en la cueva; el abrigo negro ya no le calentaba y tiritaba continuamente. Se dio cuenta de que él o su cuerpo podrían morir, era lo mismo, que podría yacer aquí hasta que el musgo del techo se oscureciera ante sus ojos, que su historia podría acabarse mientras sus huesos se volvían blancos en este lugar remoto.

Le llevó un día entero bajar la ladera de la montaña. Las piernas le flaqueaban, la cabeza le martilleaba, cada vez que miraba hacia abajo se mareaba y tenía que agarrarse a la tierra hasta que el vértigo desaparecía. Cuando llegó a la carretera, el valle estaba en sombra; cuando entró en la ciudad la última claridad se desvanecía. Le envolvió el olor de los melocotoneros en flor. También oyó una voz que llegaba de todos lados, la voz calmada y monótona que había oído la primera vez que estuvo en Prince Albert. Se detuvo entre los jardines al principio de High Street y, aunque escuchó atentamente, no pudo entender ni una palabra de la letanía lejana que más tarde se mezcló con el gorjeo de los pájaros en los árboles, para acabar dando paso a una música.

No había nadie en las calles. K se hizo una cama en la entrada de la oficina de Volkscas, un felpudo de goma como almohada. Cuando su cuerpo se enfrió, empezó a temblar. Durmió sobresaltado, con la mandíbula tensa por el dolor de cabeza. Le despertó la luz de una linterna, pero no pudo separarla del sueño en el que estaba inmerso. A las preguntas de la policía dio respuestas confusas, gritos y jadeos.

—¡No...! ¡No...! ¡No...!

Esta palabra surgió de sus pulmones como la tos. Sin entender nada, repelidos por su olor, lo empujaron dentro del coche, lo llevaron a la comisaría y lo encerraron en una celda con otros cinco hombres, donde continuó con la tiritona y la pesadilla delirante.

Por la mañana, cuando sacaron a los detenidos para lavarse y desayunar, K había recobrado la razón pero no podía levantarse. Se disculpó ante el cabo que estaba en la puerta.

—Son los calambres en las piernas, se me pasará —dijo.

El cabo llamó al oficial de servicio. Durante un rato observaron la figura esquelética sentada contra la pared, frotándose las piernas desnudas; después le transportaron entre los dos al patio, donde K retrocedió ante el resplandor brillante del sol, e indicaron a otro detenido que le diera algo de comer. K aceptó una ración abundante de puré de maíz pero, incluso antes de que la primera cucharada llegara a su boca, empezó a sentir náuseas.

Nadie sabía de dónde era. No llevaba documentación, ni siquiera la tarjeta verde. Le inscribieron en la hoja de registro como «Michael Visagie - CM - 40 - NFA - sin trabajo», y le acusaron de abandonar su distrito de residencia sin autorización, de no estar en posesión de una tarjeta de identidad, de infringir el toque de queda, de ser un borracho y un alborotador. Atribuyendo su debilidad e incoherencia al alcoholismo, le permitieron permanecer en el patio mientras los demás prisioneros eran devueltos a sus celdas; después, al mediodía, lo llevaron al hospital en la parte de atrás del coche. Allí le quitaron la ropa y le tumbaron desnudo en una colchoneta de goma, donde una enfermera joven lo lavó, lo afeitó y le puso una camisola blanca. No sintió vergüenza.

—Dígame, siempre he querido saberlo, ¿quién es Prince Albert? —preguntó a la enfermera. Ella no le hizo caso—. ¿Y quién es Prince Alfred? ¿No hay también un Prince Alfred?

Esperó a que el trapo suave y templado le rozara la cara, cerrando los ojos, deseando que llegara.

De esta forma volvió a acostarse entre sábanas limpias, no en la sala principal, sino en un anexo largo de madera y chapa en la trasera del hospital, que, hasta donde podía ver, no albergaba más que niños y ancianos. Hileras de bombillas colgaban de las vigas desnudas, sus largos cables se balanceaban a diferente compás. Una sonda le unía el brazo a una botella en un soporte; con el rabillo del ojo, si quería, podía ver cómo bajaba el nivel cada hora.

Una vez, al despertarse, vio a una enfermera y a un policía en la puerta mirándole, murmurando entre sí. El policía llevaba la gorra bajo el brazo.

El sol de la tarde resplandecía por la ventana. Una mosca se posó en su boca. La espantó con la mano. Revoloteó y volvió a posarse. Se rindió; el labio soportó la exploración de la trompa minúscula y fría.

Un auxiliar entró con un carrito. Todos recibieron una bandeja menos K. Al oler la comida se le hizo la boca agua. Era la primera vez que tenía hambre desde hacía mucho tiempo. No estaba seguro de querer volver a ser un esclavo del hambre; pero un hospital parecía ser un lugar para los cuerpos, donde los cuerpos reclamaban sus derechos.

Llegó el crepúsculo, y después la oscuridad. Alguien encendió la luz de dos de las tres hileras de bombillas. K cerró los ojos y se durmió. Cuando los abrió las bombillas todavía estaban encendidas. Mientras las miraba se fueron apagando poco a poco. La luz de la luna entraba en cuatro láminas plateadas por las cuatro ventanas. En algún lugar cercano chisporroteó un motor diésel. Las bombillas se encendieron

débilmente. Entonces se durmió.

Por la mañana tomó y no vomitó un desayuno de papilla y leche. Se sentía con fuerza para levantarse, pero le dio vergüenza hasta que vio a un anciano echarse una bata sobre el pijama y abandonar la habitación. Después paseó a lo largo de la cama durante un rato, sintiéndose ridículo con su larga camisola.

En la cama de al lado había un joven con el muñón de un brazo vendado.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo K.

El muchacho se dio media vuelta y no le contestó.

Si encontrara mi ropa, pensó K, me marcharía. Pero el armario de al lado de la cama estaba vacío.

Volvió a comer al mediodía.

—Come mientras puedas —le dijo el auxiliar que le trajo la comida—, la hambruna está por llegar.

Después siguió adelante, empujando el carrito de la comida. Era un comentario muy raro. K le observó mientras hacía su recorrido. Desde el otro extremo de la sala, el auxiliar notó la mirada de K, y le sonrió misteriosamente; pero cuando volvió a recoger la bandeja no dijo nada más.

El sol calentaba el tejado de chapa, convirtiendo la sala en un horno. K dormitaba con las piernas extendidas. Al despertarse una de las veces, vio al mismo policía y a la misma enfermera inclinados sobre él. Cerró los ojos; cuando los abrió, se habían ido. Se hizo de noche.

Por la mañana una enfermera lo fue a buscar y lo llevó a un banco del edificio principal, donde K esperó una hora hasta que fue su turno.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó el médico.

K titubeó, sin saber qué debía decir, y el médico dejó de escucharlo. Le mandó respirar profundamente, y le auscultó el pecho. Lo examinó en busca de infecciones venéreas. Acabó en dos minutos. Escribió algo en la carpeta marrón de su escritorio.

—¿Ha consultado alguna vez a un médico sobre lo de su labio? —preguntó mientras escribía.

—No —dijo K.

—¿Sabe?, se le podría corregir —dijo el médico, pero no se ofreció a hacerlo.

K volvió a la cama, y esperó con las manos bajo la cabeza hasta que la enfermera le trajo ropa: calzoncillos, una camisa y shorts caqui perfectamente planchados.

—Póngase esto —le dijo, y se fue a ocuparse de otras cosas.

K se lo puso sentado en la cama. Los shorts eran demasiado grandes. Cuando se levantó, tuvo que sujetárselos por la cintura para que no se cayeran. Entonces vio al policía en la puerta.

—Son demasiado grandes —le dijo a la enfermera—. ¿No puede darme mi ropa?

—Le darán su ropa en la recepción —le dijo.

El policía lo condujo por el pasillo hasta la recepción y allí recogió un paquete envuelto en papel de estraza. No intercambiaron ni una palabra. Había un coche azul

en el aparcamiento. K esperó a que abrieran la puerta de atrás; el asfalto bajo sus pies descalzos estaba tan caliente que tuvo que dar saltos.

Esperaba que le llevaran de vuelta a la comisaría, pero atravesaron la ciudad y después siguieron cinco kilómetros por una pista hasta un campamento en medio del *veld* vacío. K había visto el rectángulo ocre de Jakkalsdrif desde su observatorio en las montañas, pero pensó que se trataba de un solar en construcción. En ningún momento se había imaginado que fuera uno de los campamentos de desplazados, que las tiendas de campaña y las casetas de madera y chapa sin pintar albergaran gente, que estuviera rodeado por una cerca de tres metros rematada por una alambrada. Cuando saltó del coche sujetándose los pantalones, lo hizo bajo la mirada curiosa de un centenar de internos, adultos y niños, en fila a ambos lados de la verja de entrada.

En la entrada había una pequeña caseta con un porche donde unas suculentas idénticas de un verde grisáceo crecían en dos tinajas de barro. En el porche esperaba un hombre corpulento con uniforme militar. K reconoció la boina azul del Cuerpo de Voluntarios. El policía le saludó y entraron juntos en la caseta. Con el paquete bajo el brazo, K tuvo que afrontar la curiosidad de la gente. Primero fijó la mirada en el infinito, después en los pies; no sabía qué cara poner.

—¿Dónde has robado esos pantalones? —gritó alguien.

—¡En el tendedero del sargento! —gritó otra voz, y hubo una oleada de risas.

Después, un segundo hombre del Cuerpo de Voluntarios salió de la caseta. Abrió la verja del campamento y condujo a K entre la gente atravesando la plaza central hasta llegar a una de las casetas de madera y chapa. Dentro reinaba la oscuridad, no había ventanas. Le indicó una litera vacía.

—Desde ahora este es tu hogar —le dijo—. Es el único hogar que tienes, mantenlo limpio.

K subió y se estiró en la colchoneta desnuda de goma, a solo un brazo de distancia del techo de chapa. En la penumbra, bajo un calor sofocante, esperó a que el centinela se marchara.

Pasó toda la tarde tumbado en la litera, escuchando los sonidos de la vida de campamento. Una vez, un grupo de niños entró corriendo, persiguiéndose por encima y por debajo de las literas con mucho ruido; al marcharse dieron un portazo. Intentó dormir pero no pudo. Tenía la garganta seca. Recordó el frescor de la cueva en las montañas, los riachuelos que nunca dejaban de correr. Esto es como Huis Norenius, pensó: estoy de vuelta en Huis Norenius por segunda vez, pero ahora soy muy mayor para soportarlo. Se quitó la camisa caqui y los shorts, y abrió el paquete; pero la ropa, que antes solo olía a él, en pocos días se había impregnado de un olor rancio, a humedad, un olor ajeno. En calzoncillos, los brazos y las piernas extendidos sobre la colchoneta caliente, esperó a que pasara la tarde.

Alguien abrió la puerta y entró de puntillas en la habitación. K se hizo el dormido. Unos dedos le rozaron el brazo desnudo. Retrocedió ante el contacto.

—¿Te encuentras bien? —dijo una voz de hombre.

La claridad que se colaba por la puerta no le dejó ver su rostro.

—Estoy bien —dijo.

Las palabras parecían llegar de muy lejos. El desconocido se marchó de puntillas. K pensó: Necesitaba más avisos, deberían haberme dicho que iban a enviarme de vuelta entre las personas.

Más tarde se puso la ropa caqui y salió. El calor era sofocante, no corría ni una brizna de viento. Dos mujeres estaban tumbadas en una manta a la sombra de una tienda. Una dormía, la otra sostenía a un niño dormido en el pecho. Esta sonrió a K; él asintió con la cabeza y continuó. Encontró la cisterna y bebió en abundancia. A la vuelta, habló a la mujer.

—¿Puedo lavar la ropa en algún sitio? —preguntó.

Ella le señaló el lavadero.

—¿Tienes jabón? —dijo.

—Sí —le mintió él.

En el lavadero había dos lavabos y dos duchas. Quería ducharse, pero no salía agua del grifo de la ducha. Lavó la chaqueta blanca de Saint John, los pantalones negros, la camisa amarilla y los calzoncillos con la goma gastada; le gustó remojar y frotar, estar de pie con los ojos cerrados y los brazos sumergidos en agua fría hasta los codos. Se puso los zapatos. Más tarde, cuando fue a colgar la ropa en el tendedero, vio el letrero en la pared: CAMPAMENTO DE DESPLAZADOS DE JAKKALSDRIF / HORAS DE BAÑO: HOMBRES 6.00-7.00 / MUJERES 7.30-8.30 / ES OBLIGATORIO AHORRAR AGUA Y SER BREVE. Siguiendo la línea de la tubería de la cisterna, vio que continuaba por debajo de la cerca del campamento hasta una bomba en un montículo algo alejado.

La mujer con el bebé le paró cuando pasaba.

—Si dejas tu ropa allí —le avisó— por la mañana habrá desaparecido.

Así que recogió la ropa mojada y la extendió sobre la litera.

El sol empezaba a ocultarse; ahora había más gente alrededor, y niños por todas partes. Tres ancianos jugaban a las cartas en el exterior de la caseta vecina. Los observó de pie durante un rato.

Contó treinta tiendas distribuidas regularmente en el campamento, y siete casetas, más el lavadero y las letrinas. Habían puesto los cimientos para una segunda fila de casetas, y se veían los pernos oxidados brotar del hormigón.

Fue hasta la verja. En el porche de la caseta de guardia uno de los dos centinelas del Cuerpo de Voluntarios dormitaba en una hamaca, la camisa abierta hasta la cintura. K apoyó la cabeza en la alambrada, con el deseo de que el centinela se despertara. ¿Por qué me han traído aquí?, quería decirle. ¿Cuánto tengo que quedarme? Pero el centinela siguió durmiendo, y K no se atrevió a gritar.

Regresó a su caseta, y de allí fue a la cisterna. No sabía qué hacer. Una joven se acercó a llenar un cubo, pero se detuvo al verle y se fue. Se retiró a la cerca trasera del campamento y contempló el *veld* vacío.

En una o dos de las hogueras de piedra entre las tiendas ardía ahora el fuego;

crecía el ir y venir de la gente; el campamento revivía.

Una furgoneta azul de la policía llegó en una nube de polvo y se detuvo en la verja, seguida por un camión abierto cargado de hombres de pie en la caja. Todos los niños del campamento corrieron a la verja. El centinela dejó pasar la furgoneta, que se dirigió lentamente a la cuarta caseta de la fila, la única con chimenea. Dos mujeres salieron y abrieron la caseta; las siguió un policía con una caja de cartón. Desde la cerca trasera K apenas oyó el ruido de la radio en la furgoneta. Enseguida salió la primera nube de humo negro de la chimenea.

Los hombres del camión descargaban haces de leña que apilaban dentro de la verja.

El policía volvió a la furgoneta, se sentó en la cabina y se peinó. Una de las mujeres, la grandota con pantalones, salió de la caseta e hizo sonar un triángulo. Antes de que se desvaneciera la última nota, ya se había formado un corro de niños con tazones, platos o latas en la mano, y madres con bebés en el brazo, que empujaban la puerta. La mujer hizo sitio y dejó entrar a los niños de dos en dos. K se acercó y se puso en la cola. Cuando los niños salieron, vio que llevaban sopa y rebanadas de pan.

Un niño tropezó al salir y le derramó la sopa en las piernas. Con paso vacilante, como si se hubiera mojado en los pantalones, volvió a ponerse en la cola. Algunos niños se sentaron a comer en el suelo delante de la caseta, otros se llevaron la comida a las tiendas.

K se acercó a la mujer de la puerta.

—Perdone —le dijo—, ¿me puede dar algo? No tengo plato. He salido del hospital.

—Solo es para los niños —contestó la mujer, y miró a otro lado.

Regresó a la caseta y se puso los pantalones negros, que estaban todavía húmedos. Tiró los shorts caqui debajo de la litera.

Se dirigió al policía de la furgoneta.

—¿Dónde puedo comer algo? —dijo—. No he pedido que me trajeran aquí. ¿Dónde me dan de comer ahora?

—Esto no es la cárcel —dijo el policía—, es un campamento, trabajas para ganarte la vida, como todos los demás en el campamento.

—¿Cómo voy a trabajar si estoy encerrado? ¿Dónde está el trabajo que tengo que hacer?

—Lárgate —dijo el policía—. Pregunta a tus amigos. ¿Quién eres tú para pensar que tengo que mantenerte?

Estaba mejor en las montañas, pensó K. Estaba mejor en la granja, estaba mejor en la carretera. Estaba mejor en Ciudad del Cabo. Pensó en la caseta oscura y calurosa, en los desconocidos amontonados en las literas alrededor, en el aire lleno de burlas. Es como volver a la infancia, pensó: es como una pesadilla.

Ya había más hogueras encendidas, y también olor a comida, incluso a carne

asada. La mujer con pantalones le indicó que se acercara a la cocina y le tendió un cubo de plástico.

—Lávalo —le dijo—, y déjalo aquí dentro. Cierra la puerta. ¿Sabes cómo funciona un candado?

K asintió. Había restos de sopa en el fondo del cubo. Las dos mujeres subieron con el policía a la furgoneta; al alejarse K advirtió que miraban al frente como si no hubiera ya nada más en el campamento que les interesase.

Cayó la noche. Alrededor de las hogueras había grupos comiendo y charlando; más tarde alguien empezó a tocar la guitarra y algunos bailaron. K al principio se quedó observando en la penumbra; después se sintió ridículo, y fue a tumbarse en su litera de la caseta vacía.

Alguien entró: se volvió al ver acercarse una sombra.

—¿Quieres un cigarrillo? —dijo una voz.

K aceptó el cigarrillo y se sentó contra la pared. A la luz de la cerilla vio a un hombre mayor que él.

—¿De dónde eres? —le dijo el hombre.

—He recorrido toda la cerca trasera esta tarde —dijo K—. Cualquiera puede saltarla. Un niño podría saltarla sin esfuerzo. ¿Por qué se queda la gente aquí?

—Esto no es una cárcel —dijo el hombre—. ¿No has oído al policía decirte que esto no es una cárcel? Esto es Jakkalsdrif. Un campamento. ¿No sabes lo que es un campamento? Un campamento es para la gente sin trabajo. Es para todos esos que van de granja en granja mendigando un trabajo porque no tienen comida, porque no tienen un techo. Ponen a toda esa gente en un campamento para que no tenga que mendigar más. Me preguntas por qué no me escapo. Pero ¿por qué los que no tienen adonde ir querrían huir de la vida agradable de que disfrutamos aquí? ¿De una cama blanda como esta, de leña gratis y de un hombre en la vega con un rifle para evitar que los ladrones entren por la noche a robarnos el dinero? ¿De dónde eres, que no sabes todo esto?

K permaneció callado. No comprendía a quién echaba la culpa.

—Si saltas la cerca —dijo el hombre—, has abandonado tu domicilio. Jakkalsdrif es ahora tu domicilio. Bienvenido. Si abandonas tu domicilio, te detienen por vagabundo. Sin domicilio. La primera vez te traen a Jakkalsdrif. La segunda, a Brandvlei. ¿Quieres ir a Brandvlei, una penitenciaría de trabajos forzados, canteras de ladrillo y centinelas con látigo? Si saltas la cerca y te cogen, es reincidencia, te envían a Brandvlei. Piénsalo, tú escoges. Pero ¿adónde quieres ir? —Bajó la voz—. ¿Quieres irte a las montañas?

K no entendió lo que quería decir. El hombre le dio una palmada en la pierna.

—Ven y únete a la fiesta —dijo—. ¿Los has visto registrar a la gente en la verja? Buscan alcohol. El alcohol está prohibido en el campamento. Así que ven a echar un trago.

De esta manera K se dejó conducir hasta el grupo reunido alrededor del

guitarrista. La música paró.

—Este es Michael —dijo el hombre—. Ha venido hasta Jakkalsdrif de vacaciones. Vamos a darle la bienvenida.

Le convencieron de que se sentara, le ofrecieron vino de una botella en papel de estraza, y le acosaron a preguntas: ¿De dónde era? ¿Qué hacía en Prince Albert? ¿Dónde le habían recogido? Nadie entendía por qué había abandonado la ciudad para venir a este rincón apartado del mundo, donde no había trabajo y donde habían despedido a familias enteras de las granjas en las que habían vivido durante generaciones.

—Traía a mi madre a vivir a Prince Albert —intentó explicar K—. Estaba enferma, tenía mal las piernas. Quería vivir en el campo, no le gustaba la lluvia. Donde vivíamos llovía continuamente. Pero se murió en el camino, en Stellenbosch, en el hospital de allí. Así que nunca llegó a Prince Albert. Había nacido aquí.

—Pobre señora —dijo una mujer—. ¿Es que no tenéis asistencia social en El Cabo? —No esperó la contestación de K—. Aquí no hay asistencia social. Esta es nuestra asistencia social. —Señaló el campamento con el brazo.

K continuó.

—Después trabajé en el ferrocarril —dijo—. Ayudaba a despejar las vías bloqueadas. Después vine aquí.

Hubo un silencio. Ahora tengo que hablar de las cenizas, pensó K, para decirlo todo, para así contar la historia completa. Pero sintió que no podía, o que no podía todavía. El hombre de la guitarra comenzó a desgranar una nueva melodía. K notó que la atención del grupo se desplazaba hacia la música.

—Tampoco hay asistencia social en El Cabo —dijo—. Quitaron la asistencia social.

La tienda contigua se iluminó, alumbrada desde dentro por una vela; siluetas engrandecidas se movían entre las paredes como sombras. Se recostó y miró las estrellas.

—Ya llevamos aquí cinco meses —dijo una voz a su lado. Era el hombre de la caseta. Se llamaba Robert—. Mi mujer, mis hijos, tres niñas y un niño, mi hermana y sus hijos. Trabajaba cerca de Klaarstroom, en una granja. Llevaba allí mucho tiempo, doce años. Pero de pronto desapareció el mercado de la lana. Entonces empezaron con el sistema de cuotas, solo una cantidad establecida de lana por granjero. Después cerraron la carretera de Oudtshoorn, después cerraron la otra, después abrieron las dos, después cerraron las dos para siempre. Así que un día el granjero me llamó y me dijo: «Tengo que despedirte. Demasiadas bocas que alimentar, no me lo puedo permitir». «¿Adónde voy a ir?», le dije. «Sabe que no hay trabajo». «Lo siento», me dijo, «no es nada personal contra ti, pero ya no puedo permitírmelo». Y me despidió, a mí, que tenía una familia, y se quedó con un hombre que llevaba allí poco tiempo, un hombre joven, soltero. Una sola boca que alimentar... podía permitírselo. Le dije: «¿Qué voy a poder permitirme ahora yo sin trabajo?». El caso es que lo recogimos

todo y nos marchamos; y en la carretera, y no te miento, *en la misma carretera* la policía nos recogió, él la había avisado, nos recogió, y esa misma noche estábamos aquí, en Jakkalsdrif, dentro de la cerca. «Sin domicilio fijo». Y les dije: «Ayer por la noche tenía un domicilio fijo, ¿cómo saben que esta noche no lo tengo?». Y me dijeron: «¿Dónde prefieres dormir, en pleno *veld*, bajo un matorral, como un animal, o en un campamento en una cama decente y con agua corriente?». Y les contesté: «¿Puedo elegir?». Me dijeron: «Claro que puedes elegir, y eliges Jakkalsdrif. Porque no queremos tener vagabundos que nos den problemas». Pero te voy a decir la verdadera razón, te voy a decir por qué se dieron tanta prisa en recogernos. Quieren evitar que la gente desaparezca en las montañas, y vuelva de noche a cortarles las cercas y robarles el ganado. ¿Sabes cuántos hombres hay en este campamento, hombres jóvenes? —Se inclinó hacia K y bajó la voz—. Treinta. Tú eres el treinta y uno. ¿Y cuántas mujeres y niños y ancianos? Mira alrededor y cuenta tú mismo. Y yo te pregunto: ¿dónde están los hombres que no están aquí con sus familias?

—Yo estuve en las montañas —le dijo K—. No vi a ninguno.

—Pero si preguntas a cualquiera de estas mujeres dónde está su compañero, te dirá: «Está trabajando, me manda dinero todos los meses», o «Se fue, me abandonó». Así que ¿quién sabe?

Se hizo un largo silencio. Un resplandor cruzó el firmamento. K lo señaló.

—Una estrella fugaz —dijo.

A la mañana siguiente K salió a trabajar. La compañía del ferrocarril tenía prioridad sobre los hombres de Jakkalsdrif, seguida del Consejo del Distrito de Prince Albert, y por último los granjeros locales. El camión llegó para recogerlos a las seis y media, y a las siete y media ya estaban trabajando al norte de Leeu-Gamka, quitando la maleza del lecho del río y de un puente del ferrocarril, cavando hoyos y mezclando cemento para una valla de seguridad. El trabajo era duro; a media mañana K empezó a flaquear. Mi estancia en las montañas me ha convertido en un viejo, pensó.

Robert se paró a su lado.

—Antes de partirte los riñones, amigo mío —dijo—, recuerda lo que te pagan. Te dan el salario establecido, un rand al día. A mí me dan un rand y medio porque tengo personas a mi cargo. Así que no te mates. Vete a orinar y tómate un descanso. Acabas de salir del hospital, no estás bien.

Más tarde, en el descanso del mediodía, ofreció a K uno de sus bocadillos, y se tumbó a su lado a la sombra de un árbol.

—Con tus cinco o seis rands a la semana —le dijo—, tienes que comprarte la comida. En el campamento solo se duerme. Las señoras del ACVV, las que viste ayer, vienen tres veces por semana, pero es caridad solo para los niños. Mi mujer trabaja de empleada doméstica en la ciudad tres medios días a la semana. Se lleva al niño pequeño con ella, y deja a los otros niños con mi hermana. Así juntamos alrededor de doce rands a la semana. Con eso tenemos que alimentar a nueve personas, tres adultos y seis niños. Otros están peor. Cuando no hay trabajo, mala suerte, nos

sentamos dentro de la cerca y nos apretamos el cinturón.

»El dinero que ganas solo lo puedes gastar en un sitio, que es Prince Albert. Y cuando entras en una tienda de Prince Albert, de repente los precios suben. ¿Por qué? Porque eres del campamento. No quieren un campamento tan cerca de la ciudad. Nunca lo han querido. Al principio hicieron una gran campaña en contra del campamento. Dijeron que éramos un foco de enfermedades. Que no teníamos higiene ni moral. Un nido de vicio, hombres y mujeres juntos. Según dijeron, tendría que haber una valla en medio del campamento, los hombres a un lado, las mujeres al otro, y los perros de guardia por la noche. Lo que realmente querrían (y esta es mi opinión) es que el campamento estuviera fuera de su vista, a kilómetros de distancia en pleno Koup. Así podríamos ir de puntillas en plena noche como las hadas, y hacerles su trabajo, cavarles el jardín, fregarles los cacharros, y desaparecer por la mañana, dejando todo limpio y ordenado.

»¿Vas a preguntarme quién está a favor del campamento? Te lo diré. Primero el ferrocarril. Al ferrocarril le gustaría tener un Jakkalsdrif a cada quince kilómetros de vía. Segundo, los granjeros. Porque de cada grupo de Jakkalsdrif, un granjero saca un día de trabajo por casi nada, y al final de la jornada el camión lo recoge y se lo lleva, y no tiene que preocuparse de ellos ni de sus familias, si se mueren de hambre o pasan frío, el granjero no sabe nada, no es su problema.

El capataz del grupo estaba sentado en una silla plegable a una distancia suficiente como para no oírles. K le observó servirse café de un termo. Los dedos largos y planos no le cabían en el asa del tazón. Lo levantó dejando dos dedos en el aire, y bebió. Sus miradas se cruzaron por encima del borde del tazón. ¿Qué verá?, pensó K. ¿Qué pensará de mí? El capataz dejó el tazón, se acercó el silbato a los labios y dio un largo pitido desde el asiento.

Por la tarde, mientras K arrancaba las raíces de un espino, el mismo capataz se acercó y se puso detrás de él. Al mirar por debajo del brazo, vio los dos zapatos negros y la vara de caña moviendo distraídamente el polvo, y sintió que el antiguo temblor nervioso se apoderaba de él. Siguió arrancando raíces, pero ya sin fuerza en los brazos. Solo cuando el capataz se retiró, empezó a recobrar el control.

Por la noche no comió de cansancio. Sacó fuera la colchoneta, se tumbó y miró las estrellas aparecer una a una en el cielo de color violeta. Alguien de paso a las letrinas tropezó con él. Se produjo cierto alboroto, y K se retiró. Tras meter la colchoneta de nuevo en la caseta, se tumbó en la oscuridad de la litera bajo las planchas del tejado.

El sábado les pagaron y pasó la camioneta del abastecimiento. El domingo un pastor protestante fue al campamento para celebrar un oficio religioso, y después abrieron de par en par la verja hasta el toque de queda. K asistió al oficio. Se unió a los cánticos de las mujeres y los niños. El pastor inclinó la cabeza y rezó: «Oh, Señor, deja que la paz vuelva a nuestros corazones, y haz que regresemos a nuestros hogares sin rencor a nuestro prójimo, resueltos a convivir en fraternidad en Tu nombre, y

obedecer Tus mandamientos». Más tarde habló con algunos ancianos, después se montó en el coche azul que le esperaba en la entrada y se marchó.

Ahora eran libres de ir a Prince Albert, de visitar a amigos, o de dar simplemente un paseo por el *veld*. K vio a una familia de ocho emprender el largo camino hacia la ciudad, el padre y la madre con sobria ropa negra, las niñas con vestido rosa y blanco y sombrero blanco, los niños con traje gris, corbata y zapatos negros relucientes. Otros les seguían: un grupo de niñas riendo cogidas del brazo; el hombre de la guitarra con su hermana y con su novia.

—¿Por qué no vamos? —le propuso a Robert.

—Deja que vayan los jóvenes si quieren —contestó Robert—. ¿Qué hay de particular en Prince Albert un domingo? Ya he ido antes, y no me divierte. Vete con ellos si quieres. Cómprate un refresco, siéntate delante del café y ráscate las pulgas. No hay nada más que hacer. Y yo digo que si estamos en la cárcel, hagamos como en la cárcel, no finjamos.

Aun así K abandonó el campamento. Se paseó por la ribera del Jakkals hasta que perdió de vista la alambrada, las casetas y la bomba de agua. Entonces se tumbó en la arena cálida gris, la boina sobre la cara, y se durmió. Se despertó sudando. Levantó la boina y entornó la mirada hacia el sol. Llenaba el cielo, imprimiendo todos los colores del arco iris en sus pestañas. Soy como una hormiga que no sabe dónde está su hormiguero, pensó. Hundió las manos en la arena y dejó que se deslizara una y otra vez entre los dedos.

El bigote que le habían afeitado en el hospital volvía poco a poco a cubrirle el labio. Pero le era difícil relajarse con Roben y su familia alrededor de la hoguera, donde las miradas de los niños se dirigían siempre hacia él. Había un niño en particular que le perseguía donde se sentara, y le pellizcaba la cara. La madre del niño, avergonzada, se lo llevaba y entonces este pataleaba y lloriqueaba para que le soltaran, hasta que K ya no sabía qué hacer o dónde mirar. Sospechaba que las niñas mayores se burlaban de él a su espalda. Nunca había sabido cómo tratar a las mujeres. Las damas del *Vrouevereniging*, quizá porque estaba muy delgado, quizá porque le tomaban por tonto, le permitían limpiar regularmente el cubo de la sopa: esa era su comida tres veces a la semana. Le daba la mitad de su paga a Robert, y llevaba la otra mitad en el bolsillo. No deseaba comprar nada; nunca iba a la ciudad. Robert aún se ocupaba de él en algunos aspectos, pero se ahorraba sus comentarios sobre el campamento.

—Nunca he visto a nadie tan adormecido como tú —le decía Robert.

—Sí —le contestaba K, sorprendido de que Robert también se diera cuenta.

El trabajo en la zona del puente había terminado. Estuvieron desocupados durante dos días, después el camión del distrito pasó a recogerlos para arreglar una carretera. K se puso en la cola de la verja con los otros hombres, pero en el último momento decidió no subir al camión.

—Estoy enfermo, no puedo trabajar —le dijo al centinela.

—Como quieras, pero no te pagarán —le respondió el centinela.

Así que K sacó la colchoneta y se tumbó a la sombra junto a la caseta, tapándose la cara con un brazo, mientras la vida diaria del campamento continuaba a su alrededor. Estaba tan quieto que los niños más pequeños mantuvieron primero la distancia, pero después intentaron que se levantara, y como no lo consiguieron, integraron su cuerpo en el juego. Trepaban y saltaban encima de él como si fuera un trozo de tierra. Con la cara todavía tapada, se dio media vuelta, y vio que podía dormir incluso con los cuerpecillos cabalgando en su espalda. Descubrió un placer inesperado en estos juegos. Sintió que el contacto con los niños le daba fuerza; le dio pena que se fueran corriendo a mirar a los empleados del distrito echar cal en los agujeros de las letrinas.

K se dirigió al centinela a través de la cerca:

—¿Puedo salir?

—Creía que estabas enfermo. Esta mañana me dijiste que estabas enfermo.

—No quiero trabajar. ¿Por qué tengo que trabajar? Esto no es la cárcel.

—No quieres trabajar, pero quieres que otros te den de comer.

—No necesito comer a todas horas. Cuando necesite comer, trabajaré.

El centinela estaba sentado en la hamaca del porche de la pequeña caseta, el rifle apoyado en la pared a su lado. Sonrió a la lejanía.

—¿Puede abrirme la verja? —preguntó K.

—La única forma de salir es con el grupo de trabajo —le dijo el centinela.

—¿Y si salto la cerca? ¿Qué va a hacer si salto la cerca?

—Si saltas la cerca te disparo, lo juro por Dios que no me lo pienso dos veces, así que no lo intentes.

K acarició la alambrada como si calculara el riesgo.

—Déjame que te diga algo, amigo —dijo el centinela—, por tu propio bien, porque eres nuevo aquí. Si ahora te dejas salir, en tres días estarás de vuelta implorando entrar. Lo sé. Tres días. Estarás en la verja con lágrimas en los ojos implorándome que te deje entrar. ¿Por qué quieres irte? Aquí tienes un hogar, comida, una cama. Tienes trabajo. La vida es difícil en el mundo de ahí fuera, lo has visto, no necesito decírtelo. ¿Para qué quieres unirte a ellos?

—No quiero estar en un campamento, eso es todo —dijo K—. Déjame saltar la cerca y marcharme. Haga como que no me ha visto. Nadie va a notar que me he ido. Ni siquiera sabe cuántas personas hay aquí.

—Amigo, si saltas la cerca te pego un tiro. No es nada personal contra ti. Solo quiero avisarte.

A la mañana siguiente, K se quedó en la cama mientras los otros hombres se iban a trabajar. Más tarde volvió a la verja. El mismo centinela estaba de guardia. Hablaron de fútbol.

—Tengo diabetes —dijo el centinela—. Por eso nunca me han enviado al norte. Llevo tres años ocupándome de la administración, del almacén, de las guardias.

Piensas que el campamento es duro, pero prueba a sentarte aquí doce horas al día sin más que hacer que mirar los espinos. Pero te digo una cosa, amigo, y es la pura verdad: el día que me destinen al norte, me largo. No me vuelven a ver el pelo. No es mi guerra. Es su guerra, que la hagan ellos.

Quería saber lo del labio de K (pura curiosidad, dijo), y K se lo contó. Él asintió.

—Eso pensé al principio. Pero luego pensé que quizá alguien te había rajado.

En la garita tenía una nevera pequeña de parafina. Sacó el almuerzo, pollo frío y pan, y lo compartió con K, pasándole la comida a través de la tela metálica.

—Vivimos bastante bien —dijo—, si tenemos en cuenta que hay una guerra. — Sonrió con malicia.

Habló de las mujeres del campamento, de las visitas que él y su compañero recibían por la noche.

—Están hambrientas de sexo —dijo.

Después bostezó y volvió a la hamaca.

Por la mañana, Robert despertó a K de un empujón.

—Vístete, tienes que trabajar —le dijo Robert. K le apartó el brazo—. Vamos —le dijo Robert—, hoy nos necesitan a todos, no quieren disculpas ni excusas, tienes que venir.

Diez minutos después, K estaba al otro lado de la verja en el viento helado del amanecer, esperando al camión mientras les contaban. Los condujeron por las calles de Prince Albert en dirección a Klaarstroom; tomaron el camino de una granja, pasaron por una gran hacienda sombreada, y pararon junto a un campo exuberante de alfalfa, donde dos reservistas les esperaban con brazaletes y rifles. Cuando se bajaron del camión, un empleado de la granja les entregó hoces sin hablarles ni mirarles. Apareció un hombre alto con unos pantalones caqui recién planchados. Levantó una hoz.

—Todos sabéis usar una hoz —gritó—. Tenéis que cortar casi dos hectáreas. Así que ¡manos a la obra!

En fila, a tres pasos uno de otro, los hombres empezaron a abrirse camino en el campo: se agachaban, juntaban, cortaban, y avanzaban medio paso, a un ritmo que hizo a K sudar y marearse.

—¡Cortad al máximo, cortad al máximo! —bramó una voz justo detrás de él.

K se volvió y miró al granjero de caqui; podía oler su desodorante empalagoso.

—Tú, monigote, ¿dónde te has criado? —le gritó el granjero—. ¡Corta por abajo, corta al máximo!

Le arrebató la hoz, lo apartó de un empujón, juntó la siguiente mata de alfalfa y la cortó de raíz, al máximo.

—¿Ves? —vociferó. K asintió con la cabeza—. ¡Entonces hazlo, hombre, hazlo! —le gritó.

K se agachó y cortó la siguiente mata a ras de tierra.

—¿De dónde sacan esta basura? —Oyó que le decía el granjero a uno de los

reservistas—. ¡Está medio muerto! ¡Pronto van a desenterrar cadáveres para nosotros!

—¡No puedo más! —le dijo entre jadeos a Robert durante el primer descanso—. Tengo la espalda rota, cada vez que me incorporo todo me da vueltas.

—Ve más despacio —le dijo Robert—. No pueden obligarte a hacer lo que no puedes.

K miró la franja irregular que había cortado.

—¿Quieres saber quién es ese? —murmuró Robert—. Ese tipo es el cuñado del capitán de la policía, Oosthuizen. Se le rompe la máquina y entonces, ¿qué hace? Coge el teléfono, llama a la comisaría, y a primera hora de la mañana tiene treinta pares de manos que le cortan la alfalfa. Así funciona esto aquí, es el sistema.

Terminaron de cortar el terreno casi en la oscuridad, dejando el embalaje para el día siguiente. K se tambaleaba de agotamiento. Sentado en el camión, cerró los ojos y sintió como si se precipitara en un espacio vacío e interminable. Ya en la caseta, cayó en un profundo sueño de muerto. Después, en plena noche, le despertaron los lloriqueos de un bebé. Oyó murmullos de fastidio a su alrededor; todos parecían estar despiertos. Durante lo que parecieron horas, escucharon acostados cómo el pequeño, en alguna de las tiendas, pasaba por fases de lloriqueo, llanto y gritos que le dejaban sin aliento. Anhelando dormir, K sintió que la cólera le invadía. Tumbado con los puños cerrados sobre el pecho, deseó la muerte del niño.

En la caja del camión, entre el zumbido del aire, K mencionó el llanto de la noche.

—¿Quieres saber cómo acallaron por fin al niño? —le dijo Robert—. Con brandy. Brandy y aspirina. Es la única medicina. No hay médico en el campamento, ni enfermera. —Hizo una pausa—. Déjame que te cuente lo que pasó cuando abrieron el campamento, cuando abrieron el nuevo hogar que habían construido para los indigentes, para los ocupantes de tierras de Boontjieskraal y Onderdorp, para los mendigos, los parados, los vagabundos que duermen en las montañas, los expulsados de las granjas. En menos de un mes después de abrir la verja, todos estaban enfermos. Disentería, luego sarampión, después gripe, una detrás de otra. Porque estaban encerrados como animales en jaulas. Vino la enfermera del distrito, ¿y sabes lo que hizo? Pregunta a cualquiera de los que estaban, te lo dirá. Se puso en medio del campamento donde todos la podían ver, y lloró. Miraba a los niños raquíticos sin saber qué hacer, y se quedó allí llorando. Una mujer grande y fuerte. Una enfermera del distrito.

»Pero se llevaron un buen susto —continuó Robert—. Después de esto, empezaron a echar cápsulas en el agua, cavar letrinas, fumigar los insectos y traer cubos de sopa. Pero ¿crees que lo hacen porque nos quieren? Ni hablar. Prefieren que vivamos porque tenemos un aspecto horrible cuando nos ponemos enfermos y morimos. Pero si adelgazáramos, nos convirtiéramos en papel, después en ceniza y nos llevara el viento, no darían ni un céntimo por nosotros. No quieren tener problemas. Quieren irse a la cama con la conciencia tranquila.

—No sé —dijo K—. No sé.

—No ves el fondo —le dijo Robert—. Mira bien en sus corazones y lo verás.

K se encogió de hombros.

—Eres un bebé —le dijo Robert—. Has estado dormido toda tu vida. Ya es hora de que despiertes. ¿Por qué crees que os dan a ti y a los niños su caridad? Porque piensan que sois inofensivos, no tenéis los ojos abiertos, no veis la verdad que os rodea.

Dos días después murió el niño que había llorado durante la noche. Puesto que era una norma estricta de las altas instancias que en ningún caso se estableciera un cementerio dentro o cerca de ningún campamento de algún tipo, lo enterraron en la parte posterior del cementerio de la ciudad. La madre, una chica de dieciocho años, volvió del entierro y no quiso comer. No lloró, simplemente permaneció sentada al lado de su tienda, la mirada perdida en dirección a Prince Albert. No escuchó a los amigos que acudieron a consolarla; cuando la acariciaron, les apartó las manos. Michael K se pasó horas mirándola, apoyado en la cerca donde no lo pudiera ver. ¿Es esta mi educación?, se preguntó. ¿Estoy por fin aprendiendo algo de la vida aquí, en un campamento? Le pareció que la vida se representaba ante él en escenas diferentes, y que todas estaban unidas entre sí. Tuvo el presentimiento de que todas convergían, o amenazaban converger en un significado único, aunque todavía no sabía cuál podía ser.

La chica guardó vigilia una noche y un día, retirándose después al interior de la tienda. Dijeron que seguía sin llorar, y también sin comer. Lo primero que K pensaba cada mañana era: ¿La veré hoy? Era baja y gorda; nadie sabía a ciencia cierta quién había sido el padre del niño, aunque se rumoreó que estaba en las montañas. K no sabía si al fin se había enamorado. Al cabo de tres días, la chica reapareció y reanudó su vida. Viéndola entre otras personas, K no advirtió ninguna señal que la hiciera diferente al resto. Nunca habló con ella.

Una noche de diciembre los habitantes del campamento, alarmados por gritos excitados, saltaron de la cama y vieron en el horizonte, en dirección a Prince Albert, una flor naranja inmensa y bella abriéndose frente a la oscuridad del cielo. Hubo exclamaciones y silbidos de asombro.

—¿Qué os apostáis a que es la comisaría de policía? —gritó alguien.

Se quedaron mirando durante una hora, mientras el fuego subía como una fuente que brota para luego consumirse. Hubo momentos en los que estuvieron seguros de oír voces, gritos y el fragor de las llamas a través de kilómetros de *veld* vacío. Poco a poco la flor enrojeció para luego apagarse, la fuente perdió su fuerza, hasta que sin nada más que ver que un brillo ahumado en la distancia, algunos niños dormidos en brazos y otros frotándose los ojos de sueño, llegó el momento de volver a la cama.

La policía llegó al amanecer. En un pelotón compuesto de veinte policías regulares y jóvenes reservistas, con perros, rifles, y un oficial que desde el techo de una furgoneta gritaba las órdenes por megáfono, bajaron por las filas de tiendas

arrancando los ganchos, desmontando las tiendas, golpeando las siluetas que se movían entre los pliegues. Irrumpieron en las casetas y golpearon a los que dormían. Acorralaron a un muchacho que les había esquivado y había corrido a un rincón detrás de las letrinas, y lo apalearon hasta dejarlo inconsciente; un perro derribó a un niño, al que rescataron gritando de terror, la cabeza lacerada y sangrando. Juntaron a hombres, mujeres y niños medio desnudos, algunos gimoteando, otros rezando, y el resto mudos de miedo, en el espacio común delante de las casetas y les ordenaron sentarse. Desde allí, bajo la mirada de los perros y de los hombres apuntándoles con rifles, observaron al resto del pelotón moverse como un enjambre de langostas por las filas de tiendas, desmantelándolas, lanzando fuera todo lo que contenían, vaciando maletas y cajas, hasta que el lugar pareció un vertedero de basura, ropa, sábanas, comida, cacharros de cocina, loza y artículos de aseo desperdigados por todos lados; después irrumpieron en las casetas y también sembraron allí el caos.

Durante todo el rato, K permaneció sentado con la boina calada hasta las orejas para resguardarse del viento del amanecer. La mujer a su lado sostenía un niño llorando con el trasero al aire, y dos niñas pequeñas, una a cada lado, que se agarraban con fuerza a ella.

—Ven y siéntate aquí conmigo —le susurró K a la niña más pequeña.

Sin dejar de mirar la destrucción que se abatía sobre ellos, saltó por encima de las piernas de K y se quedó dentro del círculo protector de sus brazos chupándose el dedo gordo. Su hermana se unió a ella. Las dos se quedaron de pie muy juntas; K cerró los ojos; el niño siguió pataleando y gimoteando.

Les hicieron ponerse en fila en la verja de entrada y salir de uno en uno. Les obligaron a dejar todo lo que tenían, incluso las mantas que algunos llevaban encima de la ropa de dormir. Un policía con un perro le arrancó el transistor de las manos a una mujer delante de K: lo tiró al suelo y lo pisoteó.

—Nada de radios —explicó.

Fuera de la verja juntaron a los hombres a la izquierda, las mujeres y los niños a la derecha. Cerraron la verja y el campamento se quedó vacío. Entonces el capitán, el hombre rubio y fuerte que había gritado las órdenes, condujo a los dos centinelas del Cuerpo de Voluntarios frente a los hombres en fila junto a la cerca. Los centinelas estaban desarmados y desaliñados: K se preguntó lo que habría pasado en la caseta.

—Ahora decidnos quién falta —dijo el capitán.

Faltaban tres, tres hombres que dormían en una de las otras casetas, con los que K nunca había hablado.

El capitán gritaba a los centinelas que se habían cuadrado delante de él. K pensó primero que gritaba porque estaba acostumbrado al megáfono; pero se hizo evidente enseguida la rabia contenida en sus gritos.

—¡Mira lo que guardamos aquí, en nuestro patio! —gritó—. ¡Un nido de criminales! ¡Criminales, saboteadores y holgazanes! ¡Y vosotros! ¡Los dos! ¡Coméis, dormís, engordáis, y de un día para otro no sabéis dónde están los que supuestamente

vigiláis! ¿Qué creéis que hacéis aquí, dirigir un campamento de verano? ¡Esto es un campamento de trabajo, idiotas! ¡Es un campamento para enseñar a trabajar a los vagos! ¡Trabajar! ¡Y si no trabajan, cerramos el campamento! ¡Lo cerramos y expulsamos a todos estos vagabundos! ¡Largaos y no volváis! ¡Habéis tenido vuestra oportunidad! —Se volvió al grupo de hombres—. ¡Sí, vosotros, bastardos desagradecidos, vosotros, estoy hablando de vosotros! —gritó—. ¡No agradecéis nada! ¿Quién construye casas para vosotros cuando no tenéis donde vivir? ¿Quién os da tiendas y mantas cuando estáis muertos de frío? ¿Quién os atiende, quién os cuida, quién viene todos los días a daros de comer? ¿Y cómo nos pagáis? ¡Está bien, desde ahora os podéis morir de hambre!

Respiró profundamente. El sol surgió a su espalda como una bola de fuego.

—¿Me estáis oyendo? —gritó—. ¡Quiero que todos me oigan! ¡Si queréis guerra, tendréis guerra! ¡Voy a dejar a mis hombres de guardia aquí! ¡A la mierda el ejército! ¡Voy a dejar a mis hombres de guardia, voy a cerrar la verja, y si mis hombres ven a cualquiera de vosotros, hombre, mujer o niño, fuera de la cerca, tienen orden de disparar sin preguntar antes! Nadie va a salir del campamento si no es a trabajar. Nada de visitas, nada de salidas, nada de excursiones. Pasaremos lista por la mañana y por la noche, y todos estaréis presentes para contestar. Ya hemos sido amables con vosotros mucho tiempo.

»¡Y voy a encerrar a estos macacos con vosotros! —Levantó un brazo y señaló con gesto teatral a los dos centinelas todavía en posición de firmes—. ¡Los voy a dejar dentro para enseñarles quién manda aquí! ¡Vosotros! ¿Creéis que no os vigilaba a los dos, que no sé la buena vida que os pegáis, que no sé de vuestros juegucitos con las chicas cuando deberíais estar de guardia?

Este pensamiento pareció exaltarle aún más porque de repente giró y se metió en la caseta, y reapareció un momento después en la puerta llevando la pequeña nevera esmaltada apretada contra el estómago. Su rostro enrojeció por el esfuerzo; su gorra se cayó al rozar el dintel. Dio unos pasos hasta el final del porche, levantó la nevera cuanto pudo y la tiró. Cayó al suelo dando un golpe seco; la parafina del motor empezó a rezumar.

—¿Lo veis? —dijo jadeante.

Colocó la nevera de lado. La puerta se abrió y expulsó con un traqueteo una botella de litro de gaseosa, un bote de margarina, una ristra de salchichas, peras y cebollas sueltas, una botella de plástico con agua y cinco botellas de cerveza.

—¡Ya lo veis! —volvió a decir entre jadeos, mirándoles con furia.

Esperaron toda la mañana sentados al sol, mientras dos policías jóvenes y un ayudante con una camiseta azul que ponía estado de san José por delante y por detrás registraban la basura con lentitud oficiosa. En las casetas encontraron botellas de vino que vaciaron en la tierra. Tiraron a un montón todas las armas que encontraron; un *kierie*, una barra de hierro, un trozo de tubería, un par de tijeras de esquilar, varias navajas. Al mediodía dieron por terminado el registro. La policía hizo entrar de nuevo

a los internos, cerró la verja y desapareció poco después, dejando atrás a dos de los suyos, que pasaron la tarde sentados bajo el toldo observando a la gente de Jakkalsdrif buscar en el revoltijo sus pertenencias.

Por uno de los centinelas nuevos se enteraron más tarde del motivo que había desatado la ira de Oosthuizen sobre ellos. En plena noche se produjo una fuerte explosión en el taller de soldaduras de High Street, seguida de un fuego incontrolable que se extendió al edificio vecino, y desde allí al museo de historia de la ciudad. El museo, de tejado de paja y techos y suelos de madera, había ardido por completo en una hora, aunque se rescataron algunos instrumentos de labranza antiguos expuestos en el patio. La policía encontró pruebas de allanamiento cuando registró a la luz de las antorchas entre los escombros humeantes del taller; y cuando uno de los conductores recordó que al atardecer del día anterior había parado a tres desconocidos en dos bicicletas cerca del desvío de Jakkalsdrif (les avisó de que estaban a punto de saltarse el toque de queda; alegaron que volvían a toda velocidad a Onderdorp, donde vivían; y no volvió a pensar en ellos), parecía evidente que gente del campamento estaba implicada en el incendio premeditado contra la ciudad.

A K le costó poco esfuerzo reunir sus escasas pertenencias; pero otros hombres de las casetas, que tenían baúles o maletas, deambularon desanimados por la basura buscando lo que era suyo. Hubo una pelea por un simple peine de plástico. K se alejó.

Aunque era miércoles, las señoras de la sopa no llegaron. Una delegación de mujeres fue a la entrada a pedir permiso para usar el hornillo del campamento; pero los centinelas dijeron no tener la llave. Alguien, quizá un niño, lanzó una piedra contra la ventana de la cocina.

Tampoco al día siguiente llegó el camión a recoger al grupo de trabajo. A media mañana dos hombres nuevos reemplazaron a los policías.

—Quieren matarnos de hambre —dijo Robert en voz alta para que otros lo oyeran—. Ese fuego es la excusa que buscaban. Ahora van a hacer lo que siempre han querido, encerrarnos y dejarnos morir.

Apoyado en la cerca mirando el *veld*, K meditó las palabras de Robert. Ya no le parecía tan raro pensar que el campamento era un lugar donde se depositaba a la gente para olvidarla. Ya no le parecía una casualidad que el campamento estuviera lejos de la mirada de la ciudad, en una carretera que no conducía a ninguna otra parte. Pero todavía no podía creer que los dos jóvenes de guardia se sentaran despreocupados en el porche de la caseta, bostezando, fumando, entrando de vez en cuando a descansar, mientras la gente moría delante de ellos. Las personas cuando mueren dejan un cuerpo atrás. Incluso las personas que mueren de hambre dejan un cuerpo. Los cuerpos muertos pueden ser tan ofensivos como los cuerpos vivos, si es que es cierto que un cuerpo vivo es ofensivo. Si de verdad quisieran librarse de nosotros, pensó (con curiosidad observó esta idea abrirse paso en su mente como una planta que crece), si de verdad quisieran olvidarse de nosotros para siempre, tendrían que darnos picos y palas y hacernos cavar; luego, cuando estuviéramos agotados de

cavar, después de haber abierto un hoyo profundo en medio del campamento, tendrían que obligarnos a entrar en él y tumbarnos; y cuando todos nosotros estuviéramos tumbados allí, tendrían que destruir las casetas y las tiendas, derribar la cerca y echarnos encima las casetas, la cerca y las tiendas junto a cualquier otro vestigio nuestro, y tendrían que cubrirnos de tierra y después apelmazarla. Quizá *entonces* empezaran a olvidarse de nosotros. Pero ¿quién podría cavar un hoyo tan grande? Seguro que no treinta hombres en nuestro estado actual, ni siquiera con la ayuda de las mujeres, los niños y los viejos, con nada más que picos y palas, en este *veld* duro como la piedra.

Era más propio de Robert que de él, tal y como se conocía a sí mismo, pensar así. ¿Debería admitir que el pensamiento era de Robert y que solo se albergaba en él, o podría decir que el germen era de Robert pero que el pensamiento había crecido en él, y por lo tanto ahora era suyo? No lo sabía.

El lunes por la mañana llegó como de costumbre el camión del Consejo del Distrito para llevarlos al trabajo. Antes de subir, los centinelas verificaron sus nombres en una lista; por lo demás nada pareció haber cambiado. Les dejaron en diferentes granjas del distrito de acuerdo a una hoja que llevaba el conductor. K se encontró reparando cercas con otros dos camaradas. El trabajo era lento porque no utilizaban alambre nuevo sino trozos de alambre usado, que al unirlos se enroscaban en direcciones opuestas. A K le gustó la lentitud y la monotonía de este trabajo. Llegando por la mañana y volviendo por la noche, pasaron una semana en la misma granja; algún día no repararon más de algunos centenares de metros de cerca. Una vez el propietario llamó a K, le dio un cigarrillo y le felicitó.

—Sabes manejar el alambre —le dijo—. Deberías dedicarte a construir cercas. Pase lo que pase, siempre serán necesarios buenos especialistas en este país. Cuando se cría ganado, se necesitan cercas; es así de simple.

A él también le gustaba el alambre, siguió diciendo. Le daba pena tener que utilizar restos, pero no le quedaba otro remedio. Al final de la semana pagó a los tres hombres el jornal establecido, pero además les dio bolsas de fruta y maíz verde, y ropa usada. Había un jersey viejo para K, y para los otros un cartón de cosas usadas para las mujeres y los niños. De vuelta en el camión, uno de los compañeros de K encontró husmeando en la caja una braga de talla muy grande de algodón. La sostuvo a distancia con la punta de los dedos, frunció el ceño y la dejó caer. El viento la arrastró llevándosela en un remolino. Luego volcó el resto de la caja.

Esa noche había alcohol en el campamento y empezó una pelea. Cuando K volvió a mirar, uno de los hombres del Cuerpo de Voluntarios, el que dijo tener diabetes, estaba de pie cerca de la hoguera apretándose el muslo y pidiendo ayuda. Las manos le brillaban de sangre, la pernera del pantalón estaba mojada.

—¿Qué va a ser de mí? —gritaba sin parar.

Se veía rezumar la sangre hasta por los dedos, espesa como el aceite. La gente acudió a mirar de todos lados.

K corrió a la verja, donde los dos policías miraban en dirección al lugar del alboroto.

—Han apuñalado a ese hombre —balbuceó K—. Está sangrando, tienen que llevarle al hospital.

Los guardias intercambiaron una mirada.

—Tráelo —dijo uno—, después ya veremos.

K volvió corriendo. El herido estaba sentado con los pantalones en los tobillos, hablando sin parar, apretándose el muslo del que seguía brotando sangre.

—¡Tenemos que llevarle a la entrada! —gritó K. Era la primera vez que levantaba la voz en el campamento y la gente lo miró con curiosidad—. ¡Llevallo a la entrada, después lo llevarán al hospital!

El hombre asintió con energía desde el suelo.

—¡Llebadme al hospital, mirad cómo sangro! —gritó.

Su compañero, el otro hombre del Cuerpo de Voluntarios, se abrió paso hasta él con una toalla con la que intentó vendar la herida. Alguien tocó a K; era uno de otra caseta.

—Déjalos, deja que se cuiden entre ellos —le dijo.

El grupo empezó a disolverse. Pronto no quedaron más que algunos niños y K, que observó al hombre más joven vendar el muslo del mayor a la luz vacilante.

K nunca supo quién había apuñalado al centinela, ni si se recuperó, porque esa fue su última noche en el campamento. Mientras todos se iban a la cama, K envolvió en silencio sus pertenencias en el abrigo negro, se deslizó fuera y se sentó detrás de la cisterna, donde esperó a que las últimas brasas se enfriaran, a que no se oyera nada más que el viento del *veld*. Esperó una hora más, temblando por estar sentado inmóvil tanto tiempo. Después se quitó los zapatos, se los colgó del cuello, se acercó de puntillas a la cerca detrás de las letrinas, tiró el bulto al otro lado y subió. Hubo un momento, a caballo en la cerca, el pantalón enganchado al alambre, en el que era un blanco fácil frente al cielo azul metálico; después se desenganchó, marchándose de puntillas por un terreno que curiosamente era idéntico al del otro lado de la cerca.

Caminó toda la noche sin sentir fatiga, temblando a ratos de emoción ante la idea de ser libre. Cuando empezó a amanecer, dejó la carretera y continuó por el campo. No vio a ningún ser humano, aunque más de una vez le sobresaltó el ruido de los antílopes que salían de sus escondites y corrían hacia las colinas. La hierba seca y blanca ondeaba al viento, el cielo era azul, su cuerpo rebotaba energía. Caminando en grandes círculos, rodeó una primera granja, después otra. El paisaje estaba tan desierto que a veces era fácil pensar que su pie era el primero en pisar un centímetro concreto de tierra, o en mover un guijarro en particular. Pero cada dos o tres kilómetros había una cerca que le recordaba que era un intruso además de un fugitivo. Cuando se colaba entre las cercas, sentía el placer del artesano ante un alambre tan tenso que zumbaba al pulsarlo. A pesar de todo, no se imaginaba pasándose la vida clavando estacas en el suelo, levantando cercas, dividiendo la tierra. No se veía como

un cuerpo pesado que va dejando un rastro, sino como algo parecido a una partícula liviana sobre la superficie de una tierra demasiado dormida como para notar el rasguño de las patas de las hormigas, el mordisqueo de las mariposas, el revoloteo del polvo.

Subió la última cuesta, el corazón latiéndole más deprisa. Cuando llegó a la cima, la casa apareció a sus pies, primero el tejado y el gablete derruido, después los muros encalados, todo como estaba antes. Seguramente, pensó, seguramente he sobrevivido al último de los Visagie; seguramente cada día que he pasado alimentándome del aire de las montañas o prisionero del tiempo en el campamento ha sido igualmente largo de soportar para ese joven, ya sea comiendo o muriéndose de hambre, dormido o despierto en su escondite.

La puerta trasera no estaba cerrada con llave. Cuando abrió el paño superior de un empujón, algo le saltó casi a la cara, desapareciendo por una esquina: era un gato, un gato enorme con el pelo moteado de negro y rojizo. No había visto nunca antes un gato en la granja.

La casa olía a calor y polvo, pero también a grasa rancia y cuero sin curtir. El olor creció cuando se acercaba a la cocina. Titubeó ante la puerta. Todavía estoy a tiempo, pensó, estoy a tiempo de borrar mis huellas y salir de puntillas. Porque si he vuelto, no ha sido para vivir como han vivido los Visagie, dormir donde han dormido, sentarme en su porche a mirar sus tierras. No me importa si esta casa debe permanecer abandonada para albergar los espíritus de todas las generaciones de los Visagie. No he vuelto por la casa.

La cocina, iluminada por un rayo de sol que entraba por el agujero del tejado, estaba vacía; el olor venía de la despensa, donde, atisbando en la penumbra, K distinguió un flanco de oveja o cabra colgado de un gancho. Alrededor de la carcasa, en la que no quedaban más que huesos unidos por un pellejo apergaminado y gris, revoloteaban todavía moscones verdes.

Salió de la cocina y miró por toda la casa buscando en la penumbra algún rastro del joven Visagie, o alguna pista de su escondite. No encontró nada. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo reciente. La puerta del desván estaba cerrada por fuera con un candado. Los muebles estaban donde siempre habían estado, no había ninguna señal reveladora. De pie en medio del comedor, contuvo la respiración dispuesto a percibir el menor ruido de arriba o abajo; pero el corazón del nieto, si es que había un nieto y estaba aún vivo, latía al mismo compás que el suyo.

Salió a la luz del sol y tomó por el *veld* el sendero hasta la balsa y el prado donde anteriormente había esparcido las cenizas de su madre. Reconoció cada piedra, cada matorral del camino. Se sintió más cómodo cerca de la balsa de lo que se había sentido antes en la casa. Se tumbó y descansó con el abrigo negro enrollado bajo la cabeza, mirando el cielo girar arriba. Quiero vivir aquí, pensó: quiero vivir aquí siempre, donde han vivido mi madre y mi abuela. Es así de fácil. Qué pena que para vivir en estos tiempos uno tenga que estar dispuesto a vivir como una bestia. Quien

quiera vivir, no puede vivir en una casa con luz en las ventanas. Tiene que vivir en un agujero y esconderse durante el día. Uno tiene que vivir sin dejar huella de su vida. A eso hemos llegado.

La balsa estaba seca, la hierba a su alrededor, antes verde, estaba quebrada, blanca, muerta. No había ni rastro de las calabazas ni del maíz que había sembrado. Las hierbas del *veld* se habían adueñado del bancal y crecían con fuerza.

Soltó el freno de la bomba. La rueda chirrió, osciló, vibró y empezó a girar. El pistón subió y bajó. El agua brotó primero en gotas cobrizas, después claras. Todo era como antes, como lo había recordado en las montañas. Mantuvo la mano en la corriente y sintió su fuerza golpearle los dedos; se metió en la balsa, se puso bajo el chorro y, levantando la cabeza como una flor, bebió y se dejó bañar; su deseo de esta agua era insaciable.

Durmió al aire libre y se despertó de un sueño en el que el joven Visagie, hecho un ovillo bajo la tarima en la oscuridad, cubierto de arañas y con el peso enorme del armario aplastándole la cabeza, emitía palabras, súplicas, órdenes o lamentos, no estaba seguro, que no podía oír ni comprender. Se incorporó tenso y agotado. ¡No quiero que me robe mi primer día!, se lamentó. ¡No he vuelto para hacer de niñera! ¡Ha cuidado de sí mismo todos estos meses, deja que siga haciéndolo unos meses más! Envuelto en el abrigo negro, apretó la mandíbula y esperó el amanecer, impaciente por abandonarse a los placeres que se había prometido, el cavar y sembrar, así como por terminar con el asunto de construirse un techo.

Durante toda la mañana recorrió el *veld*, buscando los barrancos poco profundos en la falda de las colinas y las fallas de roca escarpada. A trescientos metros de la balsa, dos colinas bajas como dos pechos redondos se inclinaban una hacia la otra. En el punto de encuentro, los lados formaban una zanja inclinada profunda hasta la cintura y de tres o cuatro metros de largo. El lecho de la zanja tenía una fina gravilla azul oscura; los lados eran de la misma gravilla. Este fue el lugar donde K se instaló. Cogió las herramientas, una pala y un cincel, del cobertizo de la casa. Quitó una plancha de chapa de metro y medio del tejado de un redil. Le costó mucho trabajo rescatar tres estacas de la maraña de cerca rota detrás de los frutales secos. Llevó todo esto a la balsa y se puso a trabajar.

Lo primero fue vaciar los lados de la zanja para que el suelo fuera más ancho que el techo, apelmazando luego el lecho de gravilla. Tapó el lado más estrecho con un montón de piedras. Después colocó las tres estacas en la zanja, y sobre ellas puso la plancha de chapa, sosteniéndola con piedras planas. Ahora tenía una cueva o madriguera de un metro y medio de profundidad. Sin embargo, al retirarse hacia la balsa para examinarla, vio inmediatamente el agujero negro de la entrada. Así que se pasó el resto de la tarde pensando en la manera de disimularlo. Cuando oscureció, se dio cuenta con sorpresa que era el segundo día que pasaba sin comer.

A la mañana siguiente, llevó bolsas llenas de arena de río para esparcirla por el suelo. Sacó piedras planas de los estratos de la colina para construir el muro frontal, y

dejó únicamente una abertura irregular para deslizarse dentro. Hizo una pasta de mortero y hierbas secas con la que rellenó las grietas del techo y los muros. Esparció gravilla sobre el tejado. Durante todo el día no comió ni sintió necesidad de comer; pero notó que trabajaba más despacio, y que había ratos en los que estaba de pie o de rodillas delante del trabajo con la mente en otra parte.

Cuando rellenaba y alisaba con barro las grietas, pensó que la próxima lluvia torrencial arrastraría todo su esmerado trabajo de mortero; sin duda la lluvia inundaría el barranco y entraría en la casa. Tenía que haber puesto un lecho de piedras bajo la arena, pensó; y tenía que haber abierto un canalón. Pero después pensó: No construyo una casa aquí, junto a la balsa, para transmitirla a otras generaciones. Lo que hago debe ser descuidado, improvisado, un cobijo que pueda abandonar sin dolor. Así, si algún día encuentran este lugar o sus ruinas, y comentan con desaprobación «¡Qué seres tan descuidados, qué poco se esmeraban en su trabajo!», no tendrá importancia.

En el cobertizo quedaba un último puñado de semillas de calabaza y melón. Al cuarto día de su regreso, K comenzó a sembrarlas, limpiando para cada semilla un trozo de tierra en el mar de hierba del *veld* que ondeaba sobre el cementerio de la cosecha anterior. Ya no se atrevió a regar la totalidad del prado, porque el verdor de la hierba fresca le delataría. Así pues, regó las semillas una a una, llevando el agua de la balsa en una lata vieja de pintura. Después de este trabajo, ya no le quedaba más que hacer que esperar a que las semillas germinaran, si se daba el caso. Tumbado en su madriguera, pensaba en estos pobres segundos hijos suyos, que comenzaban a esforzarse por crecer en la tierra oscura hacia el sol. Solo tenía el remordimiento de no haberlos tratado bien por haberlos sembrado en los últimos días del verano.

Mientras cuidaba y observaba las semillas, y esperaba que la tierra diera sus frutos, su necesidad de alimentarse disminuyó cada vez más. El hambre era una sensación que ya no tenía y apenas recordaba. Si comía aquello que encontraba, era porque todavía no había dejado de creer que los cuerpos que no comen mueren. Le era indiferente lo que comía. No sabía a nada, o sabía a polvo.

Cuando los alimentos broten de esta tierra, se dijo, recuperaré el apetito porque tendrán sabor.

Después de las penalidades en las montañas y en el campamento, su cuerpo no era más que hueso y músculo. La ropa, hecha ya jirones, le colgaba informe. Pero cuando caminaba por el prado, sentía una alegría profunda por su estado físico. Su paso era tan ligero que apenas tocaba la tierra. Parecía posible volar; parecía posible ser cuerpo y espíritu a la vez.

Volvió a comer insectos. Ya que el tiempo se derramaba sobre él como una corriente infinita, podía pasar mañanas enteras tumbado boca abajo sobre un nido de hormigas, sacando las larvas de una en una con el tallo de una hierba y llevándoselas a la boca. O rascaba la corteza de los árboles muertos en busca de larvas de escarabajo; o derribaba saltamontes en el aire con la chaqueta, les arrancaba la

cabeza, las patas y las alas, y machacaba el cuerpo hasta tener una pasta que dejaba secar al sol.

También comía raíces. No temía envenenarse, pues parecía conocer la diferencia entre el amargor benigno y maligno, como si hubiera sido antes un animal y el conocimiento de las plantas buenas y malas siguiera vivo en su alma.

Su refugio estaba a menos de dos kilómetros de la pista que cruzaba la granja y luego giraba para unirse de nuevo a la carretera secundaria que llegaba hasta las cuencas más lejanas del Moordenaarsvallei. Aunque la pista se usaba poco, había razones para ser cauteloso. Varias veces, cuando oyó el ronroneo lejano de un motor, K tuvo que correr a esconderse. Una vez, mientras paseaba tranquilamente por el río, miró por casualidad hacia arriba y vio pasar muy cerca un carro con un burro, llevado por un anciano con alguien más, una mujer o un niño, a su lado. ¿Le habrían visto? Temeroso de moverse y llamar la atención, se quedó clavado en su sitio a la vista de cualquiera que mirara, y observó la marcha lenta del carro por la pista hasta que desapareció por la siguiente colina.

Esta vigilancia incesante era tan molesta como el ahorro de agua. Las aspas de la bomba no debían ser vistas nunca en movimiento, la balsa debía parecer siempre vacía; por eso únicamente a la luz de la luna, o con miedo al anochecer, se atrevía a soltar el freno, bombear algunos centímetros y llevar el agua a sus plantas.

Una o dos veces descubrió huellas de antílope en el suelo húmedo, pero no le dio importancia. Después, una noche le despertaron los resoplidos y el chacoloteo de pezuñas. Salió a gatas de la casa, oliéndolas antes de verlas: eran las cabras que creyó desaparecidas para siempre al secarse la balsa. Tambaleándose tras ellas, insultándolas, lanzándoles piedras, embriagado de sueño, pero llevado por el deseo de salvar su huerto, se cayó y se clavó un espino en la palma de la mano. Patrulló el prado toda la noche. Las cabras aparecieron al amanecer, diseminadas en las laderas en grupos de dos o tres, esperando su marcha; y tuvo que quedarse todo el día vigilando, ahuyentándolas con piedras de vez en cuando.

Fueron estas cabras silvestres, cuya presencia no solo amenazaba su cosecha, sino también llamaba la atención sobre el terreno, las que le hicieron decidirse: desde ahora descansaría durante el día y se despertaría por la noche para proteger y cultivar la tierra. Al principio solo pudo trabajar en noches de luna: cuando no había luna, permanecía hozando la densa oscuridad, las manos extendidas, temeroso de las sombras amenazadoras que imaginaba a su alrededor. Pero con el paso del tiempo comenzó a adquirir la soltura de un ciego: con una varita que sostenía delante de él, recorría el sendero entre la casa y el prado abierto por su paso, soltaba el freno de la bomba, abría el grifo, llenaba la lata y llevaba el agua de un tallo a otro, retirando la hierba para encontrarlos. Poco a poco perdió el miedo a la noche. Incluso cuando alguna vez se despertaba durante el día y miraba fuera, la claridad intensa le deslumbraba, y volvía a la cama con un extraño resplandor verde en los párpados.

Era el final del verano, y hacía más de un mes que había dejado el campamento

de Jakkalsdrif. No había buscado al joven Visagie, ni tampoco parecía tener la intención de hacerlo. Trató de no pensar en él, pero se sorprendió a veces preguntándose si el joven no habría cavado un agujero en el *veld*, y estar viviendo en otro lugar de la granja una vida paralela a la suya, comiendo lagartijas, bebiendo el rocío, esperando que el ejército le olvidara. No parecía probable.

Evitaba la casa como si fuera un lugar para los muertos, salvo cuando tenía que buscar algún objeto necesario. Le faltaba un medio de hacer fuego, y tuvo la suerte de encontrar en la maleta de los juguetes rotos un telescopio de plástico rojo, cuya lente permitiría concentrar los rayos de sol con suficiente fuerza para sacar humo de un puñado de hierba seca. Cortó unas tiras de una piel de antílope que encontró en el cobertizo, y las usó para hacerse un tirachinas en sustitución del que había perdido.

Podría haber cogido muchas más cosas para hacer más cómoda su vida: una parrilla, una olla, una silla de tijera, planchas de gomaespuma, más morrales. Revolvió entre los restos del cobertizo y no encontró nada que no fuera útil. Pero no quiso llevarse los restos de los Visagie a su casa en la tierra, por no seguir un sendero que podría conducir a la repetición de las desgracias de esa familia. El peor error sería, se dijo, intentar fundar una nueva casa, una línea rival, en sus tímidos inicios junto a la balsa. Incluso sus herramientas tendrían que ser de madera, cuero y tripa, materiales que los insectos se comerían el día en que ya no las necesitara.

Se apoyó en el cuerpo de la bomba y sintió el temblor que la recorría cada vez que el pistón alcanzaba el punto más bajo, y escuchó la rueda enorme rasgar la oscuridad en los rieles bien engrasados por encima de él. Qué suerte no tener hijos, pensó: qué suerte no desear ser padre. No sabría qué hacer aquí, en lo más profundo del país, con un niño que necesitaría leche, ropa, amigos y un colegio. No cumpliría con mi deber, sería el peor de los padres. En cambio no es difícil vivir una vida que consiste únicamente en pasar el tiempo. Soy uno de los afortunados que ha escapado de cualquier vocación. Pensó en el campamento de Jakkalsdrif, en los padres que criaban a sus hijos dentro de la alambrada, sus hijos, y los de sus primos y primos segundos, en una tierra tan endurecida por sus pisadas día tras día, tan quemada por el sol, que nada volvería a crecer en ella. Mi madre fue aquella cuyas cenizas devolví a este lugar, pensó, y mi padre fue Huis Norenius. Mi padre fue el reglamento en la puerta del dormitorio, las veintiuna reglas, la primera de las cuales era «Siempre se guardará silencio en los dormitorios», y el profesor de carpintería al que le faltaban algunos dedos, que me retorcía la oreja cuando la línea no era recta, y los domingos por la mañana, cuando nos poníamos la camisa caqui, los shorts caqui, los calcetines negros y los zapatos negros, y desfilábamos de dos en dos a la iglesia en Papegaaï Street para ser perdonados. Ellos fueron mi padre, y mi madre está enterrada y aún no ha resucitado. Por eso está bien que yo, que no tengo nada que transmitir, pase mi vida aquí, apartado de todo.

Durante el mes después de su regreso, no hubo, que supiera K, ningún visitante. Las únicas huellas recientes en el polvo de la casa eran las suyas y las del gato, que

entraba y salía a su antojo sin que K llegara a averiguar cómo. Un día, dando un paseo por la casa al amanecer, se quedó atónito al ver la puerta principal, que siempre estaba cerrada, abierta de par en par. Se detuvo a menos de treinta pasos del hueco abierto de la puerta, sintiéndose de repente más desnudo que un topo a la luz del día. Se retiró de puntillas al refugio del río, y más tarde volvió silenciosamente a su madriguera.

Durante una semana no se acercó a la casa, y únicamente se deslizó en la oscuridad para cuidar del prado, con el temor de que el mínimo chasquido de un guijarro con otro resonara en el *veld* y le delatara. Las hojas jóvenes de calabaza parecían ahora banderas brillantes verdes proclamando su ocupación de la balsa: extendió con esmero hierba sobre los tallos, incluso pensó en cortarlos. Sin poder dormir, se tumbaba en su cama de hierba bajo el tejado candente, alerta al ruido que anunciara que le habían descubierto.

Pero había momentos en que sus temores parecían absurdos, ráfagas de lucidez en las que se daba cuenta de que, apartado del contacto humano, estaba en peligro de volverse más asustadizo que un ratón. ¿Qué motivos tenía para pensar que la puerta abierta significaba el retorno de los Visagie o la llegada de la policía para llevárselo al tristemente célebre Brandvlei? ¿Por qué habría de alarmarse si algún refugiado se escondía en una granja vacía en una zona desolada de un país inmenso, por cuya superficie peregrinaban a diario como cucarachas cientos de miles de personas huyendo de la guerra? ¿No era cierto que él, o ellos (K se imaginó a un hombre empujando un carro cargado de utensilios caseros y a una mujer andando detrás de él, y a dos niños, uno cogido de la mano de la mujer, el otro sentado sobre el montón de cosas en el carro con un gatito que maullaba en el regazo, todos muertos de cansancio, el viento llenándoles la cara de polvo y enviando nubarrones que cruzaban el cielo rápidamente), que ellos tendrían más motivo de temerle a él, un salvaje, puro pellejo, huesos y harapos, saliendo de la tierra a la hora de los murciélagos, que él de temerlos a ellos?

Pero después pensaba: ¿Y si son de la otra clase? Desertores, policías fuera de servicio que vienen a matar las cabras por gusto, hombres fuertes que se partirían de risa con mis patéticos truquitos, mis calabazas escondidas entre la hierba, mi madriguera disimulada con barro, y me darían una patada en el trasero y me mandarían que me comportara, y me convertirían en un criado para que les cortara la leña, les llevara el agua y persiguiera las cabras hacia sus rifles para que ellos comieran chuletas asadas mientras yo me agacharía detrás de un matorral con un plato de despojos. ¿No sería mejor permanecer escondido de día y de noche, no sería mejor enterrarme en las entrañas de la tierra antes que convertirme en una de sus criaturas? (¿Y si ni siquiera se les ocurriera convertirme en un criado? ¿Al ver a un hombre salvaje encaminarse hacia ellos por el *veld*?, ¿no empezarían a apostar entre sí quién sería el primero en atravesar con una bala la insignia de latón de su gorra?).

Pasaron los días y no sucedió nada. El sol brilló, los pájaros revolotearon entre los

matorrales, el profundo silencio reverberó de un horizonte a otro, y K recobró la tranquilidad. Se pasó un día entero escondido observando la casa, mientras el sol se desplazaba en arco de izquierda a derecha y las sombras se desplazaban por los escalones del porche de derecha a izquierda. La franja más oscura del centro, ¿era una puerta abierta o una puerta cerrada? Estaba muy lejos para distinguirlo. Cuando llegó la noche y salió la luna, se acercó hasta los frutales secos. No había luz ni ruido en la casa. Cruzó el patio de puntillas hasta el comienzo de los escalones donde por fin vio que la puerta estaba abierta, como había debido de estar todo el tiempo. Subió los escalones y entró en la casa. Se paró a escuchar en la oscuridad absoluta del vestíbulo. Todo era silencio.

Pasó el resto de la noche a la espera, tumbado en un saco en el cobertizo. Incluso durmió, aunque no estaba acostumbrado a dormir por la noche. Por la mañana volvió a entrar en la casa. Habían barrido recientemente el suelo y la chimenea. Un olor tenue a humo planeaba todavía en los rincones. En el basurero de detrás del cobertizo, encontró seis latas de carne en conserva nuevas y relucientes, sin etiqueta.

Regresó a su guarida y pasó el día escondido, conmocionado por la certeza de que los soldados habían estado en la granja y de que habían llegado a pie. Si andaban cazando rebeldes en las montañas, persiguiendo desertores, o haciendo simplemente un recorrido de inspección, ¿por qué no habían venido en todoterrenos o en camiones? ¿Por qué eran tan cautelosos, por qué borraban sus huellas? Había muchas explicaciones posibles, mil explicaciones posibles, no podía leer sus pensamientos; lo único que sabía era que solo la pura suerte lo había salvado.

No sacó agua esa noche, con la esperanza de que el sol y el viento secaran el fondo de la balsa. Arrancó más hierba, brazadas de hierba, y la extendió sobre los tallos de calabaza reveladores. Se tumbó y respiró tranquilo.

Pasó un día, y después otro. Entonces, al atardecer, cuando K se encontraba fuera de su casa estirando las piernas, le llamaron la atención unas siluetas moviéndose por la llanura. Se tiró al suelo. Había visto a un hombre a caballo dirigirse a la balsa, y a otro hombre a pie junto a él; también había visto claramente el cañón de un rifle asomarse por la espalda del jinete. Empezó a arrastrarse a su agujero como un gusano, con una única idea en la cabeza: Que la noche caiga pronto, que la tierra me trague y me proteja.

Al abrigo de la ondulación de la colina, cerca de la boca del agujero, asomó la cabeza y echó un último vistazo.

No era un caballo sino un burro, un burro tan pequeño que los pies del jinete casi rozaban el suelo. Más atrás venía un segundo burro, sin jinete pero cargado en los lados con dos bultos grises de gran tamaño sujetos con correas; entre los dos burros contó ocho hombres, y un noveno al final de la comitiva. Todos llevaban rifles; algunos parecían transportar también bultos. Uno de ellos llevaba un pantalón azul, otro uno amarillo, pero el resto llevaba ropa de camuflaje.

Tan silenciosamente como era posible, retrocedió arrastrándose hasta el agujero.

Desde la entrada ya no pudo ver nada de ellos, pero el aire de la noche estaba en calma y los oyó desmontar junto a la balsa, oyó entrechocar los anillos de la cadena cuando soltaron el freno de la bomba, oyó incluso un murmullo de palabras. Alguien subió la alta escalera de la plataforma, y luego bajó.

La oscuridad aumentó, hasta que solo los rebuznos de los burros revelaron la cercanía de los desconocidos. K oyó el golpe seco de un hacha cerca del río; más tarde el contorno de la loma se hizo visible contra el tenue resplandor naranja de una hoguera. Sopló el viento; la palanca basculó, el metal chirrió, la rueda de la bomba dio una vuelta y se paró.

—¿Por qué no sale agua? —Oyó decir claramente.

Hubo más palabras que no entendió, seguidas de carcajadas. Después el viento sopló otra vez, la bomba chirrió y giró, y por las palmas de las manos y las plantas de los pies K percibió el primer choque del pistón en la profundidad de la tierra. Oyó una celebración amortiguada. El viento le llevó el olor a carne asada.

K cerró los ojos y reposó la cara entre las manos. Ahora sabía que no eran soldados los que acampaban en la balsa y antes habían acampado en la casa, sino hombres venidos de las montañas, esos hombres que dinamitaban las vías de tren, minaban las carreteras, atacaban las granjas, dispersaban el ganado, cortaban las comunicaciones entre las ciudades, esos hombres que la radio daba por exterminados y cuyas fotos tirados en el suelo con la boca abierta en charcos de sangre publicaban los periódicos. Esos eran los visitantes. Pero a él le recordaron más a un equipo de fútbol: once hombres jóvenes que salen del campo después de un partido difícil, cansados, felices, hambrientos.

El corazón le latía con fuerza. Cuando se marchen mañana, pensó, podría salir de mi escondite y trotar detrás de ellos como un niño que sigue a una fanfarria. Al cabo de un rato notarían mi presencia, y pararían a preguntarme lo que quiero. Y yo podría decirles: «Dejadme llevar un bulto; dejadme cortar la leña y encender una hoguera al final del día». O también podría decirles: «No dejéis de volver a la balsa la próxima vez, os daré de comer. Para entonces tendré calabazas, calabacines y melones, tendré higos, higos chumbos y melocotones, no os faltará de nada». Y volverían la próxima vez de paso hacia las montañas o allí adonde vayan por la noche, y les daría de comer, y me sentaría luego con ellos alrededor del fuego bebiendo de sus palabras. Sus historias serán diferentes de las historias que he oído en el campamento, porque el campamento era para los olvidados, las mujeres y los niños, los viejos, los ciegos, los lisiados, los idiotas, gente que no cuenta más que historias de supervivencia. Mientras que estos hombres jóvenes han tenido aventuras, triunfos y derrotas, fugas. Tendrán historias que contar mucho después del fin de la guerra, historias para el resto de sus vidas, historias que sus nietos escucharán boquiabiertos.

Pero en el mismo instante en que se agachaba para comprobar si tenía el cordón de los zapatos atado, K supo que no se arrastraría fuera, no se levantaría ni pasaría de la penumbra a la claridad de la hoguera para darse a conocer. Incluso sabía por qué:

porque ya se habían marchado suficientes hombres a la guerra afirmando que el momento de cultivar volvería cuando la guerra acabara; pero tenía que haber hombres que se quedaran para mantener el cultivo vivo, o al menos la idea de cultivar; porque una vez que ese cordón estuviese roto, la tierra se volvería dura y olvidaría a sus hijos. Esta era la razón.

Entre esta razón y el hecho de que no iba a darse a conocer, quedaba sin embargo un hueco más ancho que la distancia que le separaba de la hoguera. Siempre, cuando intentaba explicarse a sí mismo, quedaba un hueco, un agujero, una oscuridad que su razón evitaba, en la que era inútil derramar palabras. Las palabras desaparecían, el hueco permanecía. Su historia siempre tenía un hueco: era una historia equivocada, siempre equivocada.

Recordó las clases en Huis Norenius. Paralizado de miedo, miraba fijamente el problema delante de él mientras el profesor patrullaba entre las filas de pupitres contando los minutos que les quedaban para dejar los lápices y ser divididos en listos y torpes. Doce hombres se comen seis bolsas de patatas. Cada bolsa contiene seis kilos de patatas. ¿Cuál es el cociente? Se vio escribir 12, se vio escribir 6. No sabía lo que hacer con los números. Tachó los dos. Contempló la palabra «cociente». No cambió, no desapareció, no desveló su misterio. Me moriré, pensó, sin saber lo que es el cociente.

Permaneció despierto casi toda la noche escuchando la balsa llenarse poco a poco, mirando de vez en cuando a la luz de las estrellas si los burros descansaban o seguían mordisqueando sus calabazas. Después debió de dormitar, pues lo siguiente que oyó fue a alguien más abajo pisar con fuerza la hierba, dando palmadas y persiguiendo a los burros; las montañas ya se perfilaban azules en el cielo rosa. El viento estaba en calma, el aire transportaba sonidos tenues: el tintineo de una hebilla, el choque de una cuchara en un cuenco, el chapoteo del agua.

Ahora, pensó, despertándose del todo, ahora tengo mi última oportunidad: ahora. Se deslizó fuera de la madriguera, se arrastró hacia delante y miró por el desnivel de la loma.

Un hombre salía de la balsa. Surgió del agua fría de la noche, subió al muro y se secó con una toalla blanca, mientras la primera luz del día brillaba en su cuerpo desnudo y húmedo.

Dos hombres cargaban un burro, uno sostenía la brida, el otro colocaba y sujetaba sobre el lomo dos bultos de lona voluminosos, y un paquete tubular alargado, también envuelto en lona.

El resto del grupo estaba detrás del muro de la balsa; en algún momento, K vio una cabeza moverse.

El hombre del muro reapareció ya vestido. Se agachó y abrió el grifo. El agua salió con fuerza, extendiéndose por los surcos que K había cavado durante su primera estancia, inundando el prado.

Es un error, pensó K, es una señal.

El mismo hombre bloqueó el freno de la bomba.

En una larga fila irregular, empezaron a marchar por el *veld* hacia el este, en dirección a las montañas, un burro a la cabeza de la fila, el otro a la cola, y el sol ya en el borde del mundo, dándoles de lleno en el rostro. K los observó desde la loma hasta que no fueron más que puntos que se movían entre la hierba amarilla, pensando: No es demasiado tarde para correr tras ellos, no es aún demasiado tarde. Cuando al fin desaparecieron, salió a inspeccionar la pradera inundada y ver el destrozo hecho por los burros.

Sus huellas estaban por todas partes. No solo habían mordido los tallos, sino que también los habían pisoteado en muchos sitios. Los largos tallos rotos serpenteaban entre la hierba, las hojas retorcidas y marchitas; las escasas semillas con fruto, pequeñas nueces verdes del tamaño de una canica, habían sido devoradas. Había perdido la mitad de la cosecha. Salvo esto, los desconocidos no habían dejado señales de su paso. La hoguera estaba tan bien cubierta de tierra y piedras que reconoció el lugar únicamente por el calor. La balsa hacía tiempo que estaba vacía; cerró el grifo.

Subió la ladera por detrás de su guarida, se tumbó en la cima y miró al sol. No había nada que ver. Se habían fundido en el paisaje.

Soy como una madre cuyos hijos se han marchado de casa, pensó: no me queda más que limpiar y escuchar el silencio. Me hubiera gustado darles de comer, pero he alimentado únicamente a sus burros, que hubieran podido comer hierba. Se metió en la guarida, se tumbó con desgana y cerró los ojos.

Más tarde esa mañana le despertó el ruido de un helicóptero. Pasó por encima, siguiendo el curso del río. Quince minutos después volvió, continuando rápidamente hacia el norte.

Verán la tierra inundada, pensó. Verán la hierba más verde. Verán el verdor de las calabazas. Sus hojas les saludan como banderas. Desde el aire pueden ver todo, todo lo que por su naturaleza no se esconde bajo la tierra. Debería cultivar cebollas.

Todavía hay tiempo de huir a las montañas, pensó, aunque solo sea a esconderme en una cueva. Pero la desgana le inmovilizaba. Deja que vengan, pensó, qué más da. Volvió a dormirse.

Durante una semana fue más cuidadoso que nunca. No salía de la guarida para nada en todo el día, y regaba tan poco los tallos restantes que las hojas languidecieron y los zarcillos se marchitaron. Arrancó los tallos mordisqueados. Si de cada flor sale un fruto, se dijo, mirando lo que quedaba, no tendré ni cuarenta calabazas; si vuelven con los burros, no tendré ninguna. Ya no se trataba de tener una cosecha abundante, sino de recoger lo suficiente para que la semilla no muriese. Habrá otro año, se consolaba, otro verano para probar de nuevo.

Era el final del verano. Tras días de bochorno y grandes bancos de nubes, estalló una tormenta. El barranco se inundó, obligando a K a salir de su casa. Se refugió al abrigo del muro de la balsa, empapado, sintiéndose como un caracol sin concha. Al cabo de una hora dejó de llover, los pájaros empezaron a cantar, el arco iris apareció

al oeste. Arrastró la estera de hierba empapada fuera de la guarida y esperó a que la corriente parase. Después hizo una pasta de barro y empezó a emplastar de nuevo el tejado y los muros.

Los burros no volvieron, ni los once hombres, ni el helicóptero. Las calabazas crecieron. Por la noche K se deslizaba entre ellas y acariciaba su suave corteza. Cada noche eran más grandes. Con el paso del tiempo, dejó crecer de nuevo en su pecho la esperanza de que todo iría bien. Se despertaba durante el día y miraba el prado; bajo el camuflaje de hierba, alguna calabaza le enviaba un destello discreto.

Entre las semillas que había sembrado había una de melón. Dos melones verde claro crecían ya al final del prado. Le pareció que quería a estos dos, a los que consideraba como dos hermanas, más todavía que a las calabazas, a las que veía como un grupo de hermanos. Puso almohadillas de hierba bajo los melones para que la piel no se dañara.

Después llegó la noche en que cortó la primera calabaza madura. Había crecido antes y más deprisa que las demás en el centro del prado; K la había señalado como el primer fruto, el primogénito. La corteza era blanda, la navaja se hundió en ella sin esfuerzo. La pulpa, aunque tenía todavía un círculo verde en el extremo, era de un naranja intenso. En la parrilla de alambre que había hecho, puso las rodajas de calabaza sobre un lecho de brasas, y su brillo creció más a medida que oscurecía. La fragancia de la pulpa asada subió al cielo. Diciendo las palabras que le habían enseñado, no dirigiéndolas hacia arriba, sino hacia la tierra en la que estaba arrodillado, rezó: «Te damos gracias por lo que vamos a recibir». Con dos pinchos de alambre, dio la vuelta a las rodajas, y al hacerlo sintió de pronto inundarse su corazón de gratitud. Era exactamente como lo habían descrito, como un torrente de agua tibia. Ahora ya está hecho, se dijo. No me queda más que vivir aquí tranquilamente el resto de mi vida, comiendo los alimentos que mi propio trabajo saca de la tierra. No me queda más que cuidar la tierra. Se llevó la primera rodaja a la boca. Tras la piel chamuscada y crujiente, la pulpa era tierna y jugosa. La masticó con lágrimas de alegría en los ojos. La mejor, pensó, la mejor calabaza que he probado nunca. Por primera vez desde que había llegado al campo, sintió gusto al comer. El sabor de la primera rodaja dejó en su boca una sensualidad dolorosa. Apartó la parrilla de las brasas, y cogió una segunda rodaja. Los dientes atravesaron la corteza hasta alcanzar la pulpa tierna y caliente. Qué calabaza, pensó, podría comer una calabaza como esta todos los días de mi vida y no cansarme nunca.

¡Y sería ya perfecta con una pizca de sal... con una pizca de sal, un dado de mantequilla, unos granos de azúcar, y un poco de canela espolvoreada por encima! Mientras comía la tercera rodaja, la cuarta, la quinta, hasta que no quedó más que la mitad de la calabaza y tenía el estómago lleno, K se sumió en el recuerdo del sabor de la sal, de la mantequilla, del azúcar, de la canela, uno por uno.

Pero la maduración de las calabazas trajo una nueva preocupación. Porque si había sido posible ocultar los tallos, las calabazas mismas formaban huecos que,

incluso de lejos, daban al prado un aspecto extraño, como si un rebaño de corderos durmiera en la hierba crecida. K hizo lo posible por extender la hierba sobre las calabazas, pero no se atrevió a cubrirlas completamente, porque era el preciado sol del final del verano el que las hacía madurar. Lo único que podía hacer era recolectarlas cuanto antes, antes de que se marchitaran los tallos, y llevárselas de allí, aunque algunas tuvieran todavía manchas verdes en la corteza.

Los días eran cada vez más cortos, las noches más frías. Algunas veces K tenía que ponerse el abrigo negro para trabajar en el prado; dormía con los pies envueltos en un saco y las manos entre los muslos. Dormía cada vez más. Cuando acababa el trabajo ya no se sentaba fuera a mirar las estrellas y escuchar la noche, ni se paseaba por el *veld*, sino que se metía en su agujero y dormía profundamente. Dormía toda la mañana. Al mediodía empezaba a despertarse en intervalos de languidez y sueños intermitentes, bañado por el calor suave que emanaba del techo; y cuando el sol se ocultaba, salía, se desperezaba y bajaba al río a cortar leña, hasta que ya no se veía nada.

Había cavado un hoyo para que la hoguera no se viera de lejos, y construido un túnel de ventilación. Después de comer, colocaba dos losas de piedra encima del hoyo y esparcía tierra sobre ellas. Las brasas se mantenían así incandescentes hasta la noche siguiente. En la tierra alrededor del hoyo se desarrolló una variada gama de insectos, atraídos por el calor constante y benigno.

No sabía en qué mes vivía, aunque suponía que era abril. No había llevado la cuenta de los días, ni registrado los cambios de luna. No era ni un preso ni un naufrago, su vida junto a la balsa no era una condena que debía cumplir.

Se había convertido en una criatura del crepúsculo y de la noche hasta el punto de que la luz del día le hacía daño a los ojos. Ya no necesitaba seguir los senderos en sus paseos alrededor de la balsa. El tacto más que la vista, cierta presión en los ojos y la piel de la cara, le avisaba de cualquier obstáculo. Sus ojos permanecían desenfocados durante horas y horas como los de un ciego. También había aprendido a guiarse por el olfato. Inspiraba profundamente el olor claro y dulce del agua extraída de las entrañas de la tierra. Le embriagaba, nunca era suficiente. Aunque no conocía sus nombres, distinguía un matorral de otro por el olor de las hojas. Olía la proximidad de la lluvia en el aire.

Pero sobre todo, a medida que el verano llegaba a su fin, aprendió a amar la indolencia, no la indolencia de los fragmentos de libertad robados furtivamente al trabajo forzado, hurtos clandestinos saboreados en cuclillas tras un macizo de flores con el rastrillo entre las manos, sino la de una entrega de su ser al tiempo, a un tiempo que discurría tan lentamente como el aceite de un horizonte a otro de la cara del mundo, lavando su cuerpo, circulando por las axilas e ingles, agitando sus párpados. Cuando tenía trabajo, no se sentía contento ni descontento; daba lo mismo. Podía tumbarse toda la tarde con los ojos abiertos, mirando las ondas y las manchas de óxido de la plancha del tejado; su mente no se desviaba, no veía más que la

plancha, las líneas no se transformaban en dibujos o fantasías; él era él mismo tumbado en su propia casa, el óxido no era más que óxido, todo lo que se movía era tiempo, y le llevaba a él en su curso. Una o dos veces, el otro tiempo en el que existía la guerra se materializó cuando los cazas supersónicos pasaron a gran altura. Pero por lo demás vivía fuera del alcance del calendario o del reloj, en un rincón por fortuna olvidado, medio despierto, medio dormido. Como un parásito dormitando en el intestino, pensó; como una lagartija debajo de una piedra.

«Parásito» era la palabra que había utilizado el capitán de la policía: el campamento de Jakkalsdrif, un nido de parásitos viviendo a costa de la ciudad limpia y soleada, sacándole la sustancia sin dar nada a cambio. Pero para K, tumbado con pereza en el lecho, pensando sin pasión (¡Y a mí qué me importa!, se dijo), ya no estaba tan claro quién era el anfitrión y quién el parásito, el campamento o la ciudad. Si el gusano devora a la oveja, ¿por qué la oveja se traga al gusano? ¿Y si hubiera millones, más millones de los que se suponen, que viven en los campamentos, viven de la caridad, viven de la tierra, viven del ingenio, y se esconden en los rincones para escapar de esta época, demasiado listos como para sacar la bandera, llamar la atención sobre ellos y dejarse censar? ¿Y si el número de anfitriones fuera muy inferior al de parásitos, los parásitos de la pereza y todos los parásitos secretos del ejército, de la policía, de los colegios, de las fábricas, de las oficinas, los parásitos del corazón? ¿Podríamos hablar entonces de parásitos? Los parásitos también tenían carne y sustancia; los parásitos podrían también tener sus predadores. En realidad, que se declarase al campamento un parásito de la ciudad, o la ciudad un parásito del campamento, solo dependía de quién levantara más la voz.

Pensó en su madre. Le había pedido que la trajera a su lugar de nacimiento, y así lo había hecho, aunque quizá nada más que por una confusión. Pero ¿y si esta granja no era su verdadero lugar de nacimiento? ¿Dónde estaba la cochera con los muros de piedra de la que le había hablado? Se propuso visitar a la luz del día el patio de la granja, las barracas de la ladera y el rectángulo de tierra desnuda junto a ellas. Si mi madre ha vivido aquí, seguro que lo sabré, se dijo. Cerró los ojos e intentó recrear en su imaginación las paredes de adobe y el tejado de paja de sus historias, el jardín de chumberas, los pollos que corrían hacia el pienso esparcido por la niña descalza. Y detrás de esta pequeña, en la entrada, el rostro en la sombra, buscó a una segunda mujer, la mujer que había traído a su madre al mundo. Cuando mi madre agonizaba en el hospital, pensó, cuando sabía que su final se acercaba, no era a mí a quien miraba, sino a alguien detrás de mí: a su madre o al fantasma de su madre. Para mí era una mujer, pero ella se consideraba aún una niña que llama a su madre para que la coja de la mano y la ayude. Y su propia madre, en la vida oculta que no vemos, era también una niña. Vengo de un linaje de niños interminable.

Trató de imaginarse una figura solitaria en el origen del linaje, una mujer con un vestido gris informe, no nacida de ninguna madre; pero cuando tuvo que pensar en el silencio en el que ella vivía, el silencio del tiempo antes del principio, su mente lo

evitó.

Ahora que dormía tanto, los animales volvieron a comer en el prado, liebres y pequeños antílopes grises. No le habría importado si solo hubieran mordisqueado los extremos de los tallos; pero le daban ataques de rabia sorda cuando mordían el tallo y dejaban marchitar el fruto. No sabía lo que haría si perdía sus dos queridos melones. Pasó horas intentando construir un cepo de alambre, pero no consiguió que funcionara. Una noche se hizo la cama en medio del prado. El claro de luna le mantuvo despierto, cualquier susurro le sobresaltaba, el frío le entumecía los pies. Todo sería tan fácil, pensó, si hubiera una cerca alrededor de la balsa, una cerca de tupida tela metálica, anclada treinta centímetros bajo tierra para evitar las madrigueras.

Tenía un sabor constante a sangre en la boca. Tuvo diarrea, y se mareaba al levantarse. A menudo sentía el estómago como un puño apretado en mitad de su cuerpo. Se obligó a comer más calabaza de la que le apetecía; le mitigaba la opresión del estómago pero no mejoraba su estado. Intentó cazar pájaros, pero había perdido su habilidad con el tirachinas tanto como su antigua paciencia. Mató una lagartija y se la comió.

Todas las calabazas maduraban al mismo tiempo, los tallos se volvían amarillos y se marchitaban. K no había pensado dónde guardarlas. Probó a cortar la pulpa en rodajas y secarlas al sol, pero se pudrieron y atrajeron a las hormigas. Con las treinta calabazas formó una pirámide cerca de su madriguera; parecía una señal luminosa. No podía enterrarlas, necesitaban calor y sequedad, eran criaturas del sol. Finalmente las depositó a intervalos de cincuenta pasos entre la maleza del río; para camuflarlas, preparó una pasta de barro y pintó manchas en cada corteza.

Después maduraron los melones. Se comió estos dos hijos en días sucesivos, con la esperanza de que le sanaran. Luego creyó sentirse mejor, aunque todavía estaba débil. El color de la pulpa recordaba al tono naranja del sedimento del río. No había probado nunca una fruta tan dulce. ¿De dónde venía este dulzor? ¿Cuánto procedía de la semilla, cuánto de la tierra? Juntó todas las semillas y las extendió para dejarlas secar. De una semilla salía un puñado: esto era lo que significaba *la generosidad de la tierra*.

Llegó un día en que, por primera vez, K no salió de la guarida para nada. Se despertó por la tarde sin sentir hambre. Soplaba un viento frío, no había nada que necesitara su cuidado, el trabajo del año ya estaba hecho. Se dio media vuelta y se volvió a dormir. Cuando recobró el sentido, amanecía y los pájaros cantaban.

Perdió la noción del tiempo. A veces, cuando se despertaba sofocado bajo el abrigo negro, las piernas envueltas en el saco, sabía que era de día. Permanecía tumbado largos ratos en un letargo gris, demasiado cansado para liberarse del sueño. Notaba que sus funciones vitales se ralentizaban. Se le está olvidando respirar, se decía, pero continuaba tumbado sin respirar. Levantaba una mano pesada como el plomo y se la ponía en el corazón: muy lejos, como en otro país, sentía algo que se

dilataba y se contraía lánguidamente.

Durmió durante ciclos celestes completos. Una vez soñó que un anciano le zarandeaba. El anciano llevaba harapos y olía a tabaco. Se agachó, agarrando a K por el hombro.

—¡Tienes que abandonar la granja! —le dijo. K intentó zafarse de él, pero el anciano le apretó más—. ¡Tendrás problemas! —le susurró.

También soñó con su madre. Caminaba con ella por las montañas. A pesar de tener las piernas hinchadas, era joven y bella. Él movía los brazos en grandes círculos de un horizonte a otro: se sentía feliz y entusiasmado. Las líneas verdes de los ríos destacaban entre el color pardo de la tierra; no había casas ni carreteras por ningún lado; el viento estaba en calma. Por sus gestos exagerados, por los brazos que surcaban el aire como molinos de viento, se dio cuenta de que estaba en peligro de perder el equilibrio y caer por el borde de la pared rocosa a la inmensa ligereza del espacio entre el cielo y la tierra; pero no tuvo miedo, sabía que flotaría.

A veces se despertaba sin saber si había dormido un día, una semana o un mes. Pensó que quizá ya no controlaba del todo su cuerpo. Tienes que comer, se decía, y se esforzaba en levantarse y buscar una calabaza. Pero volvía enseguida a relajarse, a estirar las piernas y a bostezar con un placer tan dulce que no deseaba nada más que tumbarse y dejar que le inundara. No tenía apetito; comer, coger cosas y tragarlas a la fuerza por la garganta para introducir las en su cuerpo, le parecía una actividad extraña.

Poco a poco su sueño se volvió más ligero y los períodos de vigilia más frecuentes. Le invadían secuencias de imágenes tan rápidas e inconexas que era incapaz de seguirlas. Se revolvía inquieto, insatisfecho del descanso, pero demasiado exhausto para levantarse. Empezó a tener dolores de cabeza; apretaba los dientes, retorciéndose de dolor con cada latido de sangre en el cráneo.

Hubo una tormenta. K apenas se dio cuenta mientras los truenos resonaron en la lejanía. Pero después un rayo estalló directamente por encima de él y empezó a diluviar. El agua se infiltró por los lados de la madriguera; bajó a raudales por el barranco, arrastrando la capa de mortero e inundando su dormitorio. Se incorporó, la cabeza y los hombros agachados bajo el tejado. No había otro sitio mejor adonde ir. Dormitó apoyado en un rincón en medio del torrente, el abrigo empapado pegado al cuerpo.

Salió a la luz del día tiritando de frío. El cielo estaba cubierto, no tenía ningún medio de hacer fuego. No se puede vivir así, pensó. Deambuló por el campo, pasó junto a la bomba. Todo le era familiar, pero se sintió como un extraño o un fantasma. Había grandes charcos en el suelo y, por primera vez, agua en el río: un caudal rápido, marrón, de unos metros de ancho. Al otro lado, algo pálido destacaba entre la gravilla azul grisácea. ¿Qué es, se preguntó asombrado, un gran champiñón blanco que ha salido con la lluvia? Con sorpresa, se dio cuenta de que era una calabaza.

No dejaba de tiritar. No tenía fuerza en las extremidades; cuando puso un pie

delante del otro, lo hizo con prudencia, como un anciano. De repente tuvo que sentarse, y se sentó en la tierra húmeda. Las tareas que le aguardaban le parecían muy numerosas y muy duras. Me he despertado demasiado pronto, pensó, no he dormido lo suficiente. Pensó que debía comer para evitar el mareo, pero su estómago no estaba preparado. Se obligó a imaginarse un té, una taza de té caliente con mucho azúcar; bebió a cuatro patas de un charco.

Todavía estaba sentado cuando le descubrieron. Oyó el motor de los vehículos cuando estaban a mucha distancia, pero creyó que eran truenos lejanos. Hasta que no llegaron a la entrada de la granja no los vio ni se dio cuenta de quiénes eran. Se levantó, se mareó, y se volvió a sentar. Uno de los vehículos se detuvo delante de la casa, el otro, un todoterreno, avanzó hacia él dando tumbos por el *veld*. Había cuatro hombres; los vio acercarse; le invadió el desánimo.

Al principio, estaban dispuestos a tomarle por un simple vagabundo, un alma perdida que la policía habría acabado por detener y llevar a Jakkalsdrif.

—Vivo en el *veld* —dijo contestando sus preguntas—. No vivo en ninguna parte.

Tuvo que reposar la cabeza en las rodillas: sentía un martilleo en el cráneo y un gusto a bilis en la boca. Uno de los soldados le levantó el brazo con dos dedos, balanceándolo. K no lo retiró. Sintió el brazo como algo ajeno, un palo que salía de su cuerpo.

—¿De qué creéis que vive? —preguntó el soldado—. ¿De moscas, hormigas, langostas?

K no veía más que sus botas.

Cerró los ojos; durante un rato estuvo ausente. Luego alguien le dio una palmada en el hombro y le tendió algo: era un sándwich, dos rebanadas gruesas de pan blanco con mortadela. Se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—¡Come, hombre! —dijo su benefactor—. ¡Recupera tus fuerzas!

Cogió el sándwich y le dio un mordisco. Antes de empezar a masticarlo, las náuseas le revolvieron el estómago. Con la cabeza entre las piernas, escupió el bocado de pan y fiambre y devolvió el sándwich.

—Está enfermo —dijo una voz.

—Ha bebido —dijo otra.

Pero un poco más tarde descubrieron su casa; después de la lluvia, la piedra de la parte frontal había quedado visiblemente al descubierto. Primero se asomaron uno a uno a gatas para echar un vistazo. Después levantaron el tejado y dejaron al descubierto el ordenado interior, la pala y el hacha, el cuchillo, la cuchara, el plato y el tazón en una repisa horadada en la gravilla, la lupa, el lecho de hierba húmeda. Llevaron a K a enfrentarse a su obra, sosteniéndole erguido, tratándole ya sin contemplaciones. Las lágrimas le resbalaron por el rostro.

—¿Has hecho esto? —le preguntaron. Asintió—. ¿Estás aquí solo? —Asintió.

El soldado que lo sostenía le retorció bruscamente el brazo a la espalda. K bufó de dolor.

—¡Di la verdad! —dijo el soldado.

—Es la verdad —dijo K.

Llegó también el camión; el aire se llenó de voces y de los chirridos e interferencias del radiotransmisor; los soldados se agolparon para ver a K y la casa que había construido.

—¡Dispersaos! —gritó uno de ellos—. ¡Quiero que se registre toda la zona! ¡Buscamos senderos, buscamos agujeros y túneles, buscamos cualquier clase de depósito! —Bajó la voz. Llevaba un uniforme de camuflaje como todos los demás; K no vio ninguna insignia que indicara que estaba al mando—. Ya veis cómo son —dijo. Miraba sin cesar a su alrededor, no parecía hablar a nadie en particular—. Piensas que no hay nada, y resulta que el suelo bajo tus pies está infestado de túneles. Echas un vistazo en un sitio como este, y jurarías que no hay ni un alma viviente en kilómetros a la redonda. Pero te das media vuelta y salen reptando de la tierra. Pregúntale cuánto tiempo lleva aquí. —Se volvió hacia K y levantó la voz—. ¡Tú! ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde el año pasado —dijo K, sin saber si era una mentira buena o mala.

—¿Y cuándo vienen tus amigos? ¿Cuándo vuelven tus amigos?

K se encogió de hombros.

—Pregúntale otra vez —dijo el oficial dándose media vuelta—. Sigue preguntándole. Pregúntale cuándo vuelven sus amigos. Pregúntale cuándo estuvieron aquí por última vez. A ver si tiene lengua. A ver si es tan idiota como parece.

El soldado que sostenía a K le agarró la nuca con el pulgar y el índice y lo empujó hacia abajo hasta que estuvo de rodillas, hasta que su cara tocó la tierra.

—Ya has oído al oficial —dijo—. Venga, cuéntame. Cuéntame tu historia.

Le quitó la boina de un manotazo y le apretó con fuerza la cara contra la tierra. Con la nariz y los labios aplastados, K saboreó el suelo húmedo. Suspiró. Lo levantaron y lo mantuvieron de pie. No abrió los ojos.

—Háblanos de tus amigos —dijo el soldado.

K sacudió la cabeza. Le asestaron un golpe terrible en la boca del estómago y se desmayó.

Se pasaron la tarde buscando las reservas de víveres y armas que estaban seguros de que se encontraban allí escondidas. Primero peinaron la zona alrededor de la balsa, más tarde registraron exhaustivamente la orilla del río. Uno de ellos utilizaba un aparato con auriculares y una caja negra: K le observó moverse despacio por la pendiente de la margen del río, introduciendo una barra en el terreno donde la tierra era blanda. Descubrieron muchas de las calabazas, quizá todas: soldados jóvenes regresaban una y otra vez cargados con calabazas, que tiraban en un montón al final del prado. Las calabazas les convencieron aún más de que había reservas escondidas. («¿Por qué si no iban a dejar a este idiota aquí?», oyó decir K.)

Querían interrogarle otra vez, pero estaba demasiado débil. Le dieron un té, que se bebió, y trataron de razonar con él.

—Estás enfermo, hombre —le dijeron—. Mírate, mira cómo te tratan tus amigos. No les importa lo que te pase. ¿Quieres irte a casa? Te llevaremos a casa y podrás empezar una nueva vida.

Lo sentaron contra una rueda del todoterreno. Uno de ellos recogió la boina y la dejó caer en su regazo. Le dieron una rebanada de tierno pan blanco. Se tragó un bocado, se inclinó a un lado, y lo vomitó junto con el té.

—Dejadle en paz, está acabado —dijo alguno.

K se limpió la boca con la manga. Estaban de pie en círculo a su alrededor; tuvo la sensación de que no sabían qué hacer. Habló.

—No soy lo que creen —dijo—. Estaba dormido y me han despertado, eso es todo.

No parecieron comprenderlo.

Establecieron el cuartel en la casa. En la cocina instalaron su propio hornillo; K pronto olió los tomates cocinándose. Alguien había colgado una radio en un gancho del porche; el aire estaba lleno de ritmos eléctricos, nerviosos, que le desasosegaron.

Lo instalaron en la habitación al final del pasillo, sobre una lona doblada, tapado con una manta. Le dieron leche caliente y dos pastillas que dijeron que eran aspirinas, y que no vomitó. Por la noche un muchacho le llevó un plato de comida.

—A ver si al menos comes un poco —dijo.

Dirigió al plato la luz de la linterna. K vio dos salchichas en una salsa espesa y puré de patata. Negó con la cabeza y se volvió hacia la pared. El muchacho dejó el plato junto a la cama. («Por si cambias de opinión»). Después no le volvieron a molestar. Dormitó inquieto durante un rato, con náuseas por el olor de la comida. Al fin se levantó y puso el plato en un rincón. Algunos soldados estaban en el porche, otros en el salón. Se oían charlas y risas en la oscuridad.

A la mañana siguiente llegó la policía de Prince Albert con perros para ayudar en la búsqueda de túneles y víveres escondidos. El capitán Oosthuizen reconoció a K inmediatamente.

—¿Cómo se me va a olvidar una cara como esta? —dijo—. Este bufón se escapó de Jakkalsdrif en diciembre. Se llama Michaels. ¿Qué nombre le ha dicho?

—Michael —dijo el oficial del ejército.

—Es Michaels —afirmó el capitán Oosthuizen. Golpeó las costillas de K con la punta de la bota—. No está enfermo, tiene siempre el mismo aspecto. ¿Eh, Michaels?

Llevaron a K otra vez a la balsa, donde vio a los perros arrastrar a sus dueños por todos los rincones del prado y de las orillas del río, jadeantes de excitación, tirando de la correa, pero incapaces de guiarlos a otro lugar que no fueran las madrigueras de puercoespín vacías y los cepos para liebres. Oosthuizen dio a K un coscorrón en la cabeza.

—¿Qué significa esto, monigote? —dijo—. ¿Nos estás tomando el pelo?

Metieron a los perros en la furgoneta. Todos comenzaron a perder interés en la búsqueda. Los soldados jóvenes charlaban de pie al sol, bebiendo café.

K se sentó con la cabeza entre las rodillas. Aunque tenía la mente despejada, no podía controlar el mareo. Un hilillo de espuma le rezumó por la boca; no se molestó en detenerlo. La lluvia lavará cada grano de esta tierra, se dijo, el sol lo secará y el viento lo dispersará antes de que la estación cambie. No quedará un grano con mis huellas, igual que mi madre que, tras su paso por la tierra, ahora está limpia, dispersa y transformada en hojas de hierba.

Pero ¿qué es, pensó, lo que me ata a este trozo de tierra como a un hogar que no puedo abandonar? Al final todos debemos dejar el hogar, todos debemos abandonar a nuestras madres. ¿O es que quizá no soy más que un niño, uno más de un linaje de niños, tan niños que ninguno de nosotros puede abandonarlo, y tenemos que volver a morir aquí, en el regazo de nuestras madres, yo en el suyo, ella en el de su madre, y así uno tras otro, generación tras generación?

Hubo una fuerte explosión, y a continuación una segunda explosión. El aire tembló, hubo un clamor de pájaros, las colinas retumbaron y resonaron en un eco. K miró a su alrededor desconcertado.

—¡Mirad! —dijo un soldado, y señaló con el dedo.

Donde estaba antes la casa de los Visagie había ahora una nube gris y naranja, que no era neblina sino polvo, como si un torbellino se llevara la casa. Después la nube dejó de crecer, su volumen se redujo y empezó a emerger un esqueleto: parte del muro posterior con la chimenea; tres de los pilares que sostenían el porche. Una plancha del tejado se precipitó al suelo sin hacer ruido. Las resonancias continuaron, pero K ya no sabía si venían de las colinas o de su cabeza.

Las golondrinas pasaron volando tan cerca del suelo que podría haberlas tocado con la mano extendida.

Después hubo más explosiones, pero ni siquiera se molestó en mirar, adivinando que los edificios restantes habían desaparecido. Pensó: Los Visagie ya no tienen ningún sitio donde esconderse.

El todoterreno regresó dando tumbos por el *veld*. A su alrededor lo recogían y lo guardaban todo. Pero en el prado un soldado seguía trabajando en solitario. Sacaba con la pala mojoneros de hierba y los colocaba cuidadosamente a un lado. Con cierto nerviosismo, K se levantó y se dirigió hacia él.

—¿Qué hace? —gritó.

El soldado no contestó. Empezó a cavar un hoyo poco profundo, dejando la tierra sobre una hoja de plástico negro. K vio que era el tercer hoyo que cavaba: junto a los otros dos había montoncitos de tierra sobre las hojas de plástico y mojoneros de hierba con la tierra todavía colgando de las raíces.

—¿Qué hace? —volvió a preguntar.

La visión de este desconocido cavando su tierra le trastornó más de lo que había imaginado.

—Déjeme hacerlo —se ofreció—. Estoy acostumbrado a cavar.

Pero el soldado le indicó que se fuera. Tras completar el tercer hoyo, se alejó

ocho pasos y colocó otra hoja de plástico.

Cuando la pala mordió la tierra, K se agachó y cubrió la hierba con las manos.

—¡Por favor, amigo mío! —le dijo.

El soldado retrocedió, exasperado. Alguien apartó a K por el cuello.

—Mantenlo lejos de aquí —dijo el soldado.

K se quedó mirando cerca de la bomba. Cuando hubo cavado cinco hoyos en zigzag, el soldado desenrolló un largo cordón blanco para marcar la zona. Dos de sus camaradas trajeron un cajón del camión y comenzaron a colocar las minas. Después de depositar y cebar cada una, el primer soldado plantaba el mojón de hierba, lo cubría con puñados de tierra, alisaba la superficie y barría todas las huellas con un cepillo, retirándose a gatas.

—Largo de aquí —dijo alguien detrás de K—. Vete a esperar allí, junto al camión.

Era el oficial. Cuando se retiraba, K oyó sus instrucciones:

—Atad dos entre los soportes, a la altura de la cintura. Poned otra debajo de la plataforma. Cuando tropiecen con ella, quiero que todo salte por los aires.

Todo estaba cargado, estaban a punto de irse, K montado en la caja del camión entre los soldados, cuando alguien señaló el montón de calabazas que habían dejado a un lado del prado.

—¡Cargadlas! —gritó el oficial desde el todoterreno. Cargaron las calabazas—. ¡Y arreglad esa perrera suya para que tenga el mismo aspecto de antes! —ordenó. Todos esperaron mientras volvían a colocar el tejado—. ¡Piedras para sostenerlo, tal y como estaba! ¡Daos prisa!

Se marcharon dando tumbos y sacudidas por la pista, detrás del todoterreno. K se agarró a la correa por encima de su cabeza; notó que sus vecinos mantenían el cuerpo rígido para evitar su roce. Se levantó una nube de polvo que no le permitió ver lo que dejaba atrás.

Se inclinó hacia el joven soldado que tenía enfrente.

—¿Sabe? —dijo—, había un chico escondido en esa casa.

El soldado no lo entendía. K tuvo que repetirlo.

—¿Qué dice? —preguntó alguien.

—Dice que había otro chico escondido en la casa.

—Dile que ahora está muerto. Dile que está en el paraíso.

Después de un rato llegaron al cruce. El camión aceleró, los neumáticos empezaron a sisear, los soldados se relajaron y el polvo desapareció, dejando ver detrás de ellos la larga línea recta de la carretera a Prince Albert.

## 2

Hay un paciente nuevo en la sala, un pobre viejo que se ha desplomado durante el entrenamiento físico y ha ingresado con la respiración y el pulso muy débiles. Presenta todos los síntomas de malnutrición prolongada: piel agrietada, llagas en las manos y en los pies, encías sangrantes. Le sobresalen las articulaciones, pesa menos de cuarenta kilos. Según dicen, lo encontraron completamente solo en un lugar apartado del Karoo, dirigiendo un puesto de apoyo de la guerrilla que opera en las montañas, escondiendo armas y cultivando alimentos, aunque claramente sin comérselos. He preguntado a los guardias que lo trajeron por qué obligaron a hacer ejercicio físico a un hombre en su estado. Fue un descuido, han dicho: llegó con los nuevos, los trámites se alargaron, el sargento al mando quiso darles algo que hacer mientras esperaban, así que les hizo correr allí mismo. ¿Y no se ha dado cuenta de que este hombre no podía?, he preguntado. El prisionero no se quejó, han contestado: dijo que estaba bien, que siempre había sido delgado. ¿Es que no saben distinguir entre un hombre delgado y un esqueleto?, he preguntado. Se han encogido de hombros.

He estado discutiendo con Michaels, el nuevo paciente. Insiste en que no le pasa nada, solo quiere algo para el dolor de cabeza. Dice que no tiene hambre. De hecho, no puede retener la comida. Le mantengo con suero, que intenta quitarse débilmente.

Aunque tiene el aspecto de un viejo, dice tener solo treinta y dos años. Puede que sea verdad. Viene de El Cabo y conoce el hipódromo de la época en que todavía era un hipódromo. Le ha divertido saber que esto era el vestuario de los jockeys.

—Con mi peso, también podría ser un jockey —ha dicho.

Trabajaba de jardinero para el Ayuntamiento, pero perdió el empleo y se fue a buscar fortuna al campo, llevándose a su madre.

—¿Dónde está ahora tu madre? —le he preguntado.

—Hace crecer las plantas —ha contestado, evitando mi mirada.

—¿Quieres decir que ha muerto? —he dicho (¿criando malvas?).

Ha negado con la cabeza.

—La quemaron —dijo—. El pelo le ardía como una aureola alrededor de la cabeza.

Suelta una frase así tan tranquilo, como si hablara del tiempo. No estoy seguro de que sea totalmente de nuestro mundo. Intentas imaginártelo dirigiendo un puesto de apoyo de rebeldes y piensas que tu mente empieza a desvariar. Probablemente alguien llegó, le invitó a una copa, le pidió que cuidara de un rifle y fue demasiado tonto o inocente para negarse. Está encerrado por rebelde, pero apenas sabe que estamos en guerra.

Ahora que Felicity lo ha afeitado, he tenido la oportunidad de examinarle la boca. Una simple fisura incompleta, con un ligero desplazamiento del septum. El paladar está intacto. Le he preguntado si alguna vez habían tratado de corregirle esta malformación. No lo sabía. Le he comentado que la operación es sencilla, incluso a su edad. ¿Se dejaría operar llegado el caso? Su contestación (cito): «Soy como soy. Nunca tuve mucho éxito con las chicas». He querido decirle que, chicas aparte, las cosas le irían mejor si pudiera hablar como todo el mundo; pero no he dicho nada, por no herirle.

Le he hablado de él a Noël.

—No podría organizar una partida de dardos, mucho menos un puesto de apoyo —le he dicho—. Es una persona de mente débil que por azar se metió en una zona de guerra y no tuvo la sensatez de escapar. Debería estar en un lugar protegido, tejiendo cestas o ensartando cuentas, no en un campamento de reeducación.

Noël ha sacado el informe.

—Según esto, Michaels es un pirómano. También es un prófugo de un campamento de trabajo. Cuando le capturaron, tenía un huerto floreciente en una granja abandonada y alimentaba a la guerrilla local. Esta es la historia de Michaels.

He negado con la cabeza.

—Han cometido un error —he dicho—. Le han confundido con otro Michaels. Este Michaels es un idiota. Este Michaels no sabe encender una cerilla. Si este Michaels tenía un huerto floreciente, ¿por qué se estaba muriendo de hambre?

—¿Por qué no comías? —le he preguntado a Michaels de vuelta en la sala—. Dicen que tenías un huerto. ¿Por qué no te alimentaste?

Su respuesta:

—Me despertaron mientras dormía. —He debido de quedarme perplejo—. No necesito comer cuando duermo.

Dice que se llama Michael, y no Michaels.

Noël me presiona para que acelere la rotación. Hay ocho camas en la enfermería y, en este momento, dieciséis pacientes, los otros ocho están alojados en la antigua sala de pesaje. Noël me pregunta si puedo tratarlos y darles el alta más deprisa. Le contesto que no tiene sentido dar el alta a un paciente con disentería en un campamento a menos que quiera desatar una epidemia. Por supuesto no quiere una epidemia, dice; pero en el pasado ha habido algún caso de simulación, y quiere acabar con ellos. La dirección es responsabilidad suya, le contesto, y los pacientes la mía, esto es lo que implica ser un oficial médico. Me da palmaditas en la espalda.

—Estás haciendo un buen trabajo, no pongo eso en duda —dice—. Pero no quiero que piensen que somos blandos.

Se hace el silencio entre nosotros; miramos las moscas en la ventana.

—Pero somos blandos —le comento.

—Puede que seamos blandos —contesta—. Puede que en el fondo estemos incluso conspirando un poco. Puede que pensemos que si un día llegan y nos procesan a todos, alguien dé un paso adelante y diga: «Dejad en paz a esos dos, eran blandos». Quién sabe. Pero no me refiero a eso. Me refiero a los números. Ahora tienes más ingresos que altas en la enfermería, y mi pregunta es: ¿Vas a hacer algo al respecto?

Al salir de su despacho vimos a un cabo que izaba la bandera naranja, azul y blanca en un asta en medio de la pista, a un quinteto que tocaba «Uit die blou», la corneta desafinada, y a seiscientos hombres alicaídos, en posición de firmes, descalzos, en su ropa caqui de décima mano, dejándose reeducar. Hace un año todavía intentábamos hacerlos cantar; pero a eso hemos renunciado.

Esta mañana Felicity sacó a Michaels para que tomara el aire. Lo encontré sentado en la hierba con la cara alzada hacia el sol como una lagartija, y le he preguntado si se encontraba bien en la enfermería. Fue inesperadamente locuaz.

—Me alegro de que no haya radio —ha dicho—. En el otro sitio donde estuve había una radio puesta todo el tiempo.

Al principio pensé que se refería a otro campamento, pero resultó que se refería a esa institución dejada de la mano de Dios donde pasó su infancia.

—Había música toda la tarde hasta las ocho. Se colaba como el aceite por todos lados.

—La música era para manteneros tranquilos —le he explicado—. Si no, quizá os hubierais peleado y tirado las sillas por las ventanas. La música era para apaciguar vuestro corazón salvaje.

No sé si lo entendió, pero sonrió con su sonrisa torcida.

—La música me ponía nervioso —ha dicho—. Me intranquilizaba, no podía pensar mis pensamientos.

—¿Y qué pensamientos querías pensar?

Él:

—Pensaba en volar. Siempre quería volar. Extendía los brazos y pensaba que volaba sobre las cercas y entre las casas. Volaba justo por encima de las cabezas de la gente, pero no me veían. Cuando ponían la música, me sentía demasiado nervioso para hacerlo, para volar.

E incluso nombró una o dos de las canciones que más le molestaban.

Lo he cambiado a la cama que está junto a la ventana, lejos del muchacho con el tobillo roto que le ha tomado manía, a saber por qué, y le miente y se burla durante todo el día. Al menos ahora, cuando se incorpora ve el cielo y el final del asta. «Come un poco más y podrás salir de paseo», le digo para intentar persuadirle. Pero lo que realmente necesita es fisioterapia, de la que no disponemos. Es como uno de

esos juguetes hecho de palitos unidos por gomas. Necesita una dieta progresiva, ejercicio moderado y fisioterapia para poder reincorporarse pronto a la vida del campamento y tener la posibilidad de desfilar a lo largo y ancho del hipódromo, gritar eslóganes, saludar a la bandera y entrenarse en cavar hoyos y volver a llenarlos.

Oído sin querer en la cantina: «A los niños les resulta difícil adaptarse a la vida en un piso. Echan mucho de menos el amplio jardín y sus mascotas. Tuvimos que irnos a toda prisa: nos avisaron tres días antes. Me dan ganas de llorar cuando pienso en lo que hemos dejado». La que habla es una mujer de cara sonrosada con un vestido de lunares, la esposa, creo, de uno de los suboficiales. (Cuando sueña con su casa abandonada, ve a un desconocido tirarse en las sábanas con las botas puestas, o abrir el congelador y escupir en el helado). «No me pidas que no esté resentida», ha dicho. Su compañera es una mujer pequeña y delgada que no he reconocido, con el pelo peinado hacia atrás como un hombre.

¿Cree alguno de nosotros en lo que hacemos aquí? Lo dudo. Y mucho menos su marido suboficial. Nos entregan un hipódromo viejo y una gran cantidad de alambrada, y nos ordenan cambiar el alma humana. Como no somos expertos en el alma, pero suponemos con cautela que debe de tener alguna conexión con el cuerpo, mantenemos ocupados a nuestros cautivos con flexiones y desfiles arriba y abajo. También los hacemos trabajar con piezas del repertorio de la banda, y les proyectamos películas donde jóvenes con uniformes cuidados enseñan a los mayores del lugar cómo se lucha contra los mosquitos y se aran los desniveles. Al final del proceso, los declaramos limpios y los enviamos a los batallones de trabajo para que transporten agua y caven letrinas. En los grandes desfiles militares siempre hay una compañía de los batallones de trabajo que desfila delante de las cámaras, entre los tanques, los proyectiles y la artillería de campo, para probar que podemos transformar a los enemigos en amigos; pero he notado que desfilan llevando palas, y no rifles.

De vuelta al campamento después de un domingo libre, me presento en la verja con la impresión de ser un espectador que saca una entrada, RECINTO A, dice el cartel en la entrada principal, SOLO SOCIOS Y OFICIALES, dice el cartel en la entrada de la enfermería. ¿Por qué no los han quitado? ¿Creen que el hipódromo volverá a abrir uno de estos días? ¿Hay todavía gente en algún sitio entrenando caballos de carreras, convencida de que, después de toda esta agitación, el mundo volverá a ser como antes?

Ya no tenemos más que doce pacientes. Pero Michaels no mejora. Es evidente que se trata de una degeneración de la pared intestinal. Lo he vuelto a poner a leche

desnatada.

Está tumbado boca arriba, mirando a la ventana y al cielo, las orejas le sobresalen del cráneo desnudo, y sonrío su sonrisa. Cuando lo trajeron, tenía un paquetito en papel de estraza que guardó bajo la almohada. Ahora se ha acostumbrado a sostener el paquetito en su pecho. Le he preguntado si contenía a su *muti*.

—No —ha dicho, y me ha mostrado unas semillas secas de calabaza.

Esto me ha conmovido.

—Tienes que seguir con la jardinería cuando se acabe la guerra —le he dicho—. ¿Piensas volver al Karoo?

Se ha mostrado reservado.

—Claro que también hay buena tierra en la Península, bajo todos esos prados de césped. Estaría bien ver de nuevo cultivos en la Península.

No ha contestado. Le he cogido el paquetito de las manos, y lo he deslizado bajo la almohada... para mayor seguridad. Cuando he vuelto una hora después, estaba dormido y chupaba la almohada como un bebé.

Se parece a una piedra, un guijarro que, tras haber estado tranquilamente en la tierra, ocupándose de sus cosas desde el origen de los tiempos, de repente ahora lo recogen y lo lanzan al azar, pasando de mano en mano. Una piedra pequeña y dura, apenas consciente de lo que la rodea, arrojada en sí misma y en su vida interior. Pasa por estas instituciones, campamentos, hospitales, y Dios sabe qué otros sitios, como una piedra. Por las entrañas de la guerra. Una criatura inconsciente, irresponsable. No puedo verlo como un adulto, aunque sea mayor que yo según todos los indicios.

Su situación es estable, la diarrea está controlada. Pero el pulso es débil, la tensión baja. La noche pasada se quejó de frío, aunque las noches sean cada vez más cálidas, y Felicity tuvo que darle un par de calcetines. Esta mañana, cuando he querido mostrarme amable, me ha rechazado.

—¿Cree que si me deja en paz me voy a morir? —ha dicho—. ¿Por qué quiere hacerme engordar? ¿Por qué tanta atención, por qué soy tan importante?

No estaba de humor para discutir. He intentado agarrarle la muñeca; la ha apartado con una fuerza sorprendente, moviendo un brazo parecido a una pata de insecto. Lo he dejado hasta que he acabado la ronda, después he vuelto. Quería decirle algo.

—Me preguntas por qué eres importante, Michaels. La respuesta es que no eres importante. Pero esto no quiere decir que debemos olvidarte. No se olvida a nadie. Recuerda los gorriones. Cinco gorriones valen muy poco, y aun así no los olvidamos.

Ha contemplado el techo durante un buen rato, como un anciano consultando a los espíritus, después ha hablado.

—Mi madre se pasó la vida trabajando. Fregaba los suelos de otros, cocinaba para ellos, lavaba sus platos. Lavaba su ropa sucia. Fregaba sus baños después de que los

usaran. Se arrodillaba y limpiaba el retrete. Pero cuando estaba vieja y enferma, la olvidaron. La apartaron de su vista. Cuando murió, la arrojaron al fuego. Me dieron una caja vieja de cenizas y me dijeron: «Aquí está tu madre, llévatela, no nos sirve».

El muchacho del tobillo roto fingía dormir, pero era todo oídos.

He respondido a Michaels con tanta energía como he podido; no tenía sentido abundar en su autocompasión.

—Hacemos por ti lo que debemos hacer —le he dicho—. No eres especial, puedes estar tranquilo. Cuando estés mejor tendrás que fregar muchos suelos y limpiar muchos retretes. En cuanto a tu madre, estoy seguro de que solo has contado parte de la historia, y estoy seguro de que lo sabes.

Sin embargo, tiene razón: es verdad que le presto demasiada atención. Al fin y al cabo, ¿quién es él? Por un lado, tenemos una marea de desplazados del campo que buscan seguridad en las ciudades. Por otro lado, tenemos la gente cansada de vivir hacinada en una habitación y comer poco, que sale de las ciudades para poder subsistir en el campo abandonado. ¿Quién es Michaels sino uno más entre la multitud que compone esta segunda clase? Un ratón que abandona un barco sobrecargado a punto de hundirse. Pero, como era un ratón de ciudad, no sabía vivir de la tierra y empezó a tener mucha hambre. Y después tuvo la suerte de que lo encontraran y lo remolcaran de nuevo a bordo. ¿Qué motivo tiene para estar tan resentido?

Noël ha recibido una llamada de la policía de Prince Albert. Ayer por la noche atacaron el embalse de agua de la ciudad. Dinamitaron la bomba y una sección de la canalización. Mientras esperan a los ingenieros, tendrán que arreglarse con agua de manantial. El tendido eléctrico exterior también ha volado. Es evidente que se hunde otro de los barcos pequeños, mientras los barcos grandes siguen surcando las aguas en la oscuridad, cada vez más solitarios, crujiendo por el peso de la carga humana. A la policía le gustaría tener otra oportunidad de hablar con Michaels sobre los responsables, es decir, sobre sus amigos de las montañas. Y si no puede ser, quiere que le hagamos algunas preguntas.

—¿No lo han hecho ya una vez? —me he quejado a Noël—. ¿Para qué interrogarle por segunda vez? Está muy enfermo para trasladarlo, y en cualquier caso, no es responsable de sí mismo.

—¿Está muy enfermo para hablar con nosotros? —me ha preguntado Noël.

—No muy enfermo, pero no le sacarás nada razonable —le he dicho.

Noël ha vuelto a sacar los documentos de Michaels y me los ha enseñado. En *Categoría*, he leído *Opgaarder* escrito en la caligrafía esmerada de un policía rural.

—¿Qué es un *opgaarder*? —he preguntado.

Noël:

—Algo como una ardilla, una hormiga o una abeja.

—¿Es una nueva especialidad? ¿Ha ido a la escuela de *opgaarder* y ha obtenido

una insignia de *opgaarder*?

Llevamos a Michaels en pijama y con una manta sobre los hombros al almacén del final de la tribuna. Había latas de pintura y cajas de cartón apiladas contra la pared, telarañas en cada rincón, mucho polvo en el suelo y ningún sitio donde sentarse. Michaels nos hizo frente malhumorado, sujetándose la manta con energía, sus dos piernas de alambre clavadas firmemente en el suelo.

—Te has metido en un buen lío, Michaels —dijo Noël—. Tus amigos de Prince Albert se han portado muy mal. Se han convertido en un problema. Necesitamos encontrarlos y hablar con ellos. Creemos que no nos prestas toda tu ayuda. Pero ahora tienes una segunda oportunidad. Queremos que nos hables de tus amigos: dónde se esconden, cómo podemos encontrarlos.

Encendió un cigarrillo. Michaels no se movió ni apartó la mirada de nosotros.

—Michaels —dije—, Michael... algunos de nosotros ni siquiera estamos seguros de que tuvieras algo que ver con los rebeldes. Si nos convences de que no trabajabas para ellos, nos ahorrarías muchos problemas, y tú mismo te ahorrarías mucho sufrimiento. Así que dime, dile al comandante: ¿qué hacías realmente en esa granja cuando te detuvieron? Porque todo lo que sabemos es lo que hemos leído en esos informes de la policía de Prince Albert, y, francamente, lo que dicen no tiene sentido. Dinos la verdad, dinos toda la verdad, y podrás volver a la cama, no te molestaremos más.

Le vi replegarse en sí mismo, apretándose la manta alrededor del cuello, mirándonos con rabia.

—¡Vamos, amigo! —le dije—. ¡Nadie te va a hacer daño, cuéntanos solo lo que queremos saber!

El silencio se alargó. Noël no habló, dejándome a mí el peso de la conversación.

—¡Vamos, Michaels! —dije—. ¡No tenemos todo el día, estamos en guerra!

Por fin habló:

—Yo no estoy en guerra.

La irritación me invadió.

—¿Que no estás en guerra? ¡Por supuesto que estás en guerra, hombre, lo quieras o no! ¡Esto es un campamento, y no un hotel de vacaciones, ni una casa de reposo: esto es un campamento donde reeducamos a la gente como tú y la hacemos trabajar! ¡Vas a aprender a llenar bolsas de arena y cavar hoyos, amigo mío, hasta que se te partan los riñones! ¡Y si no cooperas, irás a un sitio mucho peor! ¡Irás a un sitio donde te pasarás el día achicharrándote al sol, y comerás peladuras de patata y mazorcas de maíz, y si no sobrevives, mala suerte, tacharán tu número de la lista y ese será tu final! ¡Así que venga, habla, el tiempo se acaba, dinos lo que hacías allí para redactar el informe y mandarlo a Prince Albert! El comandante es un hombre muy ocupado, no está acostumbrado a perder el tiempo, ha dejado la reserva para dirigir este agradable campamento y ayudar a personas como tú. Tienes que cooperar.

Replegado todavía en sí mismo, preparado a esquivarme si me abalanzaba sobre

él, contestó.

—Las palabras no se me dan bien —dijo, nada más. Se humedeció los labios con su lengua de lagartija.

—¡No nos interesa si las palabras se te dan bien o mal, hombre, solo queremos que nos digas la verdad!

Sonrió con malicia.

—Ese jardín que tenías —dijo Noël—, ¿qué cultivabas allí?

—Era un huerto.

—¿Para quién eran las hortalizas? ¿A quién se las dabas?

—No eran mías. Eran de la tierra.

—Te he preguntado que a quién se las dabas.

—Los soldados las cogieron.

—¿Te molestó que los soldados cogieran tus hortalizas?

Se encogió de hombros.

—Lo que crece es de todos. Todos somos hijos de la tierra.

Entonces intervine.

—Tu propia madre está enterrada en la granja, ¿no es así? ¿No me dijiste que tu madre estaba enterrada allí?

Su rostro se cerró como una piedra, y yo continué, olfateando la ventaja.

—Me contaste la historia de tu madre, pero el comandante no la conoce. Cuéntasela al comandante.

Volví a notar que se angustia cuando tiene que hablar de su madre. Sus pies se retorcieron en el suelo y se humedeció la fisura del labio.

—Háblanos de tus amigos que salen en plena noche a incendiar granjas y matar a las mujeres y los niños. Quiero oír eso —dijo Noël.

—Háblanos de tu padre —dije—. Hablas mucho de tu madre, pero nunca mencionas a tu padre. ¿Qué ha sido de tu padre?

Cerró la boca con obstinación, esa boca que nunca se cerrará del todo, y la mirada le brilló con furia.

—¿No tienes hijos, Michaels? —dije—. ¿A tu edad, no tienes mujer e hijos escondidos en alguna parte? ¿Por qué estás solo? ¿Dónde está tu baza de futuro? ¿Quieres que la historia se acabe contigo? Sería una historia muy triste, ¿no crees?

Se hizo un silencio tan denso que lo sentí como un timbre en el oído, el mismo silencio que encuentras en los pozos de las minas, los sótanos, los refugios antiaéreos, los lugares sin aire.

—Michaels, te hemos traído aquí para que hables —dije—. Te damos una buena cama y mucha comida, puedes pasarte el día tumbado cómodamente contemplando los pájaros pasar volando por el cielo, pero esperamos algo a cambio. Llegó la hora de pagar tus deudas, amigo mío. Tienes una historia que contar, y nosotros queremos oírla. Empieza por donde quieras. Háblanos de tu madre. Háblanos de tu padre. Háblanos de tu visión de la vida. Y si no quieres hablarnos de tu madre, ni de tu

padre, ni de tu visión de la vida, háblanos de tu última explotación agrícola, y de tus amigos de las montañas que aparecen de vez en cuando para hacerte una visita y descansar. Dinos lo que queremos saber, y después te dejaremos en paz.

Hice una pausa; él seguía con la mirada pétrea.

—*Habla*, Michaels —continué—. Ya ves lo fácil que es hablar, así que ahora *habla*. Escúchame, escucha lo fácil que es llenar esta habitación de palabras. Conozco gente que puede hablar todo el día sin cansarse, que puede llenar de palabras mundos enteros. —Noël me miró, pero continué—: Dale un poco de sustancia a tu vida, amigo mío, si no vas a pasar por ella completamente inadvertido. Serás solo un dígito en la columna de las unidades al final de la guerra, cuando hagan la gran resta para calcular la diferencia, nada más. ¿Quieres ser solo uno de los muertos? Quieres vivir, ¿no? ¡Entonces *habla*, haz oír tu voz, cuenta tu historia! ¡Te escuchamos! ¿En qué otro lugar del mundo vas a encontrar dos caballeros educados y civilizados dispuestos a oír tu historia todo el día, y si es preciso toda la noche, y además a tomar notas?

Noël abandonó la habitación sin avisar.

—Espera aquí, vuelvo enseguida —ordené a Michaels; y salí deprisa.

Paré a Noël en el pasadizo oscuro, y traté de negociar con él.

—Nunca le sacarás nada razonable —le dije—, seguro que te das cuenta. Es un idiota, y ni siquiera un idiota interesante. Es un pobre ser indefenso, al que han dejado emigrar al campo de batalla, al campo de batalla de la vida, me atrevería a decir, cuando en realidad deberían haberlo encerrado en una institución rodeada de muros altos, a rellenar cojines o regar las flores. Escúchame, Noël, tengo que pedirte algo importante. Déjale marchar. No intentes sacarle una historia a golpes...

—¿Quién ha hablado de golpes?

—... No intentes exprimirle una historia, porque en realidad no hay una historia. No sabe lo que hace, en el sentido más profundo de la expresión: durante días le he observado, y estoy convencido de eso. *Inventa algo para el informe*. ¿Cuántos crees que componen esa banda de rebeldes de Swartberg? ¿Veinte hombres? ¿Treinta hombres? Pon que te ha dicho que eran veinte hombres, siempre los mismos veinte. Venían a la granja cada cuatro, cinco, seis semanas, nunca le decían cuándo iban a volver. Sabía sus nombres, pero no los apellidos. Inventa una lista de nombres. Inventa una lista de las armas que llevaban. Cuenta que tenían un campamento en algún lugar de las montañas, nunca le dijeron exactamente dónde, salvo que estaba muy alto, que se tardaba dos días en llegar a pie desde la granja. Cuenta que dormían en las cuevas y que había mujeres con ellos. Y niños. Esto será suficiente. Escribe todo en un informe y envíalo. Será suficiente para que nos dejen en paz y podamos continuar con nuestro trabajo.

Estábamos fuera, al sol, bajo el cielo azul de primavera.

—Así que quieres que cuente mentiras y les ponga mi firma.

—No son mentiras, Noël. Probablemente hay más verdades en la historia que te acabo de contar que en la que le sacarías a Michaels si le torturas.

—¿Y si ese grupo no vive en las montañas? ¿Y si viven cerca de Prince Albert, de día trabajando con normalidad, y luego, cuando los niños duermen, sacan los rifles escondidos debajo de la tarima y actúan en la oscuridad, poniendo bombas, provocando incendios, aterrorizando a la gente? ¿Has pensado en esta posibilidad? ¿Por qué tienes tanto interés en proteger a Michaels?

—¡No le protejo, Noël! ¿Quieres pasar el resto del día en este sucio agujero, forzando la declaración de un pobre idiota que confunde el culo con las tómporas, que tiembla en los pantalones cuando piensa en su madre con el cabello en llamas que le visita en sueños, un tipo que cree que los niños nacen en las matas de col? ¡Noël, tenemos cosas más importantes que hacer! *No hay nada que buscar ahí*, te lo repito, y si lo entregas a la policía, llegará a la misma conclusión: ahí no hay nada, no hay ningún dato que tenga el mínimo interés para la gente sensata. ¡Le he observado, lo sé! No vive en nuestro mundo. Tiene un mundo propio.

En resumidas cuentas, Michaels, te he salvado gracias a mi elocuencia. Inventaremos una historia para satisfacer a la policía, y en vez de volver a Prince Albert esposado, sentado en un charco de orina en la caja de la furgoneta, podrás echarte entre sábanas limpias, y escuchar el arrullo de las palomas en los árboles, dormir, pensar tus propios pensamientos. Espero que algún día me lo agradezcas.

Sin embargo, es sorprendente que hayas sobrevivido treinta años a la sombra de la ciudad, que hayas pasado una temporada vagando libremente en zona de guerra (si creemos tu historia), y que hayas salido intacto, cuando mantenerte vivo es como mantener vivo al pato más débil del corral, al gato más frágil de la camada, al pájaro caído del nido. Sin documentos, sin dinero; sin familia, sin amigos, sin saber quién eres. El más oscuro de los oscuros, casi tan oscuro como un prodigio.

El primer día caluroso del verano, un día de playa. Pero ha ingresado un nuevo paciente con fiebre alta, mareos, vómitos, inflamación de los nódulos linfáticos. Lo he aislado en la antigua sala de pesaje y he enviado para analizar muestras de sangre y orina a Wynberg. Hace media hora, al pasar por la sala del correo, he visto el paquete todavía allí, la cruz roja y el sello de URGENTE claramente a la vista. La furgoneta postal no viene hoy, me ha explicado el empleado. ¿No podía haberlo mandado con un mensajero en bicicleta? No hay mensajeros, ha contestado. No se trata solamente de un detenido, le he dicho, tiene que ver con la salud de todo el campamento. Se ha encogido de hombros. *More is nog 'n dag*. ¿Qué prisa hay? En su mesa había una revista porno abierta.

Detrás del muro oeste, detrás del ladrillo y la alambrada, los robles de Rosmead Avenue se han cubierto estos últimos días de un tupido manto verde esmeralda. De la avenida llega el clip clop de los cascos de los caballos, y del otro lado, del campo de entrenamiento, llegan los cánticos del pequeño coro de la iglesia de Wynberg, que viene a cantar para los prisioneros cada domingo alterno, con su acordeonista. Ahora

cantan *Loof die Heer*, su pieza final; después, los detenidos marcharán en fila de vuelta al bloque D para recibir su ración de puré y judías en salsa. Tienen un coro y un sacerdote para sus almas (no faltan sacerdotes), un médico militar para sus cuerpos. No les falta de nada. En unas semanas se marcharán con un certificado garantizando su buena disposición moral y física, y entrarán seiscientas caras nuevas. «Si no lo hago yo, lo hará otro —dice Noël—, y será peor que yo». «Al menos desde que tomé posesión, los prisioneros no mueren más que de causas naturales», dice Noël. «La guerra no puede durar eternamente —dice Noël—, tendrá que acabar algún día, como todo». Los dichos del comandante Van Rensburg. «Sin embargo —digo en mi turno de palabra—, cuando el tiroteo cesa, los centinelas han huido y el enemigo atraviesa la entrada sin resistencia, espera encontrar al comandante del campamento en su despacho con un revólver en la mano y un tiro en la cabeza. Eso es lo que espera, a pesar de todo». Noël no responde, aunque supongo que ya lo ha pensado.

Ayer le di el alta a Michaels. En el volante del alta especificué claramente que no podía hacer ejercicio físico durante un mínimo de siete días. Pero al salir de la tribuna esta mañana, lo primero que he visto ha sido a Michaels, desnudo hasta la cintura, corriendo a duras penas con los otros alrededor de la pista, un esqueleto arrastrándose detrás de cuarenta cuerpos fuertes. He amonestado al oficial de guardia. Su respuesta:

—Cuando no pueda más, que lo deje.

Mi protesta:

—Lo dejaré cuando se haya caído muerto. Se le parará el corazón.

—Le ha contado un cuento —ha contestado—. No se crea todo lo que estos sujetos le cuentan. No le pasa nada. Pero ¿por qué está tan preocupado? Mire.

Ha señalado con el dedo. Michaels pasaba delante de nosotros, los ojos cerrados, el rostro relajado, respirando profundamente.

Puede ser que me crea muchas de sus historias. Quizá la verdad sea que no necesita comer tanto como los demás.

Me he equivocado. No debí dudarle. A los dos días está de vuelta. Felicity ha ido a abrir la puerta, y allí estaba, inconsciente, sostenido por dos guardias. He preguntado lo que había ocurrido. Han fingido no saberlo. Pregunte al sargento Albrechts, han dicho.

Tenía las manos y los pies fríos como el hielo, el pulso muy débil. Felicity lo ha envuelto en mantas y bolsas de agua caliente. Le he puesto una inyección y, más tarde, le he suministrado glucosa y leche a través de la sonda.

Para Albrechts es un caso de clara insubordinación. Michaels se negó a participar en las actividades obligatorias. Como castigo, le ordenaron hacer ejercicio físico: flexiones y saltos. Después de media docena, se derrumbó y no pudieron reanimarlo.

—¿Qué se negó a hacer? —he preguntado.

—Cantar —ha respondido.

—¿Cantar? Escuche, Michaels no está totalmente en sus cabales y no puede hablar correctamente, ¿cómo quiere que cante?

Se ha encogido de hombros.

—No le hace daño probar —ha dicho.

—¿Y cómo se le ocurre castigarle con ejercicio físico? Se ve perfectamente que está tan débil como un recién nacido.

—Es el reglamento —ha contestado.

Michaels ha vuelto en sí. Ha empezado por arrancarse la sonda de la nariz; Felicity no ha llegado a tiempo para detenerlo. Ahora está junto a la puerta, bajo un montón de mantas, tiene cara de cadáver y se niega a comer. Aparta el biberón con su brazo de alambre.

—No es mi tipo de comida —es todo lo que dice.

—¿Qué demonios es tu tipo de comida? —le pregunto—. ¿Y por qué nos tratas así? ¿No ves que queremos ayudarte? —Me observa con una mirada serena e indiferente que desata mi cólera—. ¡Cientos de personas se mueren de hambre todos los días y tú no quieres comer! ¿Por qué? ¿Estás en huelga? ¿Es una huelga de hambre? ¿Es eso? ¿Contra qué protestas? ¿Quieres tu libertad? Si te soltáramos, si en tu estado te pusiéramos en la calle, te morirías en veinticuatro horas. No puedes cuidar de ti mismo, no eres capaz. Felicity y yo somos los únicos en el mundo que nos preocupamos de ayudarte. No porque seas especial, sino porque es nuestro trabajo. ¿Por qué no quieres cooperar?

Esta discusión ha causado un gran impacto en la sala. Todos escuchaban. El joven, del que había sospechado que tenía meningitis (y al que ayer sorprendí con la mano bajo la falda de Felicity), se ha arrodillado en la cama, estirando el cuello para ver mejor, sonriendo de oreja a oreja. Incluso Felicity ha dejado de fingir que barría el suelo.

—Nunca he pedido un trato especial —ha refunfuñado Michaels.

He dado media vuelta y he salido.

Nunca has pedido nada, pero te has convertido en un albatros cargado a mi espalda. Tus brazos esqueléticos se anudan en mi nuca, camino inclinado por tu peso.

Más tarde, cuando se había calmado el ambiente en la sala, he vuelto a sentarme junto a tu cama. He esperado durante un buen rato. Al fin has abierto los ojos y has hablado.

—No voy a morir —has dicho—. Es solo que no puedo comer lo que me dan aquí. No puedo comer la comida del campamento.

—¿Por qué no firmas una orden de libertad? —he insistido a Noël—. Esta noche le llevo a la entrada, le pongo algunos rands en el bolsillo y lo echo. Y después, que

empiece a arreglárselas por sí mismo, que es lo que quiere. Tú firmas una orden de libertad, y yo te redacto el informe: «Causa de la defunción, neumonía, provocada por una malnutrición crónica anterior a su ingreso». Le tachamos de la lista y ya no tendremos que pensar más en él.

—Estoy desconcertado por tu interés por él —me ha dicho Noël—. No me pidas que falsifique los informes, no voy a hacerlo. Si va a morir, si quiere morir de hambre, déjalo morir. Es muy sencillo.

—No se trata de morir —he dicho—. No es que quiera morir. Es solo que no le gusta la comida de aquí. No le gusta nada de verdad. Ni siquiera toma papillas. Tal vez solo coma el pan de la libertad.

Se hizo entre nosotros un silencio incómodo.

—Puede que tampoco a nosotros nos gustara la comida del campamento —he insistido.

—Lo viste cuando lo trajeron —ha dicho Noël—. Ya entonces era un esqueleto. Vivía solo en esa granja suya, libre como un pájaro, comiendo el pan de la libertad, pero llegó hecho un esqueleto. Parecía uno de Dachau.

—Puede que tan solo sea un hombre muy delgado —he dicho yo entonces.

La sala estaba a oscuras, Felicity dormía en su habitación. He permanecido junto a la cama de Michaels con una linterna, zarandeándole hasta que se ha despertado y se ha tapado los ojos. Le he hablado en un susurro, inclinándome tanto que sentía el olor a humo que desprende siempre, a pesar de sus abluciones.

—Michaels, quiero decirte algo. Si no comes, te vas a morir de verdad. Es así de fácil. Lleva su tiempo, no es nada agradable, pero al final seguro que te mueres. Y no voy a hacer nada para detenerte. Me sería fácil atarte a la cama, sujetarte la cabeza, meterte una sonda por la garganta y alimentarte, pero no voy a hacerlo. Voy a tratarte como a un hombre libre, no como a un niño ni como a un animal. Si quieres tirar tu vida por la borda, hazlo, es tu vida, no la mía.

Ha retirado la mano de los ojos y se ha aclarado la garganta con energía. Parecía que iba a hablar, pero en vez de eso, ha movido la cabeza y ha sonreído. A la luz de la linterna su sonrisa era repulsiva, de tiburón.

—¿Qué clase de comida quieres? —le he susurrado—. ¿Qué clase de comida estás dispuesto a tomar?

Alargando lentamente una mano, ha apartado la linterna. Después se ha dado media vuelta y se ha dormido otra vez.

Ha finalizado el período de entrenamiento del grupo de septiembre, y esta mañana la larga columna de hombres descalzos, encabezada por el tambor y flanqueada por centinelas armados, ha emprendido su marcha de doce kilómetros hasta la estación

del ferrocarril para ser enviados al norte. Dejan atrás a media docena de ellos, considerados irrecuperables, que esperan recluidos su traslado a Muldersrus, más tres en la enfermería que no pueden andar. Michaels está entre estos últimos: no ha vuelto a salir nada de sus labios después de negarse a ser alimentado por sonda.

Hay olor a desinfectante en la brisa, y disfrutamos de una tranquilidad agradable. Me siento aliviado, casi feliz. ¿Será igual cuando acabe la guerra y cierren el campamento? (¿O quizá ni siquiera entonces lo cierren, porque los campamentos con muros altos son siempre útiles?). Excepto el personal mínimo de guardia, todos se han marchado con permiso de fin de semana. El lunes se espera la llegada del grupo de noviembre. Pero el servicio de trenes ha empeorado tanto, que solo podemos organizar planes a un día vista. La semana pasada atacaron De Aar, causando importantes daños en las vías. No se habló de ello en las noticias, pero Noël se enteró de buena fuente.

Hoy he comprado una cidra cayote a un vendedor ambulante en Main Road, la he cortado en rodajas finas y las he tostado.

—No es calabaza —le he dicho a Michaels, incorporándole en la almohada—, pero sabe casi igual.

Ha dado un bocado, y he observado cómo lo rumiaba.

—¿Te gusta? —le he preguntado.

Ha asentido. Había espolvoreado la cidra cayote con azúcar, pero no había encontrado canela. Al cabo de un rato me he marchado para no incomodarle. Cuando he vuelto, estaba tumbado, el plato vacío a su lado. Supongo que cuando Felicity vuelva a barrer, encontrará la cidra cayote debajo de la cama cubierta de hormigas. Una pena.

—¿Qué es lo que te haría comer? —le he preguntado más tarde.

Ha estado en silencio tanto rato que pensé que se había dormido. Después se ha aclarado la garganta.

—Nadie ha tenido nunca interés en lo que como —ha dicho—. Así que me pregunto por qué.

—Porque no quiero verte morir de hambre. Porque no quiero ver a nadie aquí morirse de hambre.

No creo que me oyera. Los labios agrietados continuaban moviéndose, como si siguiera un hilo de pensamientos que temiera perder.

—Me pregunto: ¿Qué significa para este hombre? Me pregunto: ¿Qué le importa a este hombre si vivo o muero?

—También te podrías preguntar por qué no ejecutamos a los prisioneros. Es lo mismo.

Lo ha negado rotundamente con la cabeza; después, de pronto, me ha abierto sus ojos grandes y oscuros como pozos. Yo hubiera querido decir algo más, pero no he

podido hablar. Me ha parecido absurdo discutir con alguien que te contempla con una mirada de ultratumba.

Nos hemos mirado durante un buen rato. Después, sin darme cuenta, he empezado a hablar en un susurro. Mientras hablaba, he pensado: Ríndete. Este es el sabor de la derrota.

—Podría hacerte la misma pregunta —le he dicho—, la misma pregunta que te has hecho: ¿Qué signífico yo para este hombre? —Mi susurro era más suave, mi corazón latía acelerado—: No te he pedido que vinieras. Todo me iba bien antes de que llegaras. Era feliz, tan feliz como se puede ser en un sitio como este. Por eso yo también me pregunto: ¿Por qué yo?

Había vuelto a cerrar los ojos. Yo tenía la garganta seca. Lo he dejado, he ido al baño, he bebido, y me he quedado durante un buen rato apoyado en el lavabo, lleno de arrepentimiento, pensando en las dificultades por llegar, pensando: No estoy preparado. He vuelto a su lado con un vaso de agua.

—Aunque no comas, tienes que beber —he dicho.

Le he ayudado a incorporarse y dar algunos sorbos.

Querido Michaels:

La respuesta es: Porque quiero conocer tu historia. Quiero saber por qué precisamente tú te has visto envuelto en la guerra, una guerra en la que no tienes sitio. No eres un soldado, Michaels, eres una figura cómica, un payaso, un monigote. ¿Qué pintas en este campamento? No podemos hacer nada aquí para reeducarte de la madre vengativa con el pelo en llamas que te visita en tus sueños. (¿He entendido correctamente esta parte de la historia? En cualquier caso, así es como la entiendo). ¿Y para qué te vamos a reeducar? ¿Para trenzar cestas? ¿Cortar el césped? Eres como un insecto palo, Michaels, cuyo aspecto extraño es su única defensa en un universo de depredadores. Eres un insecto palo que ha aterrizado, Dios sabe cómo, en medio de una vasta llanura asfaltada y vacía. Levantas una a una tus piernas de alambre, lentas y frágiles, avanzas poco a poco buscando algo con lo que confundirte, y no encuentras nada. ¿Por qué abandonaste los matorrales, Michaels? Ese era tu sitio. Deberías haberte quedado toda la vida colgado de un arbusto insignificante, en un rincón tranquilo de un jardín oscuro en un barrio apacible, haciendo lo que el insecto palo hace para sobrevivir: mordisquear hojas de aquí y allá, comer pulgones de vez en cuando, beber el rocío. Y —si me permites un comentario personal— deberías haberte separado muy joven de esa madre tuya, que parece verdaderamente una bruja. Deberías haber encontrado otro matorral lo más lejos posible de ella y haberte embarcado en una vida independiente. Cometiste un gran error, Michaels, cuando te la cargaste a la espalda y huiste de la ciudad en llamas hacia la seguridad del campo. Porque cuando te imagino llevándola, jadeante bajo su peso, asfixiado por el humo, esquivando las balas, haciendo todas las demás proezas de caridad filial que sin duda hiciste, también me la imagino a ella sentada sobre tus hombros, devorando tu mente,

mirando triunfante a su alrededor, la encarnación misma de la gran Madre Muerte. Y ahora que se ha ido, tienes la intención de seguirla. Michaels, me he preguntado lo que ves cuando abres tanto los ojos —porque estoy seguro de que no me ves, estoy seguro de que no ves las paredes blancas y las camas vacías de la enfermería, que no ves a Felicity con su turbante blanco como la nieve—. ¿Qué ves? ¿Ves a tu madre sonriéndote, con su aureola de pelo en llamas, haciéndote una señal con su dedo tentador para que cruces la cortina de luz y te reúnas con ella en el más allá? ¿Es esto lo que explica tu indiferencia ante la vida?

Otra cosa que me gustaría saber es lo que comías en el campo que ha vuelto insípido todo lo demás. Solo has mencionado la calabaza. Incluso llevas contigo semillas de calabaza. ¿Es la calabaza el único alimento que conocen en el Karoo? ¿He de creer que te alimentaste de calabaza durante un año? El cuerpo humano no es capaz de eso, Michaels. ¿Qué más comías? ¿Cazabas? ¿Te fabricaste un arco con flechas y cazaste? ¿Comías raíces y bayas? ¿Comías langostas? Tu informe dice que eras un *opgaarder*, un almacenista, pero no dice lo que almacenabas. ¿Era el maná? ¿Caía para ti el maná del cielo, y lo almacenaste en compartimentos subterráneos para que tus amigos vinieran a comer por la noche? ¿Es por eso por lo que no quieres probar la comida del campamento... porque el sabor del maná te ha malcriado para siempre?

Tenías que haberte escondido, Michaels. Fuiste demasiado negligente contigo mismo. Tenías que haberte deslizado en el rincón más oscuro del agujero más profundo y haberte armado de paciencia hasta que desaparecieran las dificultades. ¿Acaso pensaste que eras un espíritu invisible, un visitante de otro planeta, una criatura fuera de las leyes de las naciones? Pues bien, las leyes de las naciones te tienen ahora atrapado: te han atado a una cama bajo la tribuna del antiguo hipódromo de Kenilworth, y si es preciso te harán morder el polvo. Las leyes son de hierro, Michaels, espero que lo vayas aprendiendo. Da igual lo que adelgaces, no te dejarán tranquilo. Ya no hay hogar para las almas universales, salvo quizá en la Antártida o en alta mar.

Michaels, si no transiges, vas a morir. Y no pienses que vas simplemente a consumirte, hacerte más y más insustancial hasta que solo seas espíritu y puedas volar hacia el éter. La muerte que has escogido está llena de sufrimiento, miseria, vergüenza, arrepentimiento, y todavía quedan muchos días hasta que la liberación llegue. Vas a morir, y también va a morir tu historia, por los siglos de los siglos, a no ser que recobres el juicio y me escuches. Michaels, escúchame. Soy el único que puede salvarte. Soy el único que ve en ti el alma singular que eres. Soy el único que se preocupa de ti. Soy el único que no te ve como un caso fácil en un campamento fácil, ni como un caso difícil en un campamento difícil, sino que te veo como un alma humana imposible de clasificar, un alma que ha tenido la bendición de no ser contaminada por doctrinas ni por la historia, un alma que mueve las alas en ese sarcófago rígido, que susurra tras esa máscara de payaso. Michaels, eres valioso a tu

manera; eres el último de tu especie, un resto de épocas pasadas, como el celacanto o el último hombre que habla yaqui. Todos hemos caído rodando en la gran caldera de la historia, pero solo tú, guiado por tu estrella idiota, esperando tu hora en un orfanato (¿quién habría pensado en *semejante* escondite?), esquivando la paz y la guerra, escondido al descubierto donde a nadie se le ocurriría buscarte, solo tú has conseguido vivir como antes: dejándote llevar por el tiempo, sujeto a las estaciones, sin querer cambiar el curso de la historia más que un grano de arena. Deberíamos valorarte, deberíamos festejarte, poner tu ropa en un maniquí de un museo, tu ropa y también tu paquete de semillas de calabaza, con un letrero; deberíamos clavar una placa en la pared del hipódromo que conmemore tu estancia aquí. Pero no va a ser así. La realidad es que vas a morir inadvertido, y van a enterrarte en una fosa común, en un rincón del hipódromo, porque ahora ni se plantearían tu traslado a los campos de Woltemade, y nadie más que yo te recordará, a no ser que cedas y al fin abras la boca. Te lo suplico, Michaels: ¡cede!

*Un amigo*

Después de un cúmulo de rumores, por fin tenemos información precisa del grupo de este mes. El grupo principal está retenido en la vía del ferrocarril en Reddersburg, esperando un medio de transporte. En cuanto al grupo del este de El Cabo, no va a llegar nunca: el campamento de tránsito de Uitenhage ya no tiene personal para separar a los prisioneros difíciles de los fáciles, y hasta nueva orden envían a todos los detenidos en ese sector a campamentos de alta seguridad.

La atmósfera festiva persiste en Kenilworth. Se ha organizado para mañana un partido de críquet entre el personal del campamento y un equipo de Intendencia. Hay mucha actividad en el centro de la pista, donde cortan el césped y alisan el terreno. Noël capitaneará el equipo. Dice que han pasado treinta años desde que jugó la última vez. No encuentra un par de pantalones blancos que le sirvan.

Si siguen dinamitando las vías y el transporte se paraliza en todas partes, puede que el Castillo se olvide de nosotros, y nos deje jugar durante el resto de la guerra, despreocupados y tranquilos entre nuestros muros.

Noël ha venido de inspección. Solo había dos prisioneros en la sala, Michaels y el caso de conmoción cerebral. Hemos hablado de Michaels en voz baja, aunque estaba dormido. Todavía podría salvarle si utilizo la sonda, le he dicho a Noël, pero me resisto a obligar a vivir a alguien que no lo desea. El reglamento me respalda claramente: No alimentar a la fuerza, no prolongar artificialmente la vida. (Y también: No dar publicidad a las huelgas de hambre).

—¿Cuánto puede durar todavía? —me ha preguntado Noël.

—Quizá dos semanas, quizá hasta tres —le he respondido.

—Al menos es un final tranquilo —ha dicho.

—No, es un final doloroso y lleno de angustia —he dicho.

—¿No le puedes poner una inyección? —ha preguntado.

—¿Para acabar con él? —le he dicho.

—No, no me refiero a acabar con él —ha replicado—, solo a hacerle la marcha más fácil.

Me he negado. No puedo aceptar esa responsabilidad mientras exista todavía la posibilidad de que cambie de opinión. Nos hemos quedado ahí.

Hemos jugado y perdido el partido de cricket. La pelota botaba con gran velocidad por el césped irregular y los bateadores tenían que saltar para evitar que les golpeará. Noël, que jugaba con un chándal blanco ribeteado de rojo, que le daba un aire de Papá Noel con ropa interior térmica, bateó el undécimo, y fue eliminado en la primera pelota.

—¿Dónde aprendiste a jugar? —le pregunté.

—En Moorreesburg, en los años treinta, en el campo de juego del colegio, en el recreo —contestó.

Me parece la mejor persona entre todos nosotros.

Después del partido, hemos estado de fiesta hasta muy entrada la noche. El partido de vuelta se ha fijado para febrero, en Simonstown, si aún estamos por aquí.

Noël está muy desanimado. Hoy ha oído que Uitenhage no era más que el principio, que iban a suprimir la diferencia entre campamentos de reeducación y campamentos de internamiento. Van a cerrar Baardskeerdersbos, y convertirán los tres restantes, incluido Kenilworth, en campamentos de internamiento. Parece que la reeducación es un ideal que no ha podido probarse; en cuanto a los grupos de trabajo, también se pueden reclutar en los campamentos de internamiento. Noël:

—¿Quieren decir que van a internar a soldados endurecidos por la batalla aquí, en Kenilworth, en medio de una zona residencial, entre un muro de ladrillo y dos hileras de alambrada, y van a vigilarlos un puñado de viejos, niños y enfermos de corazón?

La respuesta: Se han tomado en consideración las carencias del campamento de Kenilworth. Antes de su reapertura, se harán cambios estructurales, incluyendo las luces y las torres de vigilancia.

Noël me confiesa que está pensando en dimitir: tiene sesenta años, ha consagrado la mayor parte de su vida al ejército, tiene una hija viuda que le apremia para que vaya a vivir con ella a Gordon's Bay.

—Es necesario un hombre de hierro para dirigir un campamento de hierro. Yo no soy de esa clase.

Estoy de acuerdo. El no ser de hierro es su mayor virtud.

Michaels se ha marchado. Ha debido de escapar por la noche. Al llegar esta mañana, Felicity se dio cuenta de que su cama estaba vacía, pero no informó a nadie

(«¡Pensé que estaba en el baño!»). Eran ya las diez cuando me he enterado. Ahora, mirando atrás, te das cuenta de lo fácil que ha tenido que ser, o lo fácil que sería para cualquiera con buena salud. Como el campamento estaba casi vacío, los únicos centinelas de guardia estaban en la entrada principal y en la del recinto del personal. No había patrullas y la puerta lateral estaba cerrada sin llave. No había nadie que quisiera escapar, ¿y quién querría entrar? Pero nos olvidamos de Michaels. Debió de salir de puntillas, escalar el muro (sabe Dios cómo) y escabullirse. No parece que cortara la alambrada; pero Michaels es casi un fantasma que puede deslizarse por cualquier sitio.

Noël se encuentra en un dilema. En casos similares, el procedimiento específico consiste en informar de la fuga y dejar el asunto en manos de la policía civil. Pero en este caso habrá una investigación, y sin duda saldrá a la luz la situación relajada que reina ahora aquí: la mitad del personal con permiso nocturno, las patrullas suspendidas, etcétera. La alternativa consiste en preparar un certificado de defunción y dejar marchar a Michaels. He insistido a Noël para que escoja esta solución.

—Por amor de Dios, cierra la historia de Michaels aquí y ahora —le he dicho—. El pobre idiota se ha ido a morir en un rincón como un perro enfermo. Déjale, no le traigas a rastras para obligarle a morir aquí bajo un foco de luz, rodeado de desconocidos. —Noël ha sonreído—. Sonríes —he dicho—, pero es verdad lo que digo: las personas como Michaels están en contacto con cosas que ni tú ni yo entendemos. Oyen la llamada del gran benefactor y obedecen. ¿No has oído hablar de los elefantes?

»Michaels no tendría que haber venido nunca a este campamento —he proseguido—. Fue un error. En realidad su vida ha sido un error de principio a fin. Es cruel decirlo pero lo diré de todas maneras: alguien como él no debería haber nacido nunca en un mundo como este. Más le hubiera valido que su madre le hubiera asfixiado discretamente cuando vio lo que era, y lo hubiera dejado en el cubo de la basura. Ahora, déjale al menos ir en paz. Escribo un certificado de defunción, tú lo firmas, algún oficinista del Castillo lo archiva sin mirarlo, y con esto se termina la historia de Michaels.

—Lleva puesto un pijama caqui reglamentario —ha dicho Noël—. La policía lo detendrá, le preguntará de dónde viene, dirá que viene de Kenilworth, comprobarán que no hay ningún parte de fuga, y nos la cargaremos.

—No llevaba el pijama puesto —he contestado—. Todavía no sé lo que encontré para ponerse, pero dejó su pijama aquí. En cuanto a admitir que viene de Kenilworth, no lo hará, por la sencilla razón de que no quiere volver a Kenilworth. Les contará una de sus historias, por ejemplo que viene del Jardín del Edén. Sacará el paquete de semillas de calabaza, lo agitará, les regalará una de sus sonrisas, y se lo llevarán directamente al manicomio, suponiendo que aún quede alguno. Te lo juro, Noël, no volverás a oír hablar de Michaels. Además, ¿sabes cuánto pesa? Treinta y cinco kilos, la piel y los huesos. No ha comido nada en dos semanas. Su cuerpo ya no tiene la

capacidad de digerir los alimentos habituales. Me sorprende muchísimo que tuviera fuerzas para levantarse y andar; es un milagro que trepara el muro. ¿Cuánto puede durar? Una noche al aire libre y se morirá de frío. Se le parará el corazón.

—A propósito —ha dicho Noël—, ¿alguien ha comprobado que no esté fuera, tirado en algún sitio, que al llegar a lo alto del muro no se cayera directamente al otro lado? —Me he levantado. Noël ha proseguido—: Porque lo último que necesitamos es un cadáver delante del campamento, cubierto de moscas. No es tu trabajo, pero si quieres comprobarlo, adelante. Puedes coger mi coche.

No he cogido el coche; he recorrido a pie el perímetro del campamento. Había maleza abundante a lo largo del muro; en la zona posterior he tenido que avanzar entre la hierba que me llegaba a la rodilla. No he visto ningún cuerpo, ni tampoco ningún corte en la alambrada. Después de media hora, estaba de vuelta en el punto de partida, un poco sorprendido de lo pequeño que parece desde fuera el campamento que, para los que viven dentro, es un universo entero. Luego, en lugar de regresar a informar a Noël, he paseado por Rosmead Avenue, entre la sombra jaspeada de los robles, disfrutando de la calma del mediodía. Me ha adelantado un anciano cuya bicicleta chirriaba a cada golpe de pedal. Me ha saludado con la mano. Se me ha ocurrido que si le seguía, continuando en línea recta por la avenida, podría estar en la playa a las dos. ¿Hay alguna razón especial, me he preguntado, por la que no se pueda romper hoy el orden y la disciplina, en vez de mañana, el mes próximo, el año próximo? ¿Qué beneficiaría más a la humanidad: que me pase la tarde haciendo el inventario de la enfermería, o que me vaya a la playa, me quite la ropa y me tumbe en calzoncillos a tomar el sol suave de primavera, mirando a los niños divertirse en el agua, para más tarde ir a comprarme un helado en el quiosco del aparcamiento, si el quiosco existe todavía? ¿De qué le ha valido después de todo a Noël esforzarse en su escritorio por equilibrar las entradas y las salidas de hombres? ¿No hubiera sido mejor echarse una siesta? Es posible que la suma universal de la felicidad aumentara si declarásemos esta tarde libre y nos fuéramos todos a la playa, comandante, médico, capellán, monitores de EF, centinelas, instructores de perros, y también los seis casos difíciles del bloque de celdas, encargando al paciente de conmoción cerebral que cuide de todo. Es posible que conociéramos algunas chicas. Después de todo, ¿por qué otra razón hacemos la guerra sino para aumentar la suma universal de la felicidad? ¿O es que mi memoria me falla y la he confundido con otra guerra?

—Michaels no está tirado al otro lado del muro —he informado a Noël—. Tampoco lleva ropa que nos incrimine. Lleva un mono azul marino adornado con la palabra *treefellers* delante y detrás, que estaba colgado de un gancho del baño de la tribuna desde Dios sabe cuándo. Por lo tanto, podemos negar fácilmente nuestra relación con él.

Noël parecía cansado: un hombre mayor y cansado.

—Además —le he dicho—, ¿puedes recordarme por qué hacemos esta guerra? Me lo dijeron una vez, pero fue hace tiempo y parece que lo he olvidado.

—Hacemos esta guerra —ha dicho Noël— para que las minorías puedan decidir su futuro.

Hemos intercambiado miradas vacías. Cualquiera que fuese mi estado de ánimo, no he conseguido que lo compartiera.

—Prepara ese certificado que me prometiste —me ha dicho—. No pongas la fecha, déjala en blanco.

Por la noche, sentado a la mesa de la enfermera sin nada que hacer, mientras la sala se llenaba de sombras, el viento del sudeste comenzaba a soplar fuera y el caso de conmoción cerebral respiraba regularmente, me inundó la sensación de que estaba desperdiciando mi vida, que la desperdiciaba por vivirla día a día en un estado de espera, de que en realidad me había convertido en prisionero de esta guerra. Salí y, de pie en la pista vacía, miré el cielo despejado por el viento, y deseé que la inquietud pasara y volviera la paz anterior. El tiempo de guerra es tiempo de espera, había dicho Noël una vez. ¿Qué otra cosa se podía hacer en un campamento sino esperar, continuar con la rutina de la vida, cumplir sus obligaciones, el oído siempre atento al rumor de la guerra al otro lado del muro, alerta ante el menor cambio de tono? Sin embargo, se me ocurrió pensar si Felicity, por no hablar más que de ella, se sentía como un ser en suspenso, viva pero sin vivir, mientras la historia dudaba sobre el camino que seguir. Felicity, a juzgar por lo que la conozco, no ha conocido la historia más que como un catecismo infantil. («¿Cuándo se descubrió Sudáfrica?». «En mil seiscientos cincuenta y dos». «¿Dónde está el pozo más grande del mundo hecho por el hombre?». «En Kimberley»). Dudo que a los ojos de Felicity las corrientes del tiempo se arremolinen formando torbellinos alrededor de nosotros, en los campos de batalla y en los cuarteles generales, en las fábricas y en las calles, en las salas de consejos y en los gabinetes ministeriales, primero indecisas, pero dirigiéndose permanentemente hacia el momento de transfiguración donde el orden nace del caos y la historia se manifiesta en su significado triunfal. A no ser que me equivoque con ella, Felicity no se considera una náufraga abandonada en un reducto del tiempo, el tiempo de espera, el tiempo del campamento, el tiempo de la guerra. Para ella el tiempo está tan lleno como antes, incluso el tiempo que dedica a lavar las sábanas y barrer el suelo; mientras que para mí, que escucho los intercambios banales de la vida del campamento por un oído, y por el otro la rotación suprasensorial del giroscopio del Gran Diseño, el tiempo se ha vaciado. (¿O quizá esté subestimando a Felicity?). Hasta el caso de conmoción cerebral, totalmente replegado en sí mismo, absorto en el proceso lento de su propia extinción, vive la muerte con más intensidad que yo la vida.

A pesar de los problemas que nos causaría, me descubro deseando que un policía llegue a la verja agarrando a Michaels del cuello como un muñeco de trapo, y diga «Deberían vigilar mejor a estos sinvergüenzas», lo deje allí y se marche con paso marcial. Michaels, que sueña con cubrir el desierto de flores de calabaza, es también una más entre las personas demasiado ocupadas, demasiado estúpidas, demasiado

absortas para oír girar las ruedas de la historia.

Esta mañana, sin previo aviso, una columna de camiones llegó con cuatrocientos nuevos prisioneros, el grupo retenido primero una semana en Reddersburg, y después al norte de Beaufort West. Mientras aquí organizábamos juegos, salíamos con amigas, filosofábamos acerca de la vida, la muerte y la historia, estos hombres esperaban en vagones de ganado, aparcados en las vías muertas bajo el sol de noviembre, durmiendo apretados unos contra otros en las noches frías de las tierras altas, saliendo dos veces al día para aliviar sus necesidades, sin comer nada más que gachas preparadas en hogueras de espinos al lado de las vías, viendo pasar cargamentos más urgentes que ellos, mientras la araña tejía su red entre las ruedas de su casa. Noël dice que, dada la precariedad de nuestras instalaciones y haciendo uso de este derecho, estuvo a punto de negarse en redondo a admitirlos, pero cuando olió a los prisioneros, cuando vio su cansancio y su impotencia, se dio cuenta de que, si ponía obstáculos, los volverían a llevar sin más al almacén de la estación y los meterían como un rebaño en los mismos vagones en los que llegaron, a esperar la muerte o a que alguien, en alguna parte de las altas esferas de la burocracia interminable, decidiera moverse. Por eso todos nosotros hemos trabajado sin descanso todo el día para prepararlos: espulgarlos y quemar la ropa vieja, equiparlos con el uniforme del campamento, alimentarlos y darles medicinas, separar a los enfermos de los simplemente muertos de hambre. La enfermería y el anexo vuelven a estar llenos; algunos de los pacientes nuevos se encuentran tan débiles como Michaels, que estuvo tan cerca de un estado de vida en muerte, o muerte en vida, cualquiera que fuese, como era humanamente posible. En resumen, hemos vuelto al trabajo, y dentro de poco tendremos otra vez las prácticas de saludo a la bandera y los cantos educativos para destruir la calma de las tardes veraniegas.

Los prisioneros nos contaron que al menos hubo veinte bajas en el camino. Sepultaron a los muertos en fosas comunes en el *veld*. Noël revisó los documentos. No resultaron ser más que unas hojas pergeñadas en Ciudad del Cabo por la mañana, en las que no se consignaba nada más que el número de llegadas.

—¿Por qué no exigés los documentos de la salida? —le he preguntado.

—Sería una pérdida de tiempo —me ha contestado—. Dirán que los papeles aún no han llegado. Pero es que los papeles no llegarán nunca. Nadie quiere una investigación. Y además, ¿quién dice que veinte entre cuatrocientos no es una proporción aceptable? La gente muere, no cesa de morir, es la naturaleza humana, no se puede hacer nada.

La disentería y la hepatitis hacen estragos, y por supuesto también las lombrices. Es evidente que Felicity y yo no podremos con todo. Noël está de acuerdo en que seleccionemos a dos prisioneros como ayudantes.

Mientras tanto continúan los preparativos para ascender a Kenilworth a la

categoría de alta seguridad. El primero de marzo es la fecha fijada para el cambio. Habrá modificaciones importantes, entre ellas, el derribo de la tribuna, y nuevas casetas para alojar a quinientos prisioneros más. Noël llamó por teléfono al Castillo para protestar por ese plazo tan corto, y le dijeron: «Cálmese. Nos encargaremos de todo. Ocúpese de que sus hombres preparen el terreno. Quemem la hierba. Quiden las piedras. Cada piedra es un peligro. Buena suerte. Y recuerde, *'n boer maak 'n plan*».

Sospecho que Noël bebe más de lo normal. Puede que, tanto para él como para mí, ahora sea el momento más apropiado de abandonar la fortaleza —porque en esto sin duda se va a convertir la Península—, dejando a los prisioneros que vigilen a los prisioneros, a los enfermos que curen a los enfermos. Quizá los dos deberíamos coger una hoja del libro de Michaels y marcharnos de viaje a una de las zonas más tranquilas del país, a la cuenca más oculta del Karoo, por ejemplo, y establecernos allí, dos desertores de buena familia, de fortuna modesta y hábitos sobrios. La dificultad mayor es llegar tan lejos como Michaels sin ser descubiertos. Quizá pudiéramos empezar por renunciar a nuestros uniformes, por ensuciarnos las uñas y caminar un poco más cerca de la tierra; aunque dudo de que pudiéramos pasar tan inadvertidos como Michaels, o al menos como Michaels debía de haber sido antes de convertirse en un esqueleto. Cuando miraba a Michaels, siempre me parecía que alguien había cogido un puñado de polvo, había escupido en él y le había dado la forma de un hombre rudimentario, cometiendo uno o dos errores (la boca, y sin duda el contenido de la cabeza), y olvidando uno o dos detalles (el sexo), pero logrando finalmente la forma de un hombrecillo genuino de barro, como los hombrecillos que se ven en algunas figuras de la artesanía popular salir al mundo de entre los muslos abiertos de su madre, los dedos ya torcidos, la espalda ya doblada, preparados para una vida de labranza, un ser que pasa su vida consciente inclinado sobre la tierra, que cuando llega al fin su hora cava su propia tumba, se desliza en ella y arroja la tierra pesada sobre su cabeza como una manta, sonriendo por última vez, y se vuelve dejándose llevar por el sueño, al fin en casa, mientras que, más inadvertida que nunca en algún lugar lejano, la rueda de la historia continúa girando. ¿A qué cuerpo del Estado se le ocurriría reclutar semejantes seres como agentes, y de qué servirían, si no es para llevar los fardos y morir en gran número? El Estado cabalga sobre la espalda de los siervos de la tierra como Michaels; devora los productos de su esfuerzo, y a cambio se caga en ellos. Pero cuando el Estado marcó a Michaels con un número y se lo tragó, perdía el tiempo. Porque las tripas del Estado no han digerido a Michaels; ha salido de sus campamentos tan intacto como de sus colegios y orfanatos.

Mientras que yo —si en una noche oscura me pusiera un mono, unas zapatillas de tenis y trepara el muro (cortando la alambreada porque no soy de aire)—, yo soy de esos que se dejaría atrapar por la primera patrulla que pasara, mientras me decido por el camino que lleva a la salvación. La verdad es que he tenido mi oportunidad, y la he dejado pasar sin darme cuenta. Debí haber seguido a Michaels la noche que se fugó.

Es inútil alegar que no estaba preparado. Si hubiera tomado a Michaels en serio, siempre habría estado preparado. Habría tenido siempre un fardo a mano, una muda de ropa, una cartera llena de dinero, una caja de cerillas, un paquete de galletas y una lata de sardinas. No le habría perdido de vista nunca. Cuando durmiera, yo habría dormido en el umbral de la puerta; cuando se despertara, lo habría vigilado. Y cuando huyera, habría huido detrás de él. Me habría escondido en su sombra, habría trepado el muro por el rincón más oscuro y le habría seguido por la avenida de robles bajo las estrellas, a una buena distancia, parándome cuando se parase, para que no tuviera que preguntarse «¿Quién me sigue? ¿Qué quiere?», ni tuviera que empezar a correr si me tomara por un policía, un policía de paisano con un mono, unas zapatillas de tenis y una pistola en el fardo. Le habría seguido como un perro por las callejas toda la noche, hasta que al amanecer nos hubiéramos encontrado al final de los descampados de la llanura de El Cabo, caminando a cincuenta pasos uno del otro por la arena y los matorrales, evitando los grupos de chabolas donde se elevaría al cielo algún hilo de humo. Y allí, a la luz del día, al fin te habrías vuelto a mirarme, a mí el farmacéutico convertido en médico militar, convertido ahora en tu escolta, que antes de ver la luz te había impuesto tus momentos de sueño y vigilia, que te había introducido sondas en la nariz y pastillas en la boca, que había presenciado tu interrogatorio y me había burlado de ti, que, por encima de todo, había intentado obligarte a ingerir alimentos que no podías comer. Con recelo, incluso con enfado, habrías esperado en medio del sendero a que me acercara para explicarme.

Y yo me habría acercado y habría hablado. Te habría dicho: «Michaels, perdona la forma en que te he tratado, no he sabido apreciar quién eras hasta los últimos días. Perdóname también por perseguirte de esta manera. Te prometo no ser una carga». (¿«No ser una carga como la de tu madre»? No, esto quizá sería imprudente). «No te pido que me cuides dándome de comer, por ejemplo. Necesito algo muy sencillo. Aunque este país es extenso, tan extenso como para pensar que hay sitio para todos, lo que he aprendido de la vida me dice que es difícil estar lejos de los campamentos. Pero estoy convencido de que existen zonas entre los campamentos que no pertenecen a ningún campamento, ni siquiera a las zonas de influencia de los campamentos (las cimas de algunas montañas, por ejemplo, algunos islotes en medio de los lagos, algunos parajes áridos), donde los seres humanos no quieren vivir. Busco un sitio así para establecerme, ya sea hasta que la situación mejore, o para siempre. Pero no soy tan tonto para creer que los mapas y las carreteras me pueden guiar. Por eso te he elegido para que me muestres el camino».

Entonces me habría acercado más, hasta colocarme a tu lado para que pudieras leer en mis ojos. «Michaels —habría dicho si hubiera estado despierto y te hubiera seguido—, desde el momento en que llegaste vi que no eras carne de campa— mentó. Al principio, lo confieso, pensé que eras un tipo cómico. Es cierto que insistí al comandante Van Rensburg para que te eximiera del régimen del campamento, pero únicamente porque pensaba que someterte al proceso de reeducación hubiera sido

como intentar enseñar a una rata, a un ratón o (¿me atreveré a decirlo?) a una lagartija a ladrar para pedir la pelota y atraparla en el aire. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo empecé poco a poco a percibir la originalidad de la resistencia que practicabas. No eras un héroe, no pretendías serlo, ni siquiera un héroe del ayuno. En realidad, no te resististe en absoluto. Cuando te ordenamos saltar, saltaste. Cuando te ordenamos saltar otra vez, saltaste otra vez. Pero cuando te ordenamos saltar por tercera vez, no obedeciste, sino que te derrumbaste; y todos pudimos ver, incluso los más reticentes, que te habías derrumbado porque habías agotado tus recursos obedeciéndonos. Así que te levantamos, constatando que no pesabas más que un saco de plumas, te sentamos delante de la comida y te dijimos: “Come, recupera tus fuerzas para poder volver a perderlas obedeciéndonos”. Y no te negaste. Creo que intentaste sinceramente hacer lo que te decían. Tu voluntad lo aceptó (perdóname que haga estas distinciones, no tengo otro medio de explicarme), tu voluntad lo aceptó, pero tu cuerpo lo rechazó. Así lo entendí. Tu cuerpo rechazaba la comida que te dábamos y tú adelgazabas más y más. ¿Por qué?, me preguntaba. ¿Por qué este hombre no quiere comer mientras se muere claramente de hambre? Después, a medida que te observaba día a día, comencé lentamente a comprender la verdad: implorabas en secreto, en tu subconsciente (perdona la palabra), por otra clase de comida, comida que ningún campamento podría proporcionarte. Tu voluntad seguía siendo dócil, pero tu cuerpo imploraba su propia comida, y ninguna otra. Ahora bien, me habían enseñado que el cuerpo no tiene ambivalencias. Me habían enseñado que el cuerpo solo quiere vivir. El suicidio, según tenía entendido, no es un acto del cuerpo contra sí mismo, sino de la voluntad contra el cuerpo. Pero ante mis ojos tenía un cuerpo que iba a morir antes que cambiar de naturaleza. Permanecí horas en la entrada de la sala observándote, interrogándome sobre este misterio. No había ni un principio ni una idea detrás de tu negativa. No querías morir, pero te estabas muriendo. Eras como un conejillo cosido en la carcasa de un buey: sin duda asfixiado, pero también muerto de hambre por la comida verdadera entre todos esos trozos de carne».

Aquí quizá habría interrumpido mi discurso en la llanura, porque de algún lugar cercano detrás de nosotros llegaría el ruido de un hombre tosiendo, carraspeando, escupiendo, y también el olor de leña quemada; pero el brillo de mi mirada te habría mantenido, por el momento, inmóvil.

«Yo he sido el único en darse cuenta de que eras más de lo que parecías —habría continuado—. Lentamente, a medida que tu “No” obstinado cobraba peso día a día, empecé a sentir que no eras un paciente cualquiera, otro herido de guerra, otro ladrillo en esta pirámide del sacrificio que un día alguien escalaría para conquistar su cima, rugiendo, golpeándose el pecho, proclamándose emperador de todo lo que divisara. Tú estabas metido en tu cama bajo la ventana, a la luz de la lámpara de noche, los ojos cerrados, quizá dormido. En la entrada, respirando en silencio, escuchando los gemidos y ronquidos de los otros en su sueño, yo esperaba; y en mí

crecía más y más la sensación de que sobre una de esas camas, una sola, el aire se hacía más denso, la oscuridad se concentraba, un torbellino negro rugía en absoluto silencio sobre tu cuerpo, señalándote, sin ni siquiera mover el borde de las sábanas. Sacudí la cabeza como un hombre que trata de librarse de un sueño, pero la sensación persistía. “No es un producto de mi imaginación”, me decía a mí mismo. “Esta concentración de sentido que percibo no es un rayo luminoso que proyecta sobre esta o aquella cama, una camisa en la que envuelvo a este o aquel paciente a mi antojo. Michaels significa algo, y su significado no es solo asunto mío. Si así fuera, si el origen de este significado no fuera más que una carencia mía, una carencia, digamos, de algo en que creer, ya que todos sabemos lo difícil que es saciar el hambre de creer con el futuro que nos ofrece la guerra, por no hablar de los campamentos, si lo que me llevó a Michaels y su historia solo fuera un vulgar apetito de significado, si Michaels mismo no fuera más de lo que parece ser (lo que pareces ser), un hombre escuálido con el labio retorcido (perdóname por nombrar solo lo que salta a la vista), en ese caso tendría razones para retirarme a los baños detrás de los vestuarios de los jockeys, encerrarme en la última cabina y pegarme un tiro en la cabeza. Pero ¿cuándo he sido más sincero que esta noche?”. Y de pie en la entrada de la sala, dirigí hacia mí mismo la mirada más crítica, tratando por todos los medios a mi alcance de detectar el germen de la deshonestidad en lo más profundo de mi convicción (por ejemplo, el deseo de ser el único para el que el campamento no era solo el antiguo hipódromo de Kenilworth, salpicado de casetas prefabricadas, sino también un lugar privilegiado donde el significado erupcionaba al mundo). Pero si tal germen estaba escondido dentro de mí, no quería levantar la cabeza, y si no quería, ¿qué podría hacer para obligarle? (De todas formas dudo de que se pueda disociar el yo que examina del yo que se esconde, enfrentándolos como halcón y ratón; pero convengamos en posponer esta conversación para un día en que no huyamos de la policía). Así que dirigí mi mirada de nuevo al exterior, y, sí, todavía era verdad, no me engañaba, no era una ilusión o un consuelo, era como antes, era la verdad, realmente había una concentración, una intensificación de la oscuridad sobre una de las camas, una sola, y esa cama era la tuya».

En este punto creo que ya me habrías dado la espalda y te habrías alejado, perdiendo el hilo de mi discurso, impaciente en cualquier caso por aumentar la distancia que te separaba del campamento. O puede que un grupo de niños de las chabolas, atraídos por mi voz, estuvieran ya reunidos a nuestro alrededor, algunos en pijama, escuchando con la boca abierta esas palabras grandes y apasionadas, poniéndote nervioso. Así que ahora habría tenido que correr detrás de ti, pisándote los talones para no tener que gritar. «Perdóname, Michaels —habría tenido que decir—, ya no queda mucho más, por favor, ten paciencia. Solo me queda decirte lo que significas para mí, después habré terminado».

Supongo, porque así es tu naturaleza, que en este momento echarías a correr. Tendría que correr detrás de ti, vadeando la espesa arena gris como el agua,

esquivando las ramas, gritando: «Tu estancia en el campamento no ha sido más que una alegoría, si conoces esta palabra. De manera escandalosa y ultrajante, esta alegoría revelaba (utilizando el lenguaje erudito) hasta qué punto un significado puede alojarse en un sistema sin convertirse en parte de él. ¿No te diste cuenta de que cada vez que intentaba sujetarte, te escurrías? Yo me di cuenta. ¿Sabes lo que he pensado cuando he visto que te habías escapado sin cortar la alambrada? Debe de ser pertiguista, eso es lo que he pensado. Bueno, puede que no seas pertiguista, Michaels, pero eres un gran artista de la evasión, uno de los fugitivos más grandes: ¡me descubro ante ti!».

Mientras tanto, a fuerza de correr y explicarme, me habría quedado sin aliento, incluso es posible que hubieras empezado a alejarte de mí. «Y ahora el último tema, tu huerto —habría dicho entre jadeos—. Déjame que te explique el significado de ese huerto sagrado y seductor que florece en el corazón del desierto y cuya fruta es el alimento de la vida. El huerto al que ahora te diriges se encuentra en cualquier parte, menos en los campamentos. Es otro nombre del único lugar al que perteneces, Michaels, donde no te sientes desvalido. No está en ningún mapa, ninguna carretera corriente lleva allí, y únicamente tú conoces el camino».

¿Serían imaginaciones mías, o de verdad empezarías en este preciso momento a consagrar todas tus energías a correr, de manera que incluso el observador menos atento comprendería que corrías huyendo del hombre que gritaba detrás de ti, el hombre de azul que parecía un acosador, un loco, un sabueso, un policía? ¿Sería una sorpresa que los niños, después de habernos seguido para entretenerse, empezaran ahora a estar de tu parte y a acosarme por todos lados, tirándome palos y piedras, por lo que tendría que pararme para librarme de ellos a golpes, gritándote mis últimas palabras, mientras tú te sumergirías en lo más profundo de la tupida maleza, corriendo ahora más deprisa de lo que se podría esperar de alguien que no come? «¿Tengo razón? —gritaría—. ¿Te he comprendido? ¡Si tengo razón, levanta la mano derecha; si me equivoco, levanta la izquierda!».

### 3

Las piernas flojas después de su largo paseo, los ojos entornados en la luz brillante de la mañana, Michael K se sentó a descansar y recuperar fuerzas en un banco al lado del minigolf del bulevar de Sea Point, frente al mar. El viento estaba en calma. Oía el romper de las olas en las rocas más abajo, el siseo del agua al retirarse. Un perro se paró a olfatear sus pies y orinó junto al banco. Pasó un trío de niñas con pantalón corto y camiseta, corriendo codo con codo, cuchicheando entre sí, dejando un dulce aroma a su paso. De Beach Road llegó el tintineo de la campanilla de un vendedor de helados, primero más cerca, luego más lejos. En paz, en terreno conocido, agradecido por la calidez del día, K suspiró y poco a poco dejó caer la cabeza a un lado. No supo si había dormido; pero cuando abrió los ojos se sintió de nuevo con fuerzas para continuar.

A lo largo de Beach Road vio más ventanas tapadas con cartones de las que recordaba, especialmente a pie de calle. Los mismos coches estaban aparcados en los mismos sitios, aunque ahora más oxidados; un chasis, sin ruedas y completamente quemado, estaba volcado de lado contra el malecón. Caminó por el bulevar, sintiéndose desnudo bajo el mono azul, consciente de ser el único entre todos los paseantes sin zapatos. Pero si alguno le miraba, no era a los pies, sino a la cara.

Llegó a una zona de hierba quemada, donde, entre trozos de vidrio roto y basura carbonizada, volvía a crecer el verde. Un niño pequeño subía por las barras ennegrecidas de un laberinto, las plantas de los pies y las palmas de las manos llenas de hollín. K atravesó el jardín con precaución, cruzó la calle y dejó la claridad del sol para entrar en la penumbra del vestíbulo sin luz del Cote d'Azur, donde en un muro leyó JOEY ES EL JEFE escrito con spray negro. Escogió un sitio al otro lado del pasillo, frente a la puerta con la calavera premonitoria donde su madre había vivido antes, y se sentó agachado contra la pared, pensando: No hay problema, la gente me tomará por un mendigo. Pensó en la boina extraviada, que podría haber colocado junto a él para las limosnas, y así completar el cuadro.

Esperó durante horas. No pasó nadie. Decidió no intentar abrir la puerta, ya que no sabía lo que haría si estuviera abierta. A media tarde, cuando empezaba a sentir frío en los huesos, abandonó el edificio y bajó a la playa. En la arena blanca, bajo el calor del sol, se quedó dormido.

Se despertó sediento y confuso, sudando dentro del mono. Encontró un lavabo público en la playa, pero los grifos no funcionaban. Los retretes estaban llenos de arena; en la pared del fondo había medio metro de arena arrastrada por el viento.

Mientras K pensaba, de pie delante del lavabo, en lo que iba a hacer, en el espejo vio entrar a tres personas detrás de él. Una era una mujer con un vestido blanco ajustado, una peluca de color rubio platino y un par de zapatos plateados de tacón alto en la mano. Los otros dos eran hombres. El más alto fue derecho a K y lo agarró del

brazo.

—Espero que ya hayas terminado tus asuntos aquí —dijo—, porque este sitio está reservado. —Condujo a K hacia la luz cegadora y blanca de la playa—. Hay muchos otros sitios adonde ir —le dijo, dándole una palmada, o quizá un ligero empujón.

K se sentó en la arena. El hombre alto se colocó junto a la puerta del lavabo, observándole. Llevaba una gorra de cuadros ladeada.

Había bañistas desperdigados por la pequeña playa, pero ninguno en el agua, salvo una mujer en la orilla, la falda recogida, firmemente apoyada en las piernas, balanceando a un bebé en los brazos, de derecha a izquierda, haciendo que sus pies rozaran las olas. El niño gritaba aterrorizado y encantado.

—Esa es mi hermana —dijo el hombre de la puerta señalando a la mujer de la orilla—. La que está aquí —hizo una indicación con el dedo por detrás de él— también es mi hermana. Tengo muchas hermanas. Familia numerosa.

A K le empezó a doler la cabeza. Cerró los ojos, echando de menos un sombrero propio, o una gorra.

El otro hombre salió del lavabo y subió corriendo las escaleras hacia el bulevar sin decir una palabra.

El borde del sol tocó la superficie del mar vacío. K pensó: Esperaré a que la arena se enfríe, luego pensaré adonde ir.

El desconocido alto se puso a su lado, tanteándole las costillas con la punta del zapato. Detrás de él estaban las dos hermanas, una con el niño cargado a la espalda, la otra ya sin tocado, con la peluca y los zapatos en la mano. El pie rastreador encontró la abertura lateral del mono y la abrió, descubriendo una parte del muslo desnudo de K.

—¡Mirad, este tipo está desnudo! —gritó el desconocido, riendo y volviéndose hacia sus dos mujeres—. ¡Un hombre desnudo! ¿Cuánto tiempo hace que no comes, amigo mío? —Le dio un golpecito leve en las costillas—. ¡Venga, vamos a darle lo que necesita para despertarse!

La hermana con el niño sacó de una bolsa una botella de vino envuelta en papel de estraza. K se incorporó y bebió.

—¿De dónde eres, amigo mío? —dijo el desconocido—. ¿Trabajas para estos? —Indicó con el dedo el mono y las letras doradas del bolsillo.

K iba a contestar cuando su estómago se contrajo sin avisar, devolviendo un bonito chorro dorado de vino que inmediatamente se hundió en la arena. Cerró los ojos mientras el mundo daba vueltas.

—¡Eh! —dijo el desconocido. Se rio y dio a K una palmada en la espalda—. ¡Esto se llama beber con el estómago vacío! ¿Sabes una cosa?, nada más verte, pensé: ¡Se ve que ese tipo está mal alimentado! ¡Ese lo que necesita es una buena comida que echarse al cuerpo! —Ayudó a K a levantarse—. Ven con nosotros, señor Treefeller, y te daremos algo para que no estés tan flaco.

Caminaron juntos por el bulevar hasta encontrar una marquesina de autobús

vacía. El desconocido sacó de la bolsa una barra de pan tierno y una lata de leche condensada. De su bolsillo lateral sacó un objeto delgado y negro que sostuvo ante los ojos de K. Hizo algo y el objeto se transformó en una navaja. Con un silbido de sorpresa, mostró a todos la hoja reluciente, luego empezó a reírse sin parar, dándose palmadas en las rodillas, señalando a K. El niño, que miraba la escena con los ojos muy abiertos por encima del hombro de su madre, también empezó a reír, golpeando el aire con el puño.

El desconocido se calmó y cortó una gruesa rebanada de pan, que decoró con curvas y remolinos de leche condensada, y se la ofreció a K. Ante la mirada de todos, K se la comió.

Pasaron por un callejón donde había un grifo goteando. K se separó de ellos para beber. Bebió como si nunca fuera a saciarse. El agua pareció atravesar directamente su cuerpo: tuvo que apartarse al fondo del callejón y agacharse sobre una alcantarilla, y después se sintió tan mareado que tardó mucho tiempo en encontrar las mangas del mono.

Dejaron atrás la zona residencial y empezaron a subir las primeras cuestas de Signal Hill. K, que caminaba a la cola del grupo, se paró a recuperar el aliento. La hermana con el niño también se paró.

—¡Pesa mucho! —dijo señalando al niño, y sonrió. K se ofreció a llevarle la bolsa, pero no quiso—. No es nada, estoy acostumbrada —dijo.

Pasaron por un agujero de la cerca que marcaba el límite de la reserva forestal. El desconocido y la otra hermana iban delante por un sendero que subía en zigzag; abajo, las luces de Sea Point comenzaron a parpadear; el mar y el cielo brillaban rojos en el horizonte.

Pararon bajo un grupo de pinos. La hermana de blanco desapareció en la penumbra. A los pocos minutos, volvió en pantalones vaqueros y con dos bolsas de plástico llenas en la mano. La otra hermana se abrió la blusa y dio el pecho al niño; K no sabía dónde mirar. El hombre extendió una manta, encendió una vela y la puso en una lata. Después sacó la cena: la barra de pan, la leche condensada, un salchichón entero («¡Oro! —exclamó mostrando el salchichón a K—. ¡Se paga a precio de oro!»), tres plátanos. Desenroscó el tapón de la botella de vino y la pasó. K dio un trago y la devolvió.

—¿Tienen agua? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—Tenemos vino, tenemos leche, dos tipos de leche —señaló despreocupadamente a la mujer con el niño—, pero no tenemos agua, amigo mío, siento no poder ofrecerte agua. Mañana, te lo prometo. Mañana será otro día. Mañana tendrás todo lo que necesitas para convertirte en un hombre nuevo.

Mareado por el vino, apoyándose de vez en cuando en el suelo para recuperar el equilibrio, K comió pan y leche condensada, y también medio plátano, pero no quiso salchichón.

El desconocido habló de la vida en Sea Point.

—¿Piensas que es raro —dijo— que durmamos en la montaña como vagabundos? No somos vagabundos. Tenemos comida, tenemos dinero, nos ganamos la vida. ¿Sabes dónde vivíamos antes? Decidle al señor Treefeller dónde vivíamos.

—En Normandie —dijo la hermana en vaqueros.

—En Normandie. Normandie mil doscientos dieciséis. Nos cansamos de subir escaleras y vinimos aquí. Esta es nuestra residencia de verano, donde venimos de picnic. —Se rio—. Y antes, ¿sabes dónde vivíamos? Decídselo.

—En Clippers —dijo la hermana.

—En la peluquería unisex Clippers. Ya ves, es fácil vivir en Sea Point si sabes arreglártelas. Pero ahora dime, ¿de dónde eres tú? No te he visto antes.

K comprendió que le había llegado el turno de hablar.

—He estado tres meses en el campamento de Kenilworth, hasta ayer por la noche —dijo—. Antes era jardinero del Ayuntamiento. Eso fue hace tiempo. Después tuve que dejarlo para llevar a mi madre al campo, a causa de su salud. Mi madre trabajaba en Sea Point, tenía una habitación allí, hemos pasado por delante al venir. —Una náusea le subió del estómago; se esforzó en controlarse—. Murió en Stellenbosch, de camino hacia el interior del país —dijo. El mundo giró, luego se estabilizó—. A veces yo no tenía suficiente comida —continuó.

Se dio cuenta de que la mujer con el bebé susurraba algo al oído del hombre. La otra mujer estaba fuera del radio de la luz vacilante de la vela. Se dio cuenta de que no había visto a las dos hermanas dirigirse la palabra. También se dio cuenta de que su historia era insignificante, que no merecía la pena contarla, llena siempre de las mismas lagunas que no sabría eliminar nunca. O quizá era que no sabía contar una historia, mantener despierto el interés. La náusea desapareció, pero el sudor que le inundaba se enfrió y empezó a temblar. Cerró los ojos.

—¡Ya veo que estás cansado! —dijo el desconocido dándole una palmada en la rodilla—. ¡Hora de irse a la cama! Mañana serás un hombre nuevo, ya verás. —Le dio otra palmada más suave—. Eres un buen tipo, amigo mío —le dijo.

Se hicieron la cama sobre las agujas de pino. Para ellos tenían sábanas que sacaron de las bolsas y los paquetes. Para K tenían una lámina de plástico duro en la que le ayudaron a envolverse. Encerrado en el plástico, sudando, temblando, intranquilo por el zumbido en los oídos, K durmió solo a ratos. Estaba despierto cuando, en plena noche, el hombre, del que aún desconocía cómo se llamaba, se arrodilló junto a él, tapándole de la vista la copa de los árboles y las estrellas. Pensó: Tengo que hablar antes de que sea demasiado tarde, pero no lo hizo. La mano desconocida le rozó la garganta y trató de desabrocharle con torpeza el botón del bolsillo superior del mono. El paquete de semillas hizo tanto ruido al salir que K se avergonzó de fingir no haberlo oído. Así que gimió y se movió. Durante un momento la mano se quedó petrificada; luego el hombre se retiró en la oscuridad.

K pasó el resto de la noche mirando la luna cruzar el firmamento entre las ramas.

Al amanecer salió a gatas de la lámina rígida de plástico y fue hasta donde estaban los otros. El hombre dormía junto a la mujer con el bebé. El bebé estaba despierto: miró a K sin miedo mientras jugaba con los botones de la chaqueta de su madre.

K sacudió el hombro del desconocido.

—¿Me puede dar mi paquete? —susurró, intentando no despertar a los otros.

El hombre gruñó y se dio media vuelta.

K encontró el paquete a pocos metros de distancia. Buscando a gatas, recuperó más o menos la mitad de las semillas dispersas. Se las guardó en el bolsillo y renunció a las restantes, pensando: Qué pena, no crecerá nada a la sombra de un pino. Después bajó con cuidado por el sendero en zigzag.

Caminó por las calles vacías del amanecer y bajó a la playa. Como el sol estaba todavía detrás de la colina, sintió la arena fría bajo sus pies. Así que paseó entre las rocas, explorando en las piscinas formadas por la marea, y donde vio caracoles y anémonas viviendo sus vidas. Cuando se cansó, cruzó Beach Road y pasó una hora sentado contra el muro frente a la puerta de la antigua habitación de su madre, esperando a que el que viviera allí saliera y se diera a conocer. Más tarde volvió a la playa y, tumbado en la arena, escuchó crecer el zumbido en los oídos, sin saber si era el ruido de la sangre corriendo por sus venas o el de los pensamientos corriendo por su mente. Sintió que algo dentro de él se había liberado o se estaba liberando. Todavía no sabía lo que era; pero también sintió que aquello que, hasta ahora, había considerado en él duro y correoso, se estaba convirtiendo en blando y fibroso, y esas dos sensaciones parecían estar conectadas.

El sol estaba alto en el cielo. Había llegado allí en un abrir y cerrar de ojos. No tenía conciencia de las horas que debían de haber pasado. He estado dormido, pensó, no, peor que dormido. He estado ausente, pero ¿dónde? Ya no era el único en la playa. Dos chicas en bikini tomaban el sol a pocos pasos de él, los sombreros sobre la cara, y había también otras personas. Acalorado y confuso, fue tambaleándose hasta el lavabo público. Los grifos seguían secos. Sacó los brazos de las mangas del mono y se sentó en el montón de arena desnudo hasta la cintura, intentando recuperarse.

Todavía se encontraba allí sentado cuando el hombre alto entró acompañado de la chica que K consideraba la segunda de las hermanas. Trató de levantarse y marcharse, pero el hombre lo abrazó.

—¡Mi amigo el señor Treefeller! —dijo—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Por qué te marchaste tan temprano esta mañana? ¿No te dije que hoy iba a ser tu gran día? ¡Mira lo que te he traído! —Sacó una petaca de brandy del bolsillo de la chaqueta. (¿Cómo es posible que vaya tan arreglado viviendo en la montaña?, se preguntó K admirado). Condujo a K de vuelta al montón de arena—. Esta noche vamos a una fiesta —le susurró—. Vas a conocer a mucha gente allí.

Bebió y le pasó la botella. K echó un trago. La lasitud le subió del corazón a la cabeza y le inundó de un sopor agradable. Se recostó, nadando en su propio mareo.

Se oyeron susurros; después alguien le desabrochó el último botón del mono y deslizó una mano fría dentro. K abrió los ojos. Era la mujer: arrodillada a su lado, le acariciaba el pene. Le retiró la mano bruscamente y trató de ponerse en pie, pero entonces el hombre habló.

—Relájate, amigo mío —le dijo—, estás en Sea Point, hoy es el día en que todo va bien. Relájate y disfruta. Tómate un trago.

Dejó la botella en la arena junto a K y se marchó.

—¿Quién es tu hermano? —preguntó K con lengua pastosa—. ¿Cómo se llama?

—Se llama December —dijo la mujer. ¿La había entendido bien? Era la primera vez que le dirigía la palabra—. Es el nombre en su tarjeta de identidad. Mañana puede que tenga otro nombre. Tarjeta nueva, nombre nuevo, para la policía, para confundirlos.

Se inclinó y se puso el pene en la boca. Quiso apartarla, pero sus dedos retrocedieron ante el pelo rígido y muerto de la peluca. Entonces se relajó, aceptando perderse en el torbellino de su cabeza y en el calor lejano y húmedo.

Después de un rato en el que incluso pudo haberse dormido, no lo sabía, ella se echó a su lado en la arena, con su sexo todavía en la mano. Era más joven de lo que parecía con la peluca plateada. Sus labios estaban todavía húmedos.

—¿De verdad es tu hermano? —murmuró, pensando en el hombre que esperaba fuera.

Ella sonrió. Apoyada en un codo, le besó de lleno en la boca, abriéndole los labios con la lengua. Tiró con fuerza del pene.

Cuando todo terminó pensó que, por el bien de los dos, debía decir algo; pero ahora le faltaron las palabras. La paz que el brandy le había proporcionado parecía disiparse. Bebió un trago de la botella y se la pasó a la chica.

Unas siluetas se cernían sobre él. Abrió los ojos y vio a la chica, que ya se había puesto los zapatos. El hombre, su hermano, estaba a su lado.

—Duerme, amigo mío —dijo con una voz que venía de muy lejos—. Esta noche volveré para llevarte a la fiesta que te he prometido, donde habrá mucha comida y verás cómo se vive en Sea Point.

K creyó que por fin se habían marchado; pero el hombre volvió y se inclinó para susurrarle las últimas palabras al oído.

—Es difícil —dijo— ser amable con una persona que no quiere nada. No debes tener miedo de decir lo que quieres, y de esa forma lo conseguirás. Es mi consejo, flaco. —Dio a K una palmada en la espalda.

Al fin solo, temblando de frío, la garganta seca y la vergüenza del episodio de la chica planeando como una sombra al filo de sus pensamientos, K se abrochó el mono y salió del lavabo a la playa, donde el sol se ponía y las chicas en bikini recogían para marcharse. Andar por la arena era más difícil que antes; llegó incluso a perder el equilibrio y caerse de lado. Oyó la campanilla del vendedor de helados y trató de alcanzarlo, antes de acordarse de que no tenía dinero. Durante un instante su mente se

despejó lo suficiente como para darse cuenta de que estaba enfermo. Parecía incapaz de controlar la temperatura de su cuerpo. Tenía frío y calor al mismo tiempo, suponiendo que fuera posible. Luego la neblina lo envolvió de nuevo. Al pie de los escalones, mientras intentaba sostenerse en la barandilla, las dos chicas pasaron delante de él, mirando a otro lado y, tuvo la impresión, conteniendo la respiración. Miró sus traseros subir los escalones, y descubrió en él el deseo de hundir los dedos en esa carne tierna.

Bebió del grifo detrás del Cote d'Azur, cerrando los ojos mientras bebía, pensando en el agua fresca que discurría desde la montaña hasta el embalse por encima del parque De Waal, y luego por kilómetros de canalización subterránea en la tierra oscura, bajo las calles, para brotar al fin aquí, y aplacar su sed. Se orinó, no pudo aguantarse, y volvió a beber. Sintióse ahora tan ligero que ni siquiera estaba seguro de que sus pies tocaran el suelo, dejó la última luz del día para entrar en la sombra del pasillo y sin dudar giró el pomo de la puerta.

La habitación donde su madre había vivido estaba llena de muebles. A medida que sus ojos se habituaron a la penumbra, distinguió docenas de sillas tubulares apiladas del suelo al techo, sombrillas enormes plegadas, mesas de vinilo blanco con un agujero en el centro, y, muy cerca de la puerta, tres figuras de escayola pintada: un ciervo de ojos color chocolate, un gnomo con un jubón de piel, bombachos y un gorro verde con borla, y, mayor que las otras dos, una criatura con una nariz larga de madera que identificó como Pinocho. Todo estaba cubierto de una película de polvo blanco.

Guiado por el olor, K registró el rincón oscuro detrás de la puerta. A tientas encontró una manta arrugada sobre un lecho de cartones abiertos sobre el suelo desnudo. Tropezó con una botella vacía que salió rodando. La manta desprendía el olor mezclado de vino dulce, ceniza de cigarrillo y sudor rancio. Se envolvió en la manta y se tumbó. Nada más tumbarse, el zumbido de los oídos empezó a crecer, y después el antiguo dolor de cabeza.

Ahora estoy de vuelta aquí, pensó.

Se oyó la primera sirena anunciando el toque de queda. Las otras sirenas y bocinas de la ciudad se unieron a su lamento. La cacofonía creció, luego se extinguió.

No podía dormir. Sin querer le volvió el recuerdo del casquete de pelo plateado inclinado sobre su sexo y los gemidos de la chica mientras se ocupaba de él. Me he convertido en un objeto de caridad, pensó. A todas partes donde voy hay personas que quieren practicar conmigo sus diferentes formas de caridad. Han pasado tantos años y todavía parezco un huérfano. Me tratan como a los niños de Jakkalsdrif, a los que daban bien de comer porque eran todavía demasiado jóvenes para ser culpables de nada. De los niños solo esperaban que a cambio mascullaran las gracias. De mí quieren más, porque he estado más tiempo en el mundo. Quieren que les abra mi corazón y les cuente la historia de una vida pasada en jaulas. Quieren saber todo de las jaulas donde he vivido, como si fuera un periquito, un ratón blanco o un mono. Y si al

menos en Huis Norenius hubiera aprendido a contar historias en vez de a pelar patatas y sumar, si me hubieran hecho contar todos los días la historia de mi vida, vigilándome con una vara hasta recitarla sin vacilar, habría sabido cómo complacerles. Habría contado la historia de una vida pasada en prisiones donde, día tras día, año tras año, permanecía con la frente apoyada en la alambrada, mirando la lejanía, soñando con experiencias que nunca tendría, y donde los centinelas me insultaban y me daban patadas en el culo y me obligaban a fregar el suelo. Una vez acabada mi historia, la gente habría movido la cabeza con lástima y rabia y me habría dado de comer y de beber; las mujeres me habrían abierto sus camas y me habrían cuidado maternalmente en la oscuridad. Pero la verdad es que he sido un jardinero primero para el Ayuntamiento, después para mí mismo, y los jardineros se pasan la vida mirando al suelo.

K se revolvió sin reposo en el lecho de cartón. Descubrió que le excitaba decir, sin temor, *la verdad, la verdad sobre mí*. «*Soy un jardinero*», dijo otra vez, en voz alta. Por otro lado, ¿no era raro que un jardinero durmiera en un cuartucho desde donde se oía el batir de las olas?

Me parezco más a un gusano, pensó. Que también es una clase de jardinero. O a un topo, otro jardinero, que no cuenta ninguna historia porque vive en silencio. Pero ¿puede haber topos o gusanos en un suelo de cemento?

Intentó relajar el cuerpo palmo a palmo, como sabía hacer antes.

Al menos, pensó, al menos no he sido listo y no he vuelto a Sea Point cargado de historias de cómo me pegaban en los campamentos hasta dejarme flaco como un rastrillo y con la cabeza en las nubes. Era mudo y estúpido al principio, seguiré siendo mudo y estúpido hasta el final. No hay que avergonzarse de ser un simple. Empezaron a encerrar a los simples antes que a los demás. Ahora tienen campamentos para los niños cuyos padres han huido, campamentos para los que patalean y echan espuma por la boca, campamentos para los de cabeza grande y para los de cabeza pequeña, campamentos para los que no tienen un medio de vida aparente, campamentos para los expulsados de la tierra, campamentos para los que descubren viviendo en las cloacas, campamentos para las chicas de la calle, campamentos para los que no saben sumar dos y dos, campamentos para los que se olvidan los papeles en casa, campamentos para los que viven en las montañas y dinamitan puentes por la noche. Quizá la verdad sea que ya es suficiente estar fuera de los campamentos, no estar en ninguno de ellos. Puede que por ahora ya sea un gran éxito. ¿Cuántos quedan que no estén ni encerrados ni de centinelas en la verja? Me he librado de los campamentos; puede que si procuro no llamar la atención, también me libre de la caridad.

El error que he cometido, pensó, volviendo al pasado, ha sido el de no haber tenido muchas semillas, un paquete diferente de semillas en cada bolsillo: semillas de calabaza, semillas de calabacín, judías, semillas de zanahoria, semillas de remolacha, semillas de cebolla, semillas de tomate, semillas de espinaca. Semillas también en los

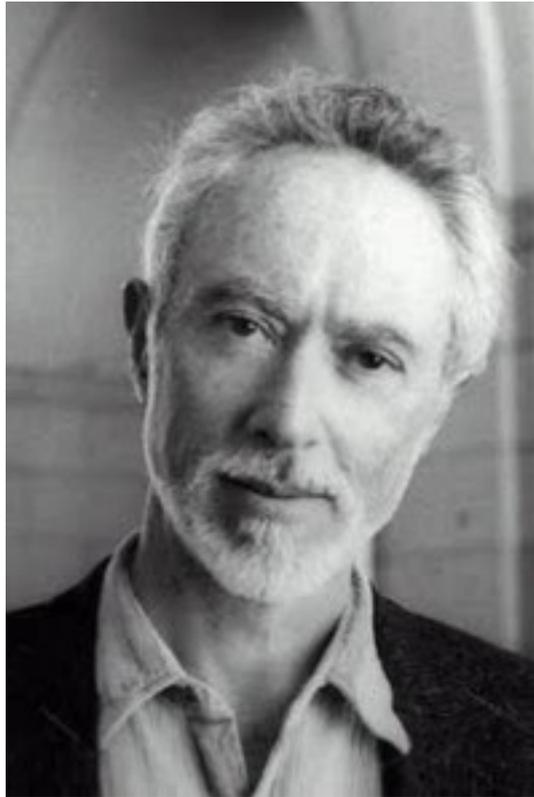
zapatos, y en el forro del abrigo, por si hay ladrones en el camino. Mi otro error ha sido plantar todas las semillas juntas en un bancal. Debería haberlas plantado de una en una, repartidas en kilómetros de *veld*, en bancales de tierra no más grandes que mi mano, y haber dibujado un mapa y haberlo llevado siempre conmigo para poder hacer el recorrido cada noche y regarlas. Porque si hay algo que descubrí en el campo fue que hay tiempo para todo.

(¿Es esta la moraleja?, se preguntó. ¿Será la moraleja de toda la historia que hay tiempo suficiente para todo? ¿Es así como vienen las moralejas, por sí solas, en el curso de los acontecimientos, cuando menos te lo esperas?).

Pensó en la granja, en las matas de espino gris, en el terreno rocoso, en el círculo de colinas, en las montañas malvarrosas en la lejanía, en el inmenso cielo azul tranquilo y vacío, en la tierra gris y marrón bajo el sol, menos en algún lugar donde, si mirabas con atención, veías de repente una brillante punta verde, una hoja de calabaza o una broza de zanahoria.

No parecía imposible que la persona, quien fuera, que desobedecía el toque de queda y venía cuando quería a dormir en este rincón maloliente (K se imaginaba a un viejecito encorvado, con una botella en el bolsillo, farfullando entre dientes sin parar, la clase de viejo al que la policía no presta atención) pudiera estar cansada de la vida al lado del mar y quisiera irse de vacaciones al campo si encontraba un guía que conociera los caminos. Podrían compartir la cama esta noche, no era nada nuevo; por la mañana, con la primera claridad, podrían salir a buscar en las callejas una carreta abandonada; y si tenían suerte, para las diez podrían estar los dos corriendo por la carretera, sin olvidarse de parar por el camino para comprar semillas y una o dos cosas más, puede que sin pasar por Stellenbosch, que parecía ser un sitio que traía mala suerte.

Y cuando el viejo bajara de la carreta para estirarse (ahora las cosas empezaban a ir más deprisa) y, mirando hacia donde había estado la bomba de agua que los soldados habían volado para que no quedara nada en pie, se lamentara —«¿Cómo vamos a conseguir agua?»—, entonces él, Michael K, sacaría una cucharilla del bolsillo, una cucharilla y un rollo grueso de cordel. Retiraría los escombros de la boca del pozo, doblaría el mango de la cucharilla formando un bucle y le ataría el cordel, la haría descender por el pozo hacia la profundidad de la tierra y, cuando la recogiera, habría agua en el cuenco de la cucharilla; y así, diría, se puede vivir.



JOHN MAXWELL COETZEE. Nació en Ciudad del Cabo en 1940 y se crio en Sudáfrica y Estados Unidos. Es profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo, traductor, lingüista, crítico literario y, sin duda, uno de los escritores más importantes que ha dado estos últimos años Sudáfrica. En 1974 publicó su primera novela, *Dusklands*. Le siguieron *In the Heart of the Country* (1977), con la que ganó el CNA, el primer premio literario de las letras sudafricanas; *Esperando a los bárbaros* (1980), también premiada con el CNA; *Vida y época de Michael K.* (1983), que le reportó su primer Booker Prize y el Prix Étranger Femina; *Foe* (1986); *Age of Iron* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994) e *Infancia* (1997). También le han sido concedidos el Jerusalem Prize y The Irish Times International Fiction Prize. Escritor «de brillante maestría, tensión y elegancia», en palabras de Nadine Gordimer, *Desgracia*, con la cual ha sido premiado, por segunda vez en su carrera, con el Booker Prize, el premio más prestigioso de la literatura inglesa.